

HISTORIA

NÚMERO 78 • 3,50 €

 NATIONAL
GEOGRAPHIC

VIKINGOS:
LOS PIRATAS
DEL NORTE

CLEOPATRA
ACLAMADA Y
ODIADA EN ROMA

EL DESAFÍO GRIEGO
LA GRAN REBELIÓN
DE JONIA CONTRA
EL IMPERIO PERSA

CONSTANTINOPLA
LA TURBULENTA
CAPITAL DE BIZANCIO

CARLOS V

La abdicación del mayor soberano de Europa

36 Cleopatra: la reina en Roma

La calculadora reina de Egipto empleó sus dotes de seducción con Julio César, de quien se convirtió en amante. En el año 46 a.C., Cleopatra fue a reunirse en Roma con César, quien la instaló en una villa de su propiedad. Agasajada por unos, denigrada por otros por su soberbia y sus derroches, tras la muerte de César tuvo que huir de la ciudad con Cesarión, el hijo de ambos.

POR JUAN LUIS POSADAS

NÚMERO 78 Reportajes

46 El desafío griego

En el año 499 a.C., Mileto encabezó la rebelión de las ciudades griegas de Asia Menor contra el dominio persa. La revuelta acabó con la destrucción total de la ciudad y la deportación de sus habitantes y fue el detonante de las guerras médicas. **POR CARLOS SCHRADER**

56 Constantinopla

Fundada por Constantino, la magnífica capital del antiguo Imperio romano de Oriente sobrevivió a los bárbaros y, tras sus fuertes murallas, conservó durante mil años el legado de Roma, en medio de conspiraciones, intrigas y motines. **POR D. HERNÁNDEZ DE LA FUENTE**

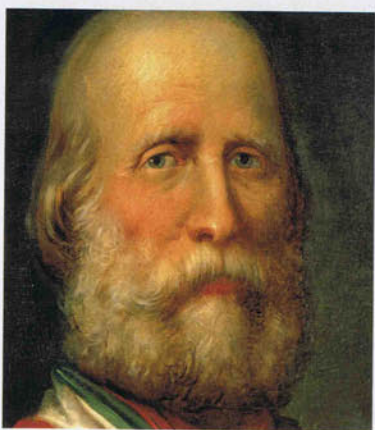
66 Vikingos: piratas del norte

Su imagen es la de feroces corsarios y guerreros implacables, pero los vikingos también fueron granjeros, comerciantes y audaces marinos que partieron de su Escandinavia natal en busca de fortuna y de nuevos territorios en los que establecerse. **POR EDUARDO MORALES ROMERO**

78 El retiro de Carlos V

Cansado y enfermo tras treinta y dos años de reinado, el emperador Carlos V sorprendió a toda Europa al abdicar de todos sus títulos. Luego se retiró a una vida de descanso y oración en el monasterio extremeño de Yuste, donde falleció en 1558. **POR JOAN-LLUÍS PALOS PEÑARROYA**





Secciones

10 ACTUALIDAD

20 PERSONAJE SINGULAR

Garibaldi, el libertador de Italia

Tras pelear en América del Sur, Giuseppe Garibaldi volvió a Italia en 1848 para combatir por la unificación del país. Allí encarnó el ideal del héroe romántico que lucha por la libertad.

26 HECHO HISTÓRICO

La conquista de las islas Canarias

A fines del siglo XV, Alonso Fernández de Lugo completó la conquista del archipiélago canario para Castilla con la toma de Gran Canaria y Tenerife, tras duros choques con los indígenas.

32 VIDA COTIDIANA

La infancia en la Edad Media

En la época medieval los juegos y la escuela marcaban, como hoy, la vida de los niños, siempre amenazada por las enfermedades, los accidentes e incluso el infanticidio.

90 GRANDES DESCUBRIMIENTOS

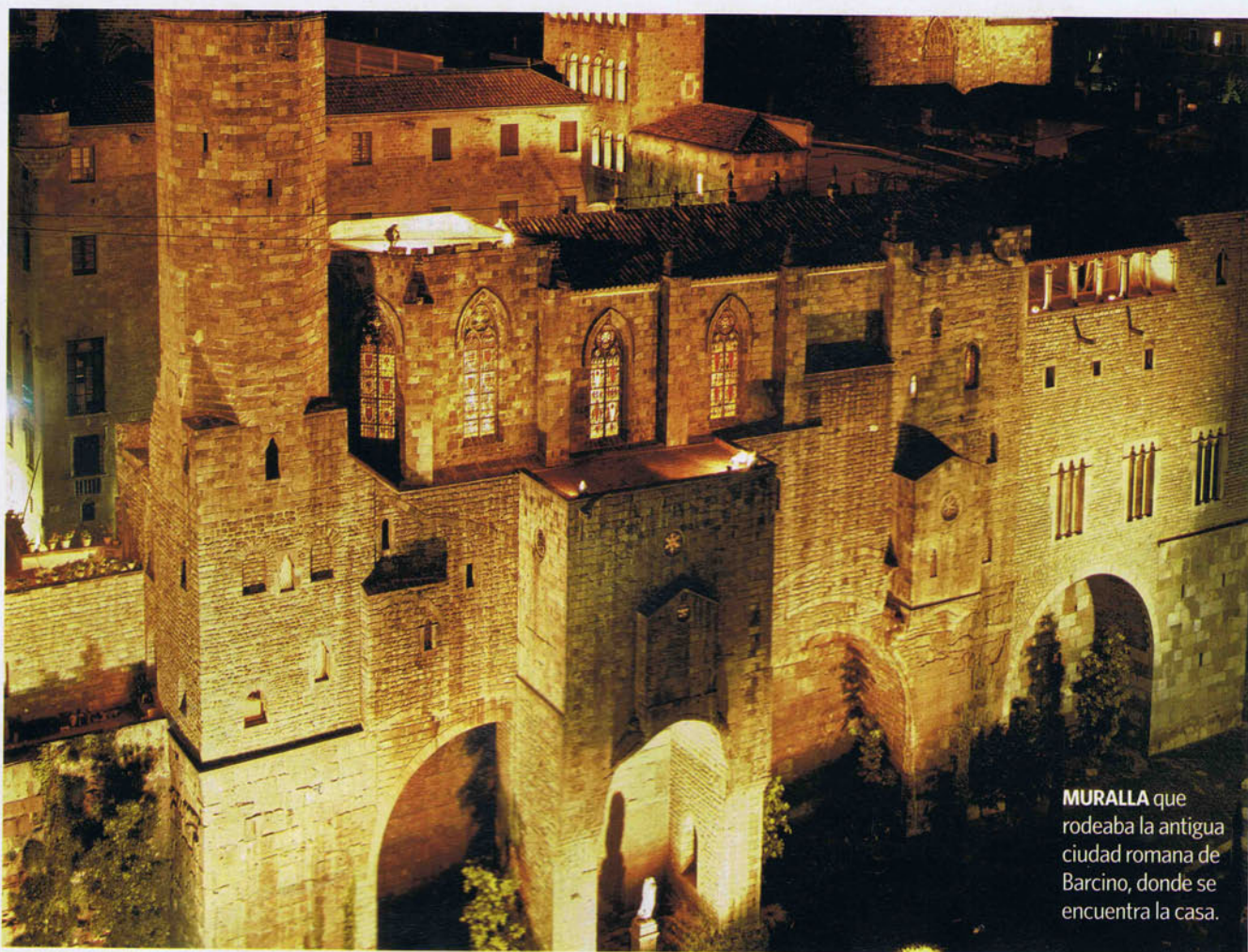
Las catacumbas de Roma

En 1578, el hundimiento accidental de un terreno sacó a la luz parte de unas catacumbas e impulsó a los estudiosos católicos a adentrarse en una fascinante Roma subterránea.

94 LIBROS

96 AGENDA

www.historiang.com Consulte los contenidos en nuestra web.



MURALLA que rodeaba la antigua ciudad romana de Barcino, donde se encuentra la casa.

Antigua Roma

Una casa romana en el centro de Barcelona

Se exponen al público los restos de una *domus* del siglo IV d.C., descubiertos en 1999 en excelente estado de conservación



MUJBA

LA DOMUS y las tiendas descubiertas debieron de ser propiedad de un importante personaje de la élite local, con suficientes recursos para instalarse cerca del Foro, centro neurálgico de la ciudad. Arriba, trabajos de excavación en el área de la vivienda.

Desde el pasado 23 de abril, la ciudad de Barcelona cuenta con un nuevo espacio musealizado que incorpora los restos de una *domus* (casa) romana, unas *tabernae* o tiendas, también de época romana, y unos silos medievales. Lo ha hecho posible la colaboración entre la Generalitat de Cataluña, responsable de la excavación arqueológica y de la adecuación del lugar para su visita, y el Museo de Historia de Barcelona, que se encargará de gestionar el yacimiento.

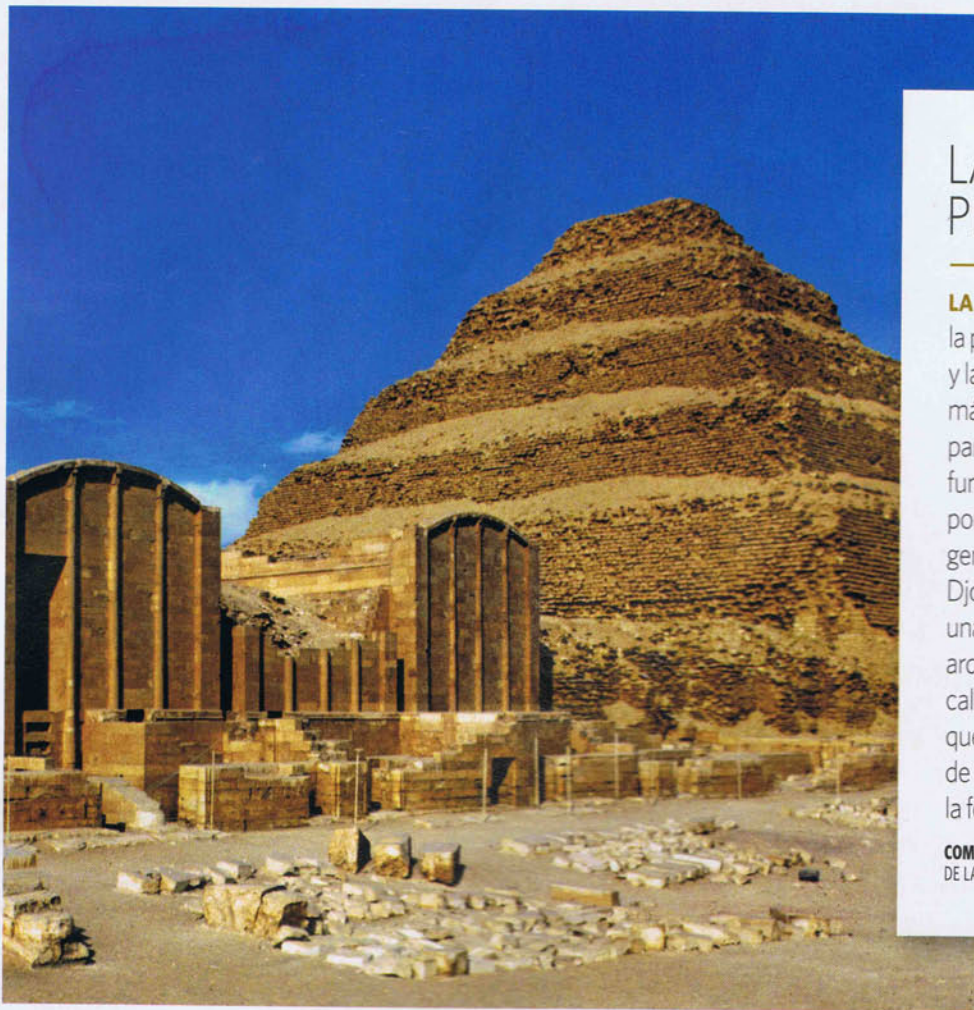
Las ruinas se hallan en el subsuelo de la casa Morell, edificada en 1851, localizada en la calle de la Fruita, justo detrás de la plaza Sant Jaume, en el centro de la ciudad. Los vestigios arqueológicos fueron descubiertos en el

año 1999, cuando se rehabilitó el edificio para acoger unas nuevas dependencias administrativas de la Generalitat de Cataluña.

La *domus* romana descubierta data del siglo IV, y poseía un *viridarium* (jardín) de 110 metros cuadrados, en cuyo centro había un *lacus* (estanque), con un peristilo que daba acceso a las diversas estancias. Los arqueólogos han localizado también una zona de servicios y un almacén. Las estancias estaban pavimentadas con suelos de mosaico policromo, con motivos geométricos y vegetales; algunas habitaciones estaban decoradas con pinturas al fresco. A la casa estaban adosadas tres *tabernae*, abiertas a la calle.

La casa de un judío exiliado

Los restos medievales, de los siglos XIII y XIV, pertenecen a una casa judía con un amplio espacio de almacén donde se ubicaban los seis silos encontrados, de grandes dimensiones. Tal vez formaban parte de la alhóndiga, recinto que acogía temporalmente a los mercaderes y sus productos. La casa perteneció a la familia de Massot Avengenà, que vendió la propiedad tras el ataque de 1391 a la judería barcelonesa. ■



LA PRIMERA PIRÁMIDE

LA PIRÁMIDE ESCALONADA es la primera pirámide de Egipto y la construcción en piedra más antigua del mundo. Forma parte de un amplio complejo funerario ideado y construido por el sabio Imhotep, el genial arquitecto del faraón Djoser. Imhotep protagonizó una auténtica revolución arquitectónica al emplear piedra caliza para construir columnas que se asemejaban a tallos de papiro y techos que tenían la forma de troncos de árbol.

COMPLEJO FUNERARIO DEL FARAÓN DJOSER, DE LA DINASTÍA III, EN LA NECRÓPOLIS DE SAQQARA.

Antiguo Egipto

Sigue la restauración de la pirámide escalonada

Un equipo de arqueólogos egipcios está llevando a cabo la consolidación de la gran pirámide de Djoser en Saqqara

A unos 30 kilómetros al sur de El Cairo se encuentra la gran necrópolis de Saqqara, donde se alza uno de los monumentos más impresionantes de Egipto: la pirámide escalonada del faraón Djoser, construida entre 2668 y 2649 a.C. por Imhotep, sumo sacerdote, visir y arquitecto del rey. Tras varias restauraciones fallidas y la constante erosión del desierto, su deterioro era cada vez más palpable. Por ello, un grupo de ingenieros y arqueólogos egipcios, bajo la supervisión de Zahi Hawass, secretario general del Consejo Superior de Antigüedades de Egipto y explorador residente de National Geographic Society, emprendió hace dos años un proyecto destinado a preservar el monumento.



IMHOTEP, arquitecto de la pirámide, despertó una admiración que se prolongó tras su muerte, hasta el extremo de ser divinizado. Se lo recuerda en la *Estela del hambre* (arriba), de época ptolemaica, donde aconseja cómo acabar con una terrible hambruna.

Los trabajos empezaron por el lado oeste, y se tuvieron que identificar y corregir las debilidades de la estructura, que en muchos sitios había colapsado.

Tecnología avanzada

Mahmoud Shaaban, arqueólogo encargado de coordinar a los 200 trabajadores que participan en la restauración, cuenta que el trabajo consiste en localizar las piedras originales, limpiarlas, catalogarlas y colocarlas en su nueva posición, que es grabada en 3D. Un equipo japonés ha computerizado cada uno de los bloques para saber cuál es más débil y cuál más fuerte, algo fundamental para prevenir daños. Según Francesco Bandari, director del Centro de Patrimonio Mundial de la Unesco, estos trabajos son esenciales para estabilizar la estructura. Los bloques se unen con una solución de limo y arena, la misma que utilizó Imhotep. Se ha procedido a consolidar el interior, y en 2009 se logró retirar una capa de escombros que impedía acceder a la cámara funeraria y se hallaron las marcas de los constructores grabadas en la piedra. Según Hawass, los trabajos se prolongarán al menos otros cinco años. ■

LA CORONACIÓN DE ESPINAS. Óleo por Caravaggio, 1602-1605. Museo de Historia del Arte, Viena.



PSAE / GALLERIA NAZIONALE D'ARTE ANTICA

Europa moderna

Más sobre el misterioso final de Caravaggio

Los investigadores sugieren que su muerte fue ocultada por los españoles, que querían apoderarse de los cuadros del pintor



CORBIS

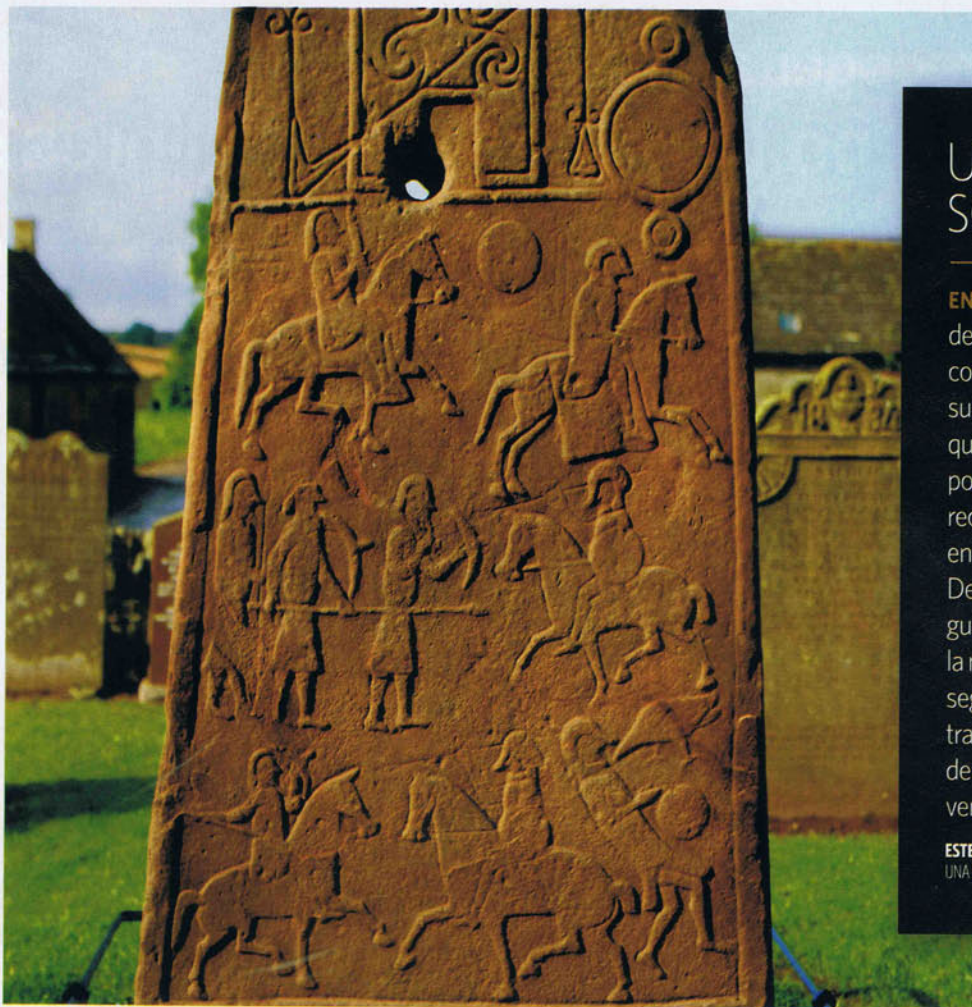
PARA NO EXCLUIR ninguna hipótesis, el equipo que investiga la muerte de Caravaggio ha iniciado en la capilla de Forte Filippo (en la imagen) una búsqueda de restos óseos con un radar, ya que no descartan que tras su muerte el pintor fuese enterrado aquí.

La muerte en 1610 de Michelangelo Merisi, el genial pintor italiano más conocido como Caravaggio, ha estado siempre rodeada de misterio, en sintonía con una vida llena de peripecias dramáticas. Un equipo de investigadores italianos, tras una exhaustiva investigación documental, ha añadido un nuevo giro a la historia ya conocida: Caravaggio, al llegar a la localidad toscana de Porto Ercole, fue prácticamente secuestrado por las autoridades españolas, que lo trasladaron al castillo de Forte Filippo. Caravaggio falleció allí, no en el hospital de Santa María Auxiliadora, de la misma Porto Ercole, como otro investigador italiano, Giuseppe La Fauci, había anunciado recientemente.

Según Silvano Vinceti, presidente del Comité para la Valorización de los Bienes Históricos Culturales y Ambientales y director de la investigación, Caravaggio contrajo la malaria a su llegada a Toscana desde Nápoles. Cuando las autoridades de Porto Ercole (entonces bajo soberanía española) conocieron la llegada del pintor, lo trasladaron a Forte Filippo. Este cambio se hizo en el mayor secreto, y la ocultación se extendió a la muerte del pintor, que no se inscribió en el *Liber mortuorum*, el registro de defunciones de la localidad.

Maniobras del virrey

¿Por qué los españoles obraron de esta manera? Según Vinceti, ello se debió a que el virrey de Nápoles, Pedro Fernández de Castro, sabía de la admiración del rey Felipe III por la obra de Caravaggio y decidió ocultar el fallecimiento del pintor para ofrecer al monarca los cuadros que aquél llevaba consigo. Vinceti está seguro de que el documento que fechaba su muerte el 18 de julio de 1610 en la iglesia de Santa María Auxiliadora es falso y espera hallar los restos del pintor en el cementerio de San Sebastián, donde se enterraba a los desconocidos. ■



UNA CRÓNICA SOBRE PIEDRA

EN ABERLEMNO, al noreste de Glasgow, se alza aún una conocida estela picta. En la parte superior se encuentran símbolos que, según el reciente estudio, podrían representar palabras: un rectángulo cruzado por una barra en forma de zeta y un disco triple. Debajo hay nueve figuras de guerreros que tal vez componen la narración de una batalla; según algunos estudiosos, se trata de la batalla de Dunnichen, de 685, en la que los pictos vencieron a los northumbrios.

ESTELA DE ABERLEMNO II, O PIEDRA DE KIRKYARD, UNA ESTELA PICTA DE LA CLASE II. SIGLO VIII.

Escocia antigua y medieval

Estelas pictas: una escritura desaparecida

Un reciente análisis matemático sugiere que las estelas del pueblo picto contenían un sistema de escritura propio

Uno de los misterios que rodea la historia de los pictos, el pueblo celta que vivió en tierras de la actual Escocia entre los siglos IV y X, es el de su lengua, hoy desaparecida. Aunque se sabía que los pictos conocían la escritura e incluso tenían libros (hay imágenes al respecto), no se conservan vestigios de esa literatura. O, al menos, no se habían identificado. Ahora, un grupo de científicos británicos afirma haber descubierto algunos de esos textos ignotos. En un estudio publicado en la revista *Proceedings of the Royal Society*, Rob Lee, Philip Jonathan y

Pauline Ziman sostienen que las llamadas «piedras pictas», cientos de estelas con grabados altamente estilizados que se han conservado por toda Escocia, son la manifestación escrita del desaparecido idioma picto.

Para llegar a esta conclusión han analizado los grabados mediante un proceso matemático conocido como entropía de Shannon (que utiliza sistemas

estadísticos y de probabilidades) con el fin de estudiar el orden, la dirección, la aleatoriedad y otros rasgos de los símbolos que aparecen en las estelas. A continuación, han comparado los resulta-

Caballos, armas, ciervos y cruces podrían representar **símbolos** de la escritura picta

dos con otros lenguajes escritos: jeroglíficos egipcios, textos chinos, latín, anglosajón, noruego antiguo, irlandés antiguo y galés antiguo. Aunque los grabados pictos no encajan con ninguno de ellos, los investigadores han llegado a la conclusión de que se corresponden con un lenguaje hablado.

¿Jeroglíficos pictos?

Los signos que se repiten en las estelas se asemejan a cabezas de perro, caballos, trompetas, espejos, peines, ciervos, armas y cruces. También aparecen nudos celtas parecidos a los representados en el *Libro de Kells*, un evangelionario de finales del siglo VII. Según Lee y su equipo, estos signos no son meros símbolos heráldicos, como hasta ahora se creía, sino que representan palabras particulares. Por el momento no han logrado descifrarlos, pero consideran que es una línea de investigación que habría que explorar. Paul Bouissac, profesor de la Universidad de Toronto y gran experto en símbolos, considera que la nueva teoría tiene muchos visos de probabilidad, aunque cree que para descifrar esta escritura habría que hallar el equivalente picto de la Piedra de Rosetta. ■



XACOBEO 2010
Galicia



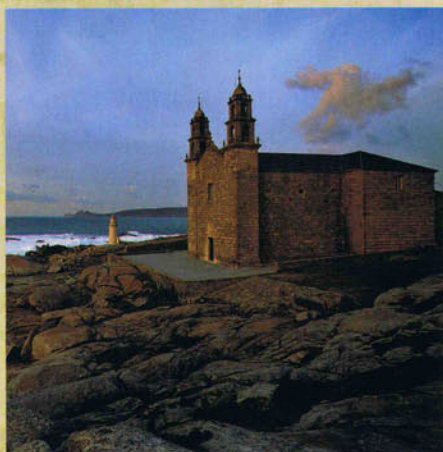
XUNTA
DE GALICIA

EL CAMINO DE SANTIAGO

NACIÓ EN EUROPA, RECORRE EUROPA, DA SENTIDO A EUROPA Y HA ALUMBRADO AL MUNDO. DESDE HACE MÁS DE MIL AÑOS, EL CAMINO ES LA GRAN ARTERIA POR LA QUE HAN FLUIDO LOS SABERES DE OCCIDENTE Y UNA VÍA EN LA QUE MILLONES DE PERSONAS HAN VIVIDO UNA EXPERIENCIA ESPIRITUAL ÚNICA



Legaban para venerar a Santiago. Aca-
riciaban devotamente el mármol de
la portada que labró el maestro Ma-
teo, entraban en el gran templo y sus ora-
ciones en alemán, francés, inglés o italiano
se fundían en una única plegaria que se ele-
vaba con el humo del incienso. Con los via-



jeros de la fe, desde todos los caminos que
eran un único Camino, llegaban gentes que
traían consigo sus oficios, técnicas distintas,
nuevas ideas. Gentes que hicieron de Galicia
el lugar de encuentro que sigue siendo hoy.
Desde aquella lejana Edad Media, las pere-
grinaciones han atraído a Galicia el conoci-
miento, la reflexión, el diálogo, la innova-
ción, el progreso y la diversidad cultural.
Esta fascinante ruta que atraviesa todo un
continente es fuente inagotable de creación
arquitectónica, literaria y artística que ha
llevado al Consejo de Europa a reconocer-
la como Gran Itinerario Cultural Europeo,
a su declaración como Patrimonio mundial
por la UNESCO y a obtener el premio
Príncipe de Asturias de la Concordia.

El Xacobeo 2010 nace con la vocación
de exaltar esta esencia espiritual y cultural
del Camino en el año jubilar del apóstol
Santiago, y de ser un referente internacional
de la celebración del conocimiento y de las
artes. En una coyuntura histórica en la que
se revisa la validez de los modelos políticos
y sociales, Xacobeo 2010 propone aprender
del pasado y comprender el presente para
avanzar hacia el futuro. Hoy, Galicia está
deseosa de acoger con veneración milenaria
a cada uno de los ciudadanos del mundo
que busquen alumbrar su propio camino
interior. No lo dudes.

Ahora es cuándo, Galicia es dónde.

PARA MÁS INFORMACIÓN:
www.xacobeo.es

XACOBEO 2010

PROGRAMACIÓN: Música,
teatro, actos litúrgicos...
Xacobeo 2010 propone un
gran número de actividades
y encuentros que fomentan
los valores del Camino.

EL CAMINO DE LA HISTORIA:
Xacobeo 2010 sugiere diez
caminos programáticos
para vivir la ruta jacobea:
la espiritualidad, las artes
escénicas, la gastronomía...
Destaca el Camino de la His-
toria, con exposiciones ubi-
cadas en espacios singula-
res del patrimonio de Galicia.

SOLIDARIDAD: Xacobeo 2010
descansa en principios
comprometidos con el
presente: la solidaridad,
la sostenibilidad y la voca-
ción de universalidad.



WILMA.

Reconstrucción artística de una mujer neandertal realizada para *National Geographic* en 2008.

IMAGE COLLECTION

Prehistoria

Los humanos tenemos genes neandertales

Los científicos descubren que el *Homo sapiens* se cruzó con el hombre de Neandertal poco después de salir de África

Un equipo internacional de científicos, dirigidos por el sueco Svante Pääbo, del Instituto Max Planck de Antropología Evolutiva, con sede en Berlín, ha descubierto que todos los humanos no africanos compartimos entre un 1 y un 4 por ciento de nuestro ADN con el hombre de Neandertal, que vivió en Eurasia hace 230.000 años y se extinguió hace 27.000. Según los autores del estudio (entre los que figuran varios españoles y que se ha publicado en la prestigiosa revista *Science*), esa porción del genoma es la prueba de que se dio una hibridación

entre ambas especies poco después de que los primeros *Homo sapiens* salieran del continente africano.

Al parecer, hace entre 50.000 y 80.000 años, un pequeño grupo de individuos de nuestra especie (un centenar como mucho) se encontró en el Próximo Oriente con poblaciones neandertales, y ambos grupos se cruzaron. Así, cuando nuestros antepasados se multiplicaron, se dividieron y se expandieron por todo el continente asiático y Europa, ya portaban una porción de material neandertal en su genoma. Del mismo modo, el estudio también in-

dica que no se ha documentado intercambio genético entre ambas especies después de que los *Homo sapiens* llegasen a Europa, hace unos 40.000 años.

Diferencias y semejanzas

Para obtener el ADN necesario para el análisis del genoma del Neandertal (del que hasta la fecha se ha logrado secuenciar un 60 por ciento), el equipo ha utilizado restos neandertales procedentes de los yacimientos de Vindija (Croacia), Mexmaiskaya (Rusia), Feldhofer (Alemania) y El Sidrón (Asturias), que a continuación se han comparado con los genomas actuales de un surafricano, un yoruba, un chino han, un francés y un nativo de Papua Nueva Guinea. Los resultados de este análisis indican la presencia de genes comunes a los Neandertales en todos los grupos de población actual, excepto los africanos. Según precisan Carles Lalueza-Fox, de la Universidad Pompeu Fabra, y Antonio Rosas, del CSIC, que han participado en el estudio, los humanos no africanos llevan ADN neandertal en, al menos, 10 de los 23 cromosomas. Esto indica que el cruce, aunque fue puntual, tuvo un gran impacto en toda la población. ■

Un pequeño grupo de *Homo sapiens* se cruzó hace unos 80.000 años con los *Neandertales*

GARIBALDI: el héroe de la liberación de Italia

Fue el gran héroe popular de las guerras de independencia en Italia de mediados del siglo XIX, el combatiente romántico que encarnó el anhelo de los italianos por un país unido y democrático

Aventurero, revolucionario y patriota

1807

Nace en Niza, ciudad entonces perteneciente al reino de Piamonte, en el seno de una familia que se dedicaba al comercio marítimo.

1835

Perseguido por la policía política, marcha a América, donde lucha por la independencia de una provincia de Brasil y por la de Uruguay.

1849

De vuelta a Europa al estallar las revoluciones de 1848, dirige la defensa de la República de Roma, pero debe exiliarse de nuevo.

1860

Al servicio del rey de Piamonte, organiza una expedición a Nápoles para culminar la unidad de Italia. Luego se retira y fallece en 1882.

Sus padres querían que fuera abogado o sacerdote, pero Giuseppe Garibaldi estuvo desde niño dominado por el ansia de aventuras. En 1824, cuando tenía 16 años, se enroló en un navío mercante en Niza, su ciudad natal, y durante un decenio recorrió el Mediterráneo y el mar Negro comerciando y sorteando ataques piratas. Fue en uno de esos viajes, en 1833, cuando descubrió su otra vocación: la política.

Un marino le habló de Giuseppe Mazzini, líder de una organización secreta, la Joven Italia, que pugnaba porque Italia se convirtiera en una república democrática y unificada, expulsando a las dinastías absolutistas que desde 1815 gobernaban los diversos Estados en que el país estaba dividido. Tras entrevistarse con Mazzini en Londres, Garibaldi se alistó en la marina de guerra saboyana para propagar sus ideas revolucionarias. Tras participar en un motín fallido en Saboya, en 1834, las autoridades lo consideraron uno de los cabecillas y fue condenado a muerte por traición. Pero Garibaldi ya había escapado.

Forzado a exiliarse, en septiembre de 1835 se embarcó con destino a Río de Janeiro. Tenía la intención de unirse a la comunidad italiana local, dedicada al comercio e impregnada de

ideales revolucionarios. En ese momento, la realidad brasileña era convulsa. El gobierno de la provincia de Rio Grande do Sul había declarado la independencia frente al emperador Pedro II. Garibaldi se unió a su lucha, librando desde 1837 una guerra de corso a bordo de un barco pesquero, con doce hombres. «Con una garopera [navío dedicado a la pesca de la garopa, un pescado de aquellos mares] desafiamos a un imperio y hacemos ondear la bandera de la libertad sobre estos mares», escribió enfáticamente en su diario.

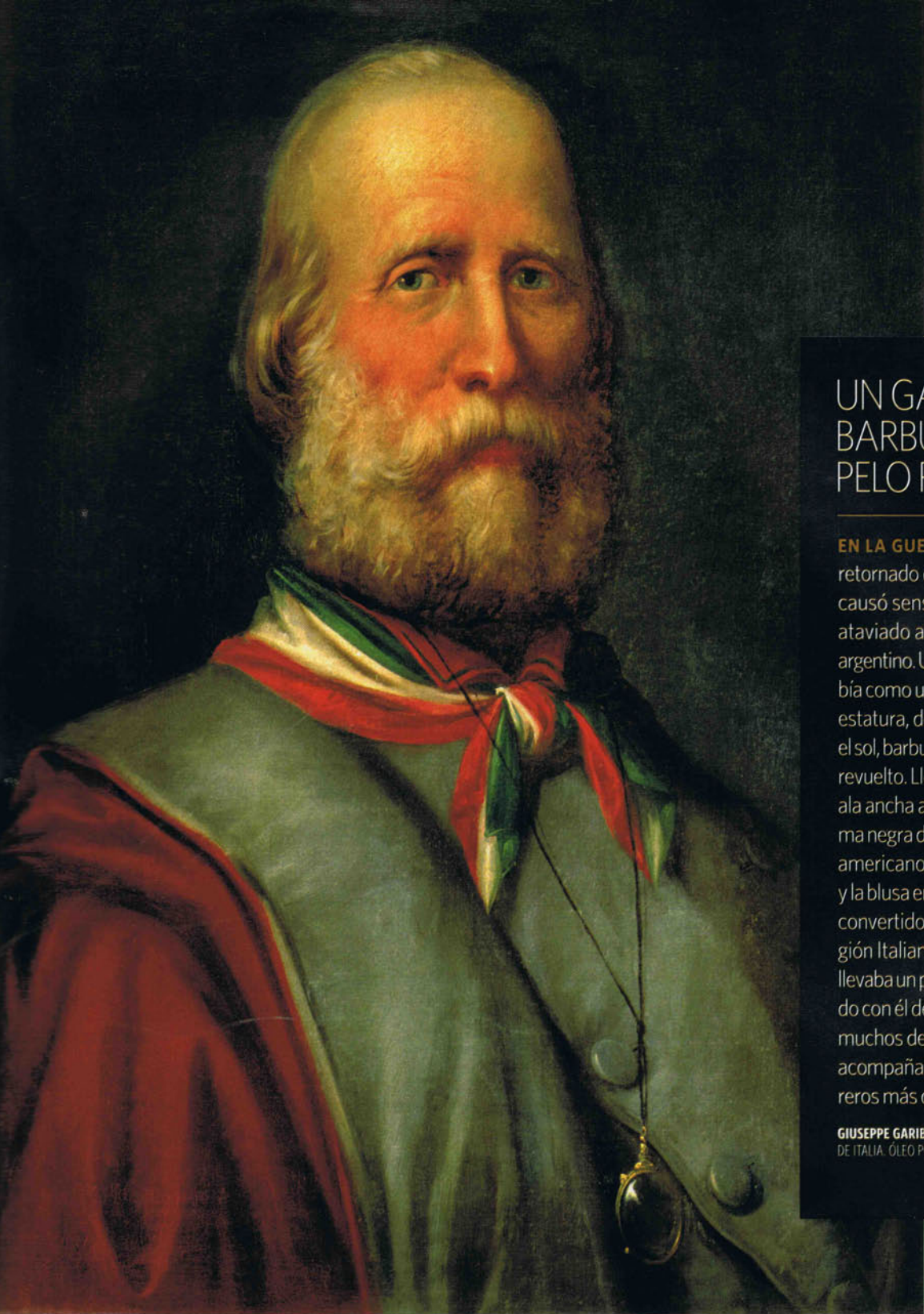
Guerra en Uruguay

Herido en el curso de un tiroteo, se recuperó en Buenos Aires y a continuación se enroló al servicio de Uruguay, que entonces se hallaba en guerra contra la Argentina del dictador Rosas. Garibaldi formó la Legión Italiana, un batallón compuesto en su mayoría por exiliados políticos que llevaban como uniforme una camisa roja; este color había sido elegido al azar, pero desde entonces identificaría a los garibaldinos en todas las contiendas en que participasen. Como bandera enarbolaban un estandarte negro sobre el que se recortaba un volcán en erupción, una clara referencia al Vesubio y a la agitación revolucionaria que estaba a punto de estallar en Italia.

En 1860, Garibaldi entregó el reino de Nápoles a Víctor Manuel II, que se convirtió en el primer rey de Italia

VÍCTOR MANUEL II, REY DE ITALIA (1861-1878), EN UNA ESTATUA ECUESTRE EN PERUGIA, UMBRIA.





UN GAUCHO BARBUDO Y DE PELO REVUELTO

EN LA GUERRA DE 1849, recién retornado de América, Garibaldi causó sensación al presentarse ataviado al modo de un gaucho argentino. Un testimonio lo describía como un hombre de mediana estatura, de rostro quemado por el sol, barbudo y con el pelo largo y revuelto. Llevaba un sombrero de ala ancha adornado con una pluma negra de avestruz, un poncho americano blanco con forro rojo y la blusa encarnada que se había convertido en uniforme de la Legión Italiana en Uruguay. Detrás llevaba un palafrenero negro venido con él de América, al igual que muchos de los voluntarios que lo acompañaban, que eran aventureros más que soldados.

GIUSEPPE GARIBALDI, HÉROE DE LA UNIFICACIÓN DE ITALIA. ÓLEO POR ANTONIO LONZA, 1880.

En Montevideo, Garibaldi consolidó una fama de hombre incorruptible y desinteresado que siempre se mantendría intacta. «Ninguna suma podrá comprar mi fe en la libertad de los pueblos», fue la respuesta que dio al dictador Rosas, que le ofreció la astronómica cifra de 30.000 dólares para convencerlo de que traicionara a los suyos. Rechazó, incluso, la recompensa en tierras que el gobierno uruguayo les ofreció a él y a sus hombres por los servicios prestados. Entretanto, desde América Latina la repercusión de sus hazañas se extendía por el mundo. Incluso en la comedia Cámara de los Lores de Londres se hablaba de él des-

cribiéndolo con las características de un auténtico héroe romántico: altruista, desinteresado y dispuesto a arriesgarse por las más nobles causas.

Por otra parte, Uruguay fue también el lugar donde Garibaldi vivió su amor más intenso: el que lo unió a una joven brasileña de familia humilde, Anita Ribeiro da Silva, a quien conoció en el otoño de 1839 en Laguna, en la provincia de Santa Catarina. En 1842 se casó con ella por la iglesia en Montevideo, la capital uruguaya, después de que le hubiese dado ya el primer hijo. Anita estuvo junto a Garibaldi tanto en la vida privada como en la guerra. La «amazona brasileña» (así la llamaron) lo si-

guió a todas partes; en los momentos de peligro empuñó la espada y luchó por la libertad, al tiempo que traía al mundo tres hijos.

De Italia al exilio

La noticia de las revueltas de 1848 lo llevó de vuelta a Italia. En Palermo y Nápoles, en el Piamonte, en la Toscana y en los Estados Pontificios estallaron movimientos populares que exigían el establecimiento de regímenes constitucionales. En marzo, las insurrecciones de Milán y Venecia obligaron a los austríacos a retirarse de Lombardía y el Véneto. El soberano de Cerdeña y Piamonte, Carlos Alberto I, paladín del

ALBUM



ENTRADA TRIUNFAL de Garibaldi en Nápoles, en 1860, antes de derrotar a las tropas del rey Fernando II, en una imagen de la época. Museo San Martino, Nápoles.

mitió volver a Niza, su ciudad natal, y después se estableció en una propiedad suya en Caprera, una isleta semidesierta en el nordeste de Cerdeña. En 1857, Garibaldi tenía cincuenta años y el reumatismo que padecía le ocasionaba intensos dolores al montar a caballo. Parecía que sus generosos proyectos tendrían que detenerse ante la edad y su precaria salud. Pero todavía le faltaba realizar la hazaña que terminaría de consagrarlo como una figura mítica de la historia de Italia: la campaña en la que con tan sólo mil voluntarios conquistó el poderoso reino de Sicilia y Nápoles.

Dictador de Sicilia

En 1859, Cavour, primer ministro del rey de Piamonte, Víctor Manuel, lanzó la segunda guerra de la independencia italiana para expulsar a los austriacos de la península. Al frente de un cuerpo de voluntarios, los Cazadores de los Alpes, Garibaldi ocupó Como, Bérgamo y Brescia, ciudades de Lombardía que pasaron así a dominio piamontés. Pero la retirada imprevista de los franceses, aliados del Piamonte (julio de 1859), impidió un posterior desarrollo político de la guerra. Faltaba liberar el sur (el reino borbónico de las Dos Sicilias) y los Estados Pontificios. Víctor Manuel y Cavour necesitaban un pretexto para reanudar la guerra y culminar la unidad italiana. Fue entonces cuando Garibaldi propuso su expedición a Nápoles.

La Expedición de los Mil partió de Génova en mayo de 1860 rumbo a Sicilia. Garibaldi y su millar de voluntarios iban armados con viejos fusiles y apenas tenían cañones, pero lograron burlar a las fuerzas borbónicas para desembarcar en Marsala sin problemas. Aun así, el desequilibrio de fuerzas era excesivo; uno de sus lugartenientes aconsejó a Garibaldi retirarse, a lo que éste contestó: «Bixio, aquí se hace Italia o se muere». Garibaldi se proclamó dictador de Sicilia en nombre de Víctor Manuel y engrosó su ejército con nuevos voluntarios, con los que logró derrotar a los borbónicos. Pronto pasó a Reggio para dirigirse a Nápoles, aban-

nacionalismo italiano, dio inicio a la primera guerra de la independencia en Italia. Era el gesto que los patriotas estaban esperando. Se movilizaron voluntarios de toda Italia, entre ellos Garibaldi, quien tomó el mando de un escuadrón que operaba al norte de Milán.

El movimiento republicano de la Toscana y Venecia se extendió a la misma Roma. En febrero de 1849, en la capital de los Estados Pontificios se estableció un gobierno republicano y se expulsó al Papa. Entre los cientos de voluntarios que llegaron a la ciudad se encontraba Garibaldi, que de inmediato asumió el mando militar en la defensa de la república; una tarea que se hizo im-

posible cuando Roma fue atacada por un contingente francés de 35.000 hombres, llamado por el papa Pío IX, que fue repuesto en el trono en junio de 1849. Garibaldi protagonizó una dramática fuga hacia Venecia, durante la cual falleció su amadísima Anita (que estaba embarazada), agotada por el trayecto.

Garibaldi volvió al exilio. Primero se marchó a Tánger, después a Liverpool —a aquella Inglaterra que lo admiraba tanto— y, finalmente, a Nueva York, donde se ganó la vida trabajando en una fábrica de velas creada por Antonio Meucci, el inventor del teléfono. Allí vivió años grises, sin proyectos, con pocas amistades y aún menos dinero. En 1854, el gobierno piamontés le per-

Garibaldi combatió en la segunda guerra de independencia italiana, instigada por el conde de Cavour

CAMILO BENSO, CONDE DE CAVOUR. RETRATO DE FRANCESCO HAYEZ, 1864. PINACOTECA DE BRERA.



PALACIO REAL DE CASERTA. Este edificio, erigido a imagen de Versalles, fue utilizado como residencia estival por los reyes borbones de Nápoles.



ART ARCHIVE

LA CONQUISTA DE ROMA

UNA IDEA FIJA de Garibaldi era conquistar Roma para convertirla en capital de Italia, expulsando al papa Pío IX, al que despreciaba. En 1862 intentó una nueva marcha desde Sicilia, pero el gobierno lo frenó en Aspromonte, donde fue herido de bala y arrestado.



ART ARCHIVE

PÍO IX. ÚLTIMO SOBERANO TEMPORAL DE LOS ESTADOS PONTIFICIOS. RETRATO ANÓNIMO. SIGLO XIX.

donada a toda prisa por el rey Francisco II de Borbón. Allí Garibaldi fue recibido por una multitud enardecida: un éxito inesperado que cambiaba radicalmente el panorama político. Unas semanas más tarde, 40.000 garibaldinos derrotaban en Volturno a un ejército borbónico muy superior en número.

Fue entonces cuando Cavour, aprovechando el peso militar e internacional del Estado saboyano, convenció al rey Víctor Manuel II de que fuera a Nápoles, con un doble objetivo: apropiarse del resultado político de la expedición garibaldina y frenar a Garibaldi y sus hombres, que deseaban marchar sobre Roma. Convencido ya de que la solución monárquica resultaba inevitable, Garibaldi se entrevistó con el rey y aceptó hacerle entrega del reino de las Dos Sicilias. Entró junto a él en Nápoles, el 7 de noviembre de 1860; al día siguiente se retiró a su residencia en la isla de Caprera, rechazando cualquier recompensa oficial.

No acabó ahí la carrera de Garibaldi. En los años siguientes intentó conquistar Roma por dos veces para convertirla en la capital del nuevo Estado italiano, y en 1870 combatió en el ejército francés contra Prusia. Fatigado y acosado por el dolor, consiguió ocupar Dijon con veinte mil voluntarios, el único éxito francés en aquel conflicto. Sus últimos diez años los pasó retirado en Caprera, entre recuerdos y amigos, y con el apoyo de muchos admiradores procedentes de todo el mundo. Para entonces se había convertido en un mito viviente, el «Héroe de los dos mundos», el generoso combatiente que luchó por la libertad en América Latina y en Italia. ■

DINO CARPANETTO
UNIVERSIDAD DE TURÍN

Para
saber
más

ENSAYO
Garibaldi
Andrea Votti. Salvat, Barcelona, 1988.
NOVELA
Memorias de Garibaldi
Alejandro Dumas. Globus, Madrid, 1994.

FUNDACIÓN de Santa Cruz de Tenerife por Alonso Fernández de Lugo, en 1494. Óleo por Gumersindo Robayna. Siglo XIX.



La conquista castellana de las islas Canarias

A finales del siglo XV, Alonso Fernández de Lugo terminó la conquista de Gran Canaria y Tenerife tras librar una serie de duras campañas contra los indígenas de las islas

Las islas Canarias fueron en la Antigüedad el límite del mundo conocido, un territorio mitológico situado más allá de las Columnas de Hércules (el estrecho de Gibraltar) que recibía el nombre de islas Afortunadas. Tartesios y fenicios debieron de ser los primeros en avistar la silueta del archipiélago; su existencia llegó más tarde al conocimiento de historiadores y geógrafos clásicos como Plutarco, Plinio el Viejo

y Ptolomeo. Pero no fue hasta la revolución marítima de la Edad Media —que introdujo el uso de los instrumentos para la navegación de altura, como la brújula, el cuadrante, el astrolabio o el timón— cuando varias expediciones de marineros genoveses, lusitanos, mallorquines, catalanes, andaluces y vascos se aproximaron a las costas canarias en busca de riquezas desconocidas y esclavos y también para difundir el cristianismo. Los navegantes mallorquines

tuvieron especial protagonismo en esas décadas; sus informaciones sirvieron de base para el *Atlas Catalán* de Abraham Cresques, de 1375, un documento fundamental que recogía el nombre actual del archipiélago y que fue utilizado para otros viajes.

La primera empresa que tuvo como objetivo conquistar las islas fue la dirigida por dos aventureros franceses, Juan de Béthencourt y Gadifer de la Salle, cuyas naves zarparon del puerto



«SALVAJES» Y «PAGANOS»

La crónica del viaje de Béthencourt y La Salle en 1402, *Le Canarien*, recoge la impresión que causó a los europeos la población canaria. El cronista explicaba que los hombres iban **DESNUDOS**, con la piel cubierta de tatuajes, mientras las mujeres llevaban faldellín de piel. Su alimentación era pobre, pero eran muy **HÁBILES** en el manejo de sus rudimentarias armas: «diríase un rayo saliendo de un arco cuando lanzan la piedra». Los



ILUSTRACIÓN DE *LE CANARIEN: CRÓNICA DE LA CONQUISTA DE LAS ISLAS CANARIAS. HACIA 1420. BIBLIOTECA BRITÁNICA, LONDRES.*

Europeos practicaron un típico comercio de **TRUEQUE** con los nativos: a cambio de anzuelos de pesca, agujas y cazuelas viejas de hierro adquirirían el preciado tinte «sangre de dragón» e higos. Eso sí, desde el principio los vieron como **PAGANOS** a los que había que convertir, incluso por la fuerza: «son infieles, no reconocen a su Creador, viven en parte como animales y sus almas están en el camino de la perdición».

de La Rochelle en mayo de 1402. Ellos fueron los primeros conquistadores, guiados por la leyenda del oro africano y deseosos de obtener el prestigio que les podía acarrear el dominio del territorio isleño. Se establecieron en Lanzarote, y desde allí realizaron expediciones a El Hierro y Fuerteventura. En Lanzarote sus relaciones con los indígenas fueron pacíficas, pero en otros lugares, como Fuerteventura, encontraron una recepción hostil, consecuencia de las expediciones anteriores de europeos en busca de esclavos.

La intervención de la Corona

Mientras se desarrollaban esas exploraciones, Béthencourt viajó a Castilla en busca de refuerzos. Enrique III, un monarca muy avanzado para su tiempo, consciente de la importancia del comercio, otorgó al marino normando el señorío sobre las islas; fue así como la Corona de Castilla afirmó sus derechos

sobre el archipiélago. Años más tarde, Béthencourt cedió sus dominios a su sobrino Maciot, que en 1418 los vendió, a su vez, al conde de Niebla. Durante los siguientes treinta años las islas fueron moneda de cambio, sometidas a permutas entre nobles castellanos e invasiones de marinos portugueses, interesados también en la expansión por el Atlántico. En los años centrales del siglo, Diego García de Herrera, señor del archipiélago por su matrimonio con Inés de Peraza, realizó diversas expediciones de conquista contra las islas mayores, Gran Canaria y Tenerife, pero no logró someter a los indígenas.

La situación cambió en 1479. Ese año, los Reyes Católicos y Alfonso V de Portugal firmaron el tratado de Alcaçovas, por el que, además de poner término a la guerra que los había enfrentado, se acordaba el reparto de los territorios atlánticos que cada monarquía reclamaba para sí. El tratado reconocía la soberanía de Portugal sobre las islas de Madeira, Azores y Cabo Verde, mientras Castilla se adjudicaba el control sobre las Canarias.

Desde ese momento la conquista del archipiélago tomó otra dimensión en la corte de los Reyes

A lo largo del siglo XIV los europeos organizaron varias razias para capturar esclavos canarios

ÍDOLO GUANCHE DE CERÁMICA PROCEDENTE DE TELDE (GRAN CANARIA).



LOS INDÍGENAS FRENTE A LOS CONQUISTADORES

Los navegantes europeos, al llegar a las Canarias, entraron en contacto con gentes de aspecto «salvaje»: iban desnudos, comían carne cruda, ignoraban el cristianismo... En realidad, eran pueblos de origen bereber llegados al archipiélago hacía milenios, con un modo de vida propio del Neolítico que los dejó a merced de los recién llegados.



Católicos; la conquista señorial castellana dio paso a la conquista realenga, con intervención directa de la Corona. El primer objetivo fue Gran Canaria. La Corona de Castilla compró los derechos sobre esta isla a don Diego García de Herrera por cinco millones de maravedíes, y ya en 1478 empezaron a llegar los primeros soldados al mando de Juan Rejón. Instalaron su primer campamento fortificado en un palmeral, origen de la ciudad de Las Palmas.

En el interior de la isla, los indígenas, al mando de los guanartemes (reyes) Semidán y Doramas, presentaron fuerte resistencia a los espa-

ñoles. Después de años de incursiones de los europeos, los nativos habían acumulado una gran experiencia guerrera. Consiguieron copiar y hasta mejorar las armas de sus enemigos, y adquirir la astucia y destreza de los navegantes europeos. Rejón logró escasos avances contra ellos, por lo que los Reyes Católicos decidieron sustituirlo por un nuevo comandante, Pedro de Vera, un experto y valiente militar que llegó a la isla en 1480. Una de sus primeras actuaciones fue la eliminación del caudillo Doramas, quien poco antes de morir en el campo de batalla pidió ser bautizado, según las crónicas. Aun así, los combates continuaron y Pedro de Vera

recurrió incluso a mercenarios indígenas de La Gomera. Al final, las tropas españolas alcanzaron los últimos objetivos en 1483, una vez capturado uno de los reyes aborígenes, el guanarteme Semidán. Enviado a la Península, donde se convirtió al cristianismo y recibió el nombre de Fernando Guanarteme, fue devuelto posteriormente a la isla, donde se vio recompensado con varios dominios como vasallo de la corona española. Un elegante y envenenado detalle diplomático, propio de la política real de respetar a los líderes locales, que implicaba una fractura entre los caudillos grancanarios: divide y vencerás.

Aparece Fernández de Lugo

La siguiente isla en caer fue la de La Palma. Alonso Fernández de Lugo, que ya había participado en la toma de Gran Canaria, firmó un acuerdo con la Corona por el que se comprometía a conquistar la isla en el plazo de un año a cambio de setecientos mil maravedíes

El tratado de Alcaçovas, entre Portugal y España, daba a Castilla el control de las islas

DUCADO CON LA EFIGIE DE LOS REYES CATÓLICOS EN EL ANVERSO. SIGLO XV.



LOS GUANCHES RECHAZAN A LOS INVASORES

La Matanza de Acentejo fue el nombre que dieron los castellanos a la derrota que sufrieron las tropas de Alonso Fernández de Lugo ante los guanches del mencey o rey tinerfeño Bencomo, en mayo de 1494. El óleo del pintor canario Gumersindo Robayna representa el episodio tal como lo relatan los antiguos cronistas.

1 Una fuerza al mando de Fernández de Lugo se adentra en Tenerife para combatir a Bencomo, mencey de Taoro. En La Orotava capturan ganado y deciden volver.

2 Bencomo, al conocer la invasión, llama a 300 de sus hombres y los pone al mando de su hermano para que sorprendan a los castellanos en algún «paso fragoso».

3 En el momento en que los castellanos atraviesan el barranco de Acentejo, los indígenas con sus silbidos provocan la estampida del ganado, que provoca el caos.

4 Armados con palos y piedras, los guanches, muy superiores en número a los castellanos, se abalanzan sobre éstos «haciendo gran matanza».

5 La retaguardia de los castellanos resiste como puede, mientras Lugo escapa con la vanguardia a Añazo, donde organiza el rescate de sus compañeros.



y del título de adelantado. En 1492 desembarcó en la isla al frente de 900 hombres, entre los que se hallaba un grupo de indígenas convertidos. Su rápido avance inicial se vio frenado por la fiera resistencia del jefe aborigen Tanausú, pero éste finalmente cayó en una emboscada. Conducido a la Península, Tanausú se dejó morir de inanición durante el trayecto.

La última etapa del proceso conquista de las canarias fue la ocupación de Tenerife, que resultó también complicada. Fernández de Lugo se hizo cargo de la empresa, para la que reunió 30 navíos, 190 caballeros y un millar de infantes. En cuanto desembarcó en la isla, en 1494, intentó llegar a acuerdos con los líderes locales (llamados menceyes) más guerreros y conflictivos, pero el principal de ellos, de nombre Bencomo, no vio ningún aliciente en la nueva religión de los cristianos ni aceptó someterse a la autoridad de los Reyes Católicos. Cuando los castellanos se

internaron en la isla para acabar con la resistencia, Bencomo les tendió una emboscada en el barranco de Acentejo, en la que cientos de soldados castellanos perdieron la vida.

El fin de la conquista

Lugo, malherido, pudo escapar de la sangrienta batalla y refugiarse en Gran Canaria. El capitán castellano sabía que necesitaría más recursos y mejores soldados para retomar el asalto de la isla; los obtuvo gracias a los mercaderes genoveses de Las Palmas, a la colaboración del duque de Medina Sidonia (que le ayudó a reclutar 600 veteranos de la guerra de Granada en la Península) y al apoyo del reconvertido Semidán.

En noviembre de 1494, Lugo y sus hombres volvieron a desembarcar en Tenerife. En los llanos de Agüere, en La Laguna, un terreno más favorable a las tropas castellanas, consiguieron doblegar al ejército aborigen, que perdió a más de mil hombres, entre ellos al pro-

pio Bencomo. Pocas semanas después los castellanos volvían a imponerse en la segunda batalla de Acentejo. Para vencer la resistencia de los guanches, los invasores recurrieron a una estrategia militar típicamente española: la guerrilla. Así, grupos de cazadores armados con arcos y mosquetes se dedicaron a provocar el caos y el miedo entre la población autóctona. En la primavera de 1496 la conquista de Tenerife había terminado, y con ella la de todo el archipiélago, después de un siglo de luchas (1402-1496). Ahora quedaba otra conquista, la del alma de los indígenas: la evangelización. ■

JAVIER LERIALTA
HISTORIADOR

Para
saber
más

ENSAYO
El descubrimiento de la
humanidad: encuentros
atlánticos en la era de Colón
David Abulafia.
Crítica, Barcelona, 2009.

INTERNET
www.guanches.org

La infancia en la Edad Media: del juego a la escuela

Las diversiones y la instrucción eran el anverso de las vidas de los pequeños, siempre amenazados por enfermedades y accidentes

En la Edad Media, la maternidad era la función primordial del género femenino. Esta exaltación de la concepción no implicaba, en cambio, la valoración positiva de la infancia. Los textos proporcionan numerosos ejemplos de abandono, abusos, palizas e infanticidio. Se veía a la prole como un seguro de vida para la vejez y una mano de obra barata. Los calificativos con los que se

describía a los niños eran más negativos que positivos: inútiles, indiscretos, olvidadizos, inconstantes, indignos de confianza, perezosos, mentirosos, sucios, llorones, caprichosos, volubles y traviesos. En cambio, se admitió que tenían alma, se condenó el maltrato físico y se crearon hospicios para las criaturas abandonadas, como el *Pare d'orfens* («padre de los huérfanos»), creado en 1337 por Pedro IV de Aragón.

La llegada al mundo

Cuando nacía una criatura se seguían las prescripciones del médico Bernardo Gordonio en su obra *Lilio de la medicina*: se le cortaba el cordón umbilical, se le abrían los orificios (la nariz, la boca, los ojos y el ano) y se lavaba. Una vez realizada la limpieza y la cura del cordón, se le colocaba una bola de plomo en el ombligo y se le envolvía en apretadas fajas para que no se le deformaran las extremidades y para evitar el llanto.

Los niños eran mejor acogidos que las niñas: sufrían menos abandonos, se les asignaban las mejores nodrizas y disfrutaban de más tiempo de lactancia. El nacimiento de más de un bebé en el mismo parto podía traer problemas para la madre, ya que existía la creencia de que los embarazos gemelares tenían su origen en el adulterio: un hijo sería del marido y el otro, del amante.

El bautizo era un rito esencial: con él se lavaba el pecado original y se daba la bienvenida a una nueva alma cristiana.

Se solía celebrar el mismo día del nacimiento, pero sin la madre, ya que pervivía la tradición judía de alejar a las mujeres de lugares santos durante varias semanas después del parto.

A causa del elevado índice de mortalidad infantil, a los niños no se les registraba al nacer, sino al cabo de un año, e incluso a los dos años. Y es que el 50% de los bebés morían antes de cumplir el año. Las criaturas que fallecían antes de recibir el bautismo se convertían en seres inquietantes, sin alma, que vagaban sin descanso. Los padres que podían permitírselo peregrinaban a santuarios en busca del descanso eterno de sus infantes; los llevaban muertos, vestidos de blanco, color que simbolizaba la pureza de quienes lo portaban.

EL PASO A LA EDAD ADULTA

LA NIÑEZ TERMINABA a los 12 años en las niñas y a los 14 en los niños. Abajo, niños en una cuna, con un andador y con un caballito de juguete. Miniatura del siglo XV.



BRIDGEMAN

NIÑOS Y NIÑAS enfrascados en sus juegos, en unas tablillas de marfil del siglo XIV. Museo del Louvre, París.



ALBUM



UN LLANTO DESESPERANTE

En la Edad Media, el niño que lloraba inquietaba y asustaba, puesto que se lo relacionaba con el demonio. Este aspecto del comportamiento infantil se aborda en el *Malleus maleficarum* (1486), obra de los inquisidores dominicos Heinrich Kramer y

Jacob Sprenger, así como en los escritos de Martín Lutero, el padre de la Reforma; en estos textos se habla de sustituciones y posesiones, de niños convertidos en **ENGENDROS**, en criaturas diabólicas. Para proteger a los pequeños de los malos espíritus y las enfermedades y facilitarles el sueño, a veces se colgaban en la cuna **AMULETOS**, como la malaquita. El llanto,

pues, no era bien aceptado. Los recién nacidos eran fajados (como muestra este detalle de una pintura de Giotto), entre otras razones para comprimir su tórax y evitar que llorasen. Incluso se mató a niños por este motivo, como el hijo de Miguel Cortés, en 1482; al parecer, fue **ASESINADO** por el marido de su nodriza, que no podía soportar los lloros del pequeño.



AKG



La mortalidad infantil fue muy acusada durante la Edad Media. El 85% de los niños morían de enfermedades, con fiebres muy altas. Otros muchos fallecieron por sofocamiento: los bebés dormían en la misma cama que la madre o la nodriza, y ésta los asfixiaba con el peso de su cuerpo. El infanticidio fue otra causa de mortalidad infantil. Los pequeños podían ser asesinados porque eran ilegítimos; por la pobreza extrema de unos padres que no los podían mantener; porque nacían con deformidades o defectos físicos; por intrigas palaciegas... Se consideraba que los niños defor-

mes eran fruto del pecado de sus padres, de ahí el afán por deshacerse de estas criaturas, con el fin de evitar la vergüenza pública. Muchos pequeños eran abandonados, lo que los abocaba a un futuro incierto del que dan cuenta cancioncillas tan desgarradoras como ésta: «Mi lecho y la cuna / es la dura tierra; / criome una perra, / mujer no ninguna. / Muriendo, mi madre, / con voz de tristura, / púso-me por nombre / hijo sin ventura».

La alimentación del bebé descansaba en la lactancia, que podía ser dispensada por la madre o por una nodriza, contratada para este servicio. Durante los días que seguían al parto, la madre no solía alimentar a su bebé, pues se creía

que la primera leche materna podía resultar nociva. El tiempo de lactancia variaba entre los dos años para las niñas y los dos años y medio, e incluso tres, para los niños. Entre los nobles y los burgueses existía la costumbre de enviar a los pequeños de la ciudad al campo para que los criaran otros, puesto que se creía que la tranquilidad y el aire puro eran beneficiosos para las criaturas, que regresaban a su hogar cuando ya andaban y hablaban. Esto suponía un doble desarraigo para los pequeños: primero debían partir de su hogar, y abandonar los brazos, la voz, el tacto y el olor de su madre; y después tenían que despedirse de la mujer que les había enseñado todo lo que sabían y lo que eran.

Juegos y letras

Aparte de con juegos y juguetes, los niños se divertían entonando y bailando canciones infantiles. Muchas de esas melodías medievales, recogidas después por los autores renacentistas, si-

Muchos niños perecían víctimas de enfermedades, accidentes e, incluso, de infanticidio

BONA DE FRANCIA. HIJA DE CARLOS V, MURIÓ EN 1360, EN TORNO A LOS DOS AÑOS. BUSTO DEL SIGLO XIV.





SALTAR Y CORRER: LOS JUEGOS DE LOS PEQUEÑOS

Niños y niñas jugaban juntos, pero las diferencias de roles se marcaban a temprana edad. Las niñas jugaban más en el ámbito del hogar, con muñecas de trapo e imitando las labores domésticas,

en tanto que los niños se divertían con guerreros de arcilla, tirando palos y flechas con arco y asistiendo a espectáculos de marionetas. Los **JUGUETES** se fabricaban con materiales de baja calidad y no existían profesionales jugueteros especializados. Cuando se quería hacer regalos a los niños de alta alcurnia se acudía a otros artesanos para que los realizaran. En estos casos, los juguetes eran sofisticados y **CARÍSIMOS**, como el caballito de madera, con su silla, freno y arnés, que mandaron hacer los oscenses para regalárselo al infante Juan de Aragón, en 1352. O los vestiditos para muñecas que encargaron los Reyes Católicos para sus hijas.

Una obra singular, *Juegos de niños*, pintada por Pieter Brueghel el Viejo en 1560, de la que aquí se reproduce un fragmento, muestra casi un centenar de juegos de niños que se practicaban a finales de la Edad Media. Como en la actualidad, los pequeños **IMITABAN** a los mayores, jugando, por ejemplo, a bodas y bautizos. Entre las numerosas diversiones que aparecen hay muchas que han perdurado hasta hace pocos años como rular el aro, las tabas o jugar con caballitos de madera. Otras continúan haciendo las delicias de los pequeños como sucede con la pídola, la **GALLINA CIEGA**, el churro, la peonza, los globos o las pompas de jabón.

guen escuchándose y cantándose hoy, como ésta: «Cucurucú cantaba la rana, / cucurucú debajo del agua; / cucurucú, mas ¡ay! Que cantaba, / cucurucú, debajo de agua» (Belmonte, entremés de *Una rana hace ciento*).

Los pequeños también leían, aunque no existían libros escritos especialmente para el disfrute de la infancia, y quienes sabían leer tenían que conformarse con literatura para adultos. Entre los libros más populares figuraban las *Fábulas* de Esopo, una obra griega que cuenta historias de animales que hablan, terminadas con una moraleja, como la dedicada a la zorra que no puede alcanzar las uvas y, despechada, abandona su intento con la excusa de que están verdes. La finalidad de estos relatos era la de instruir deleitando, *delectare et docere*.

En cuanto a las escuelas, las había de diferentes tipos, como las asociadas a parroquias y monasterios, o las fundaciones señoriales; en otras ocasiones, los habitantes de una localidad contra-

taban a un maestro y, en este caso, las escuelas eran privadas. También se enseñaba en el propio hogar, de la mano de los padres o de preceptores. Se aprendían nociones de gramática, aritmética, geometría, música y teología. Los pequeños de diferentes clases sociales podían educarse juntos. Y en caso de que no lo hicieran, solían estar sometidos al mismo tipo de aprendizaje. Ello permitió que algunos niños de origen humilde llegaran bastante lejos, como Maurice de Sully, un hijo de mendigos que fue obispo de París y mandó construir la basílica de Notre-Dame.

Niños y niñas se educaban en espacios diferentes. Los vástagos de la nobleza pasaban de pajes (entre los siete y los 15 años) a escuderos, y luego, a los 21 años, se convertían en caballeros. Su formación se centraba en el arte militar: tiro con arco y ballesta, lucha cuerpo a cuerpo y con espadas. También se les instruía en la caza, las buenas maneras y la religión. A las niñas de familias aco-

modadas se las preparaba para ser perfectas esposas y madres. Aprendían a hablar, vestirse y moverse con compostura, y a hacer bellas labores. También se les enseñaba a leer y escribir con el fin de que pudieran leer libros de oraciones, administrar mejor sus bienes y enseñar a sus futuros hijos. La niña que quisiera aprender más tenía que ingresar en un convento; de ahí el axioma *aut liberi aut libri*, los hijos o los libros.

Pero otros muchos pequeños —niños pobres, huérfanos— no tuvieron oportunidad de instruirse ni de disfrutar de los juegos: su horizonte se limitó a largas jornadas de trabajo. Para ellos, la infancia simplemente no existió. ■

PILAR CABANES
HISTORIADORA

Para
saber
más

ENSAYO
La infancia a la sombra
de las catedrales
V.V.A.A. Universidad de Zaragoza, 2008.

INTERNET
weblitoral.com/escuelas/juegos-
infantiles-en-un-cuadro-de-brueghel



LA AMANTE DE CÉSAR
VIAJA A ROMA

CLEOPATRA

Tras seducir a Julio César en Alejandría, la reina de Egipto fue a reunirse con él en Roma en el año 46 a.C. Alojada en una mansión de su amante, Cleopatra scandalizó a muchos romanos con su porte altivo y sus intrigas políticas

JUAN LUIS POSADAS
DOCTOR EN HISTORIA ANTIGUA

Cleopatra en el templo de File

Este óleo de F. A. Bridgman (1896) muestra a la reina Cleopatra en el templo de Isis en File, donde se le erigió una estatua con los atributos de la diosa.

Cómo Pascal escribió, la faz de la Tierra hubiera sido totalmente diferente si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta. En otras palabras: la historia mundial habría cambiado si Cleopatra no hubiera metido su nariz, y el resto de su cuerpo, en la alcoba de César. Y, sin embargo, el encuentro entre ambos tuvo más motivos políticos que personales. Es sabido cómo César, tras vencer a Pompeyo en Farsalia en 48 a.C.,

siguió a su derrotado enemigo hasta Egipto, un país que había sido escenario en los últimos años de una guerra civil entre los partidarios del rey Ptolomeo XIII y los de su hermana Cleopatra VII. El faraón expulsó a ésta del trono y pasó a gobernar en solitario, acompañado por una camarilla de ambiciosos tuercebotas, mientras Cleopatra estaba en Palestina con un ejército mercenario.

Ptolomeo, mal aconsejado, ajustició a Pompeyo para congraciarse con César, quien montó en cólera, probablemente enojado por haber perdido la oportunidad de mostrarse magnánimo con el gran general derrotado. Pero, sin duda, César no hubiera apoyado a una candidata al trono egipcio con tan endeble apoyos como Cleopatra si ella no lo hubiera seducido, no sólo físicamente (que también), sino intelectual y políticamente.

En esta historia de seducción poco importa el debate académico sobre si Cleopatra era bella o no: los «poderes» de Cleopatra no eran sus prendas físicas sino, probablemente, su juventud, su inexperiencia y la falta de una camarilla ambiciosa a su alrededor, que la hacían, a los ojos de César, más manipulable que su rival Ptolomeo XIII.

Cleopatra había utilizado un truco teatral para conseguir

el apoyo de César, instalado en el palacio de Alejandría: burlando el bloqueo del recinto que había impuesto su hermano, se presentó ante el general romano envuelta en un lienzo, y rodó hasta sus pies, para así seducirle y compartir su cama.

César se implicó de lleno en el conflicto entre los dos hermanos, una guerra sorda, urbana y traicionera, que acabó en una batalla indigna en el delta del Nilo y en la también indigna muerte de Ptolomeo, hundido literalmente en el río bajo el peso de su coraza de oro. Tras la desaparición del rey, César decidió entronizar como reyes a Cleopatra y a su hermano menor, también llamado Ptolomeo, con el que la reina contrajo matrimonio según la tradición de su dinastía.

César y Cleopatra

Durante algunos meses del año 47 a.C., César y Cleopatra vivieron su historia de amor (sexual y político), durante la cual Cleopatra concibió un hijo: Ptolomeo César. Los alejandrinos, siempre chistosos, le apodaron «Cesarión», es decir, «pequeño César» o, más literalmente, «Cesarín». Tras esos meses de pasión, César se embarcó en nuevas guerras, y dejó a Cleopatra en Alejandría.

No se sabe gran cosa de la actividad de Cleopatra durante el año y pico que estuvo lejos de César. Mientras éste batallaba a diestro y siniestro, la



ABALDO DE LUCA

CRONOLOGÍA

ENTRE EL NILO Y EL TÍBER

51 A.C.

Cleopatra VII es nombrada reina de Egipto junto con su hermano Ptolomeo XIII, con quien debe casarse según el testamento de su padre.

48-47 A.C.

César llega a Egipto para acabar con la guerra entre Cleopatra y su hermano, que es asesinado. Nace Cesarión, hijo de la reina y César.



La amante del dueño de Roma

Cleopatra huyó de Roma tras el asesinato de César en el teatro de Pompeyo. Allí se reunía el Senado mientras se erigía su sede: la Curia (que se ve tras el arco de Septimio Severo).



46 A.C.

Entre octubre y diciembre, Cleopatra se halla en Roma para asistir a los triunfos de César y firmar un tratado de amistad con Roma.

45-44 A.C.

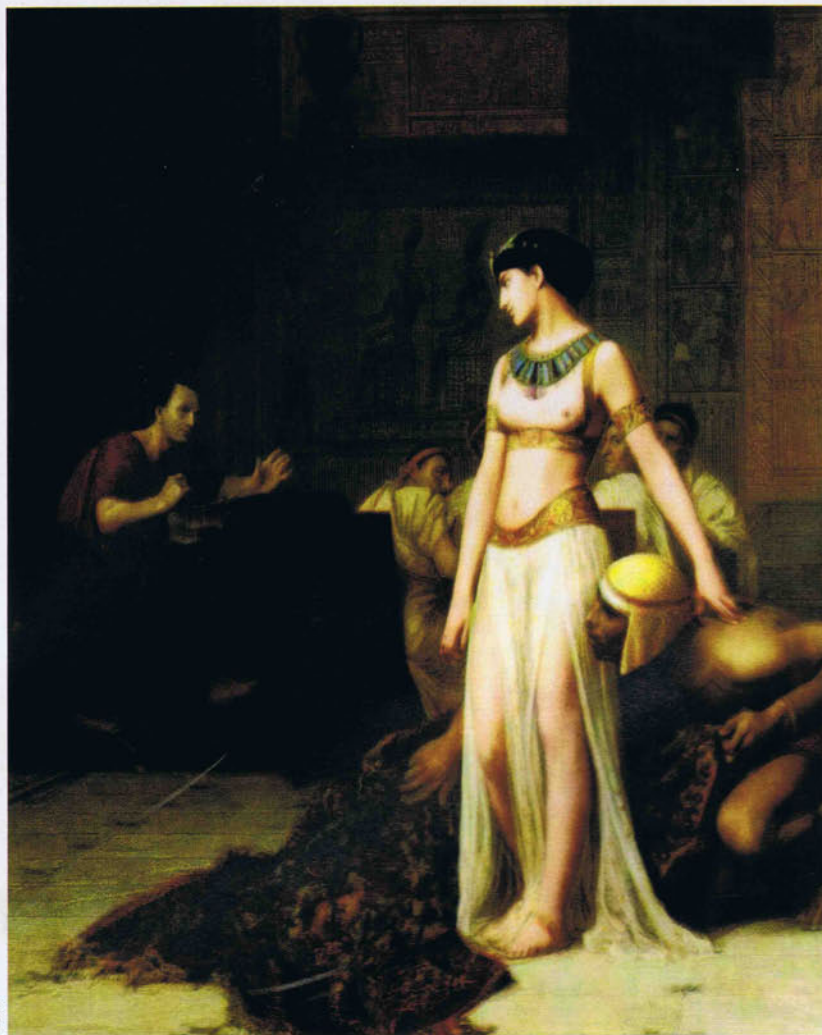
Cleopatra vuelve a Roma para discutir el estatus político de Chipre. Durante su estancia, César muere asesinado.

Abril 44 A.C.

Un mes después de la muerte de César, Cleopatra regresa a Egipto con su hijo Cesarión y su nuevo marido, su hermano Ptolomeo XIV.

Septiembre 44 a.C.

Ptolomeo XIV muere al poco de volver a Alejandría. Cleopatra nombra a Cesarión corregente con el nombre de Ptolomeo XV.



PRISMA

Cleopatra ante Julio César

Para lograr el apoyo de César, la joven Cleopatra acudió a su encuentro en el palacio de Alejandría envuelta en una alfombra, como muestra el óleo de Jean Léon Gérôme (1866).

Termina la era de los faraones

Con Cleopatra terminó el Egipto independiente. Su dinastía, la de los Ptolomeos, había mantenido las seculares tradiciones religiosas del país. A la derecha, el templo de Karnak.

reina estuvo ocupada gobernando su país en solitario (ya que su hermano y marido, Ptolomeo XIV, tenía diez u once años), cuidando al pequeño Cesarín y erigiendo un templo «al César que desembarca» en pleno puerto de aquella ciudad.

Sin embargo, había muchos asuntos que tratar con César. Egipto había sido aliado y amigo de Roma durante el reinado del padre de Cleopatra, el rey Ptolomeo XII, época en que la isla de Chipre, hasta entonces dominio de Egipto, fue puesta bajo soberanía romana. Había que renovar dicha alianza, discutir el estatus de Chipre y también tratar sobre la embarazosa presencia de tres legiones romanas en territorio egipcio. Por ello, cuando Cleopatra recibió una invitación de César para una visita de Estado a Roma (porque el historiador Suetonio especifica que la invitación partió de César), se embarcó con su real marido y, probablemente, con Cesarín rumbo a la capital.

Es posible que César deseara que Cleopatra asistiera a los cuatro triunfos que celebró en Roma en septiembre del año 46 a.C. para conmemorar sus victorias en las Galias, Egipto, Asia y el norte de África; en el triunfo «alejandrino» iba a desfilar, encadenada, la efímera reina de Egipto Arsínoe IV, medio hermana de Cleopatra y enemiga de César. Éste esperaba acentuar la imagen de sumisión del país del Nilo ante Roma con una reina egipcia encadenada y otra asistiendo a la celebración como convidada de piedra. Pero a César le salió mal la

jugada, no sólo porque Cleopatra, posiblemente, llegó a Roma después del triunfo, sino también porque la plebe romana se conmovió ante la imagen inédita de una reina vencida desfilando en un triunfo, y pidió a César que liberara a Arsínoe. César la perdonó y la mantuvo con vida, en el exilio, como una espada de Damocles sobre la corona de Egipto, ya que con ella podía reemplazar al ocupante del trono egipcio que no fuera de su gusto.

Una soberana egipcia en Roma

Los historiadores discuten aún hoy en día sobre la duración real de la estancia de Cleopatra en Roma. Sabemos que llegó a la urbe en otoño de 46 a.C., y Cicerón afirma que la abandonó a mediados de abril del año 44 a.C., un mes después del asesinato de Julio César. Sobre lo que no existe acuerdo entre los expertos es sobre si Cleopatra estuvo en Roma durante todo ese tiempo. Suetonio dice que César no dejó partir a Cleopatra hasta que la hubo colmado de presentes y honores, poniéndole su nombre al hijo de la reina. Si César dejó marchar a Cleopatra es porque, evidentemente, estaba vivo cuando lo hizo. Y si Cleopatra estaba en Roma en abril del año 44 a.C., con César ya muerto, es porque, sin duda, se fue y volvió luego a la ciudad. Ello explica que César acudiera a la campaña en Hispania en enero del año 45 a.C. sin temor a dejar sola a Cleopatra, pues la reina ya había partido hacia Egipto unos días antes. Se puede, pues,

HUBER / FOTOTECA 9 X 12



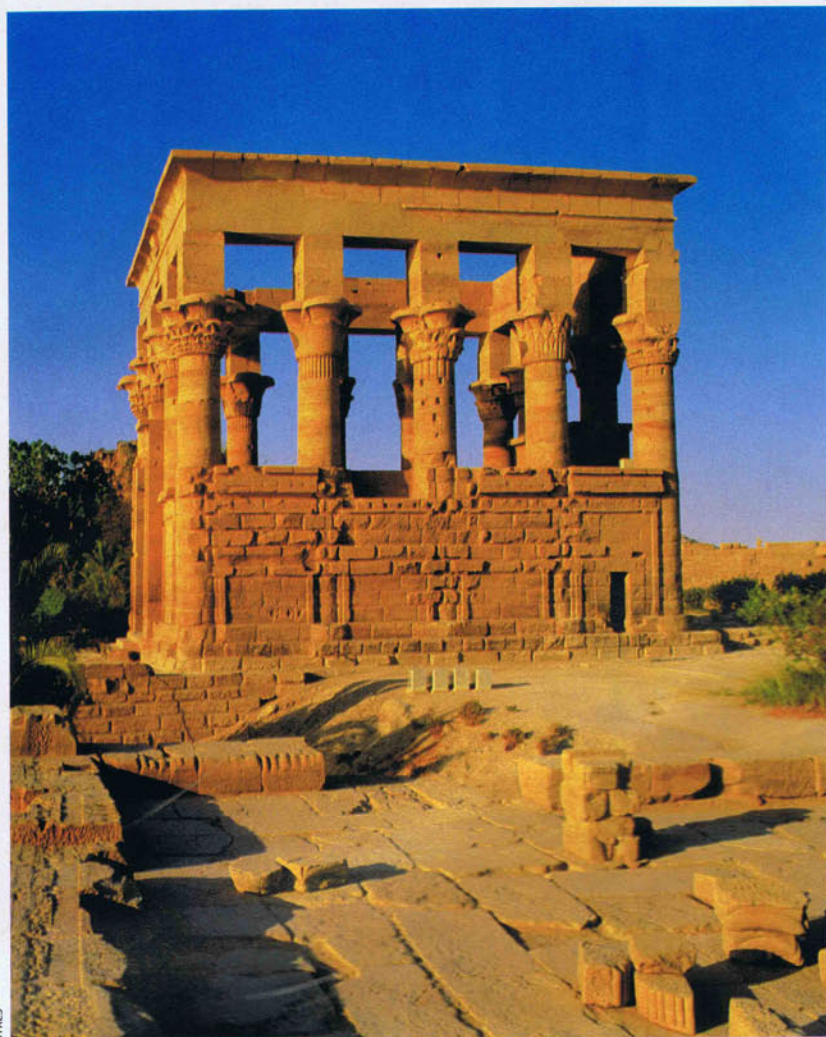
LA REINA INSOLENT

«ODIO A LA REINA DE EGIPTO»

El único testimonio directo de la estancia de Cleopatra en Roma son las cartas que Cicerón escribió a su amigo Ático. Existen seis misivas que mencionan a «la reina» (Cleopatra), todas redactadas tras la marcha de ésta a Egipto y la muerte de César, lo que no constituye, precisamente, un rasgo de valentía por parte de Cicerón.

En una de esas cartas, fechada el 15 de abril de 44 a.C., Cicerón dice que no le importa la huida de la reina, mientras que en la más explícita, algo posterior, afirma: «Odio a la reina [...]». No puedo recordar sino con indignación la insolencia de la reina en los jardines de la casa de César al otro lado del Tíber. Así que nada de tratos con esa gente».

De estas palabras cabe deducir que la animadversión de Cicerón hacia Cleopatra no tenía un origen político, ni siquiera moral. Se debería más bien a que el orador y filósofo se habría sentido ofendido por la «insolencia» que Cleopatra, comportándose al modo de una reina, le habría demostrado al recibirlo en la villa de César.



GTRES

La influencia de Roma en Egipto

César se aseguró el control de Egipto para Roma. Los sucesivos emperadores erigieron nuevos edificios en el país, como este pabellón de Trajano en el templo de File. Siglo II.

hablar de dos estancias de Cleopatra en Roma: la primera, y más importante, de sólo unos meses, entre octubre y diciembre de 46 a.C., y la segunda, posiblemente, después del regreso a Roma de César tras su victoria en Munda (cerca de Osuna, Sevilla), entre octubre de 45 y abril de 44 a.C.

En la primera visita, de apenas tres meses, debió de firmarse el tratado de alianza de Roma con Cleopatra, a la que se declaró, según Dión Casio, «aliada y amiga del pueblo romano». También se inauguró el Foro de César y el templo de Venus Genitrix, donde se erigió, al lado de la diosa, una estatua de oro de la propia Cleopatra con los rasgos de la diosa Isis. Y también se dio el plácet para llamar César al hijo de la reina, aunque sin reconocerlo como hijo más que en privado.

La segunda visita, tras la vuelta de César de Hispania, tuvo lugar durante el otoño e invierno de los años 45 y 44 a.C., hasta el 15 de abril. Cicerón dice que junto a Cleopatra se hallaba Amonio, encargado de asuntos eruditos, y Saras, a quien se suele identificar con Serapión, más tarde gobernador egipcio de Chipre. Si tales personajes fueron a Roma con Cleopatra sería, seguramente, por el gran interés de la reina en llegar a acuerdos culturales y sobre Chipre con César.

Sabemos que Cleopatra se alojó en una villa con jardines perteneciente a César (los *horti Caesaris*), situada en la ladera sur del Janículo, en pleno Trastévere. La presencia de la soberana egipcia en la

ciudad suscitó enseguida comentarios desfavorables entre los soldados, el pueblo y el mismo Senado. César estaba casado con Calpurnia, y alojar a su querida en una villa de su propiedad (aunque Cleopatra estuviera convenientemente acompañada de su complaciente e infantil marido) era una afrenta a la moralidad tradicional.

Ocio y política

Podemos imaginar los eventos que marcaron la vida de Cleopatra en la ciudad: la asistencia a actos públicos como la inauguración del Foro de César y el templo de Venus, o las reuniones de alto nivel con mandatarios romanos, junto con actos más lúdicos como la representación de danzas por parte de artistas como Tigelio Hermógenes, o los debates filosóficos con el sofista Filóstrato, con quien gustaba departir.

De su estancia, desde luego, no queda rastro arqueológico. A menos que se considere, como nosotros proponemos, que la desaparecida estatua de oro de Cleopatra del templo de Venus fuera tomada como modelo de otros retratos de la reina que sí han llegado hasta nosotros. Sabemos por Dión Casio que en la época en que escribía, casi trescientos años después de los hechos, la estatua de Cleopatra seguía aún en el templo de Venus y era muy conocida. Pues bien, los expertos han identificado como representaciones de Cleopatra dos estatuas halladas precisamente en Roma: una

CEREMONIA ISÍACA
EN UN FRESCO DE
HERCULANO. MUSEO
NACIONAL, NÁPOLES.

ANG

ISIS (A LA
DERECHA), OSIRIS
(EN EL CENTRO)
Y HORUS (A LA
IZQUIERDA).
DINASTÍA XXII.
LOUVRE, PARÍS.

ERICH LESSING / ALBUM

EL TEMPLO

Los ritos en honor de Isis se celebraban en capillas privadas o en templos más complejos, erigidos sobre un podio con escalinata.

OSIRIS CANOPE

El sumo sacerdote muestra a Osiris, el hermano y esposo de Isis, representado en forma de vaso.

LOS FIELES

Al pie de la escalinata se alinean grupos de fieles, hombres y mujeres, que parecen entonar un himno a la diosa.

SACERDOTES

La ceremonia está oficiada por hombres vestidos con túnica, con la cabeza rapada y que acompañan los cantos con sistros.

Un sacerdote aviva el fuego con incienso.

Ibis, pájaro sagrado de los egipcios.

Típico altar grecorromano de cuernos.

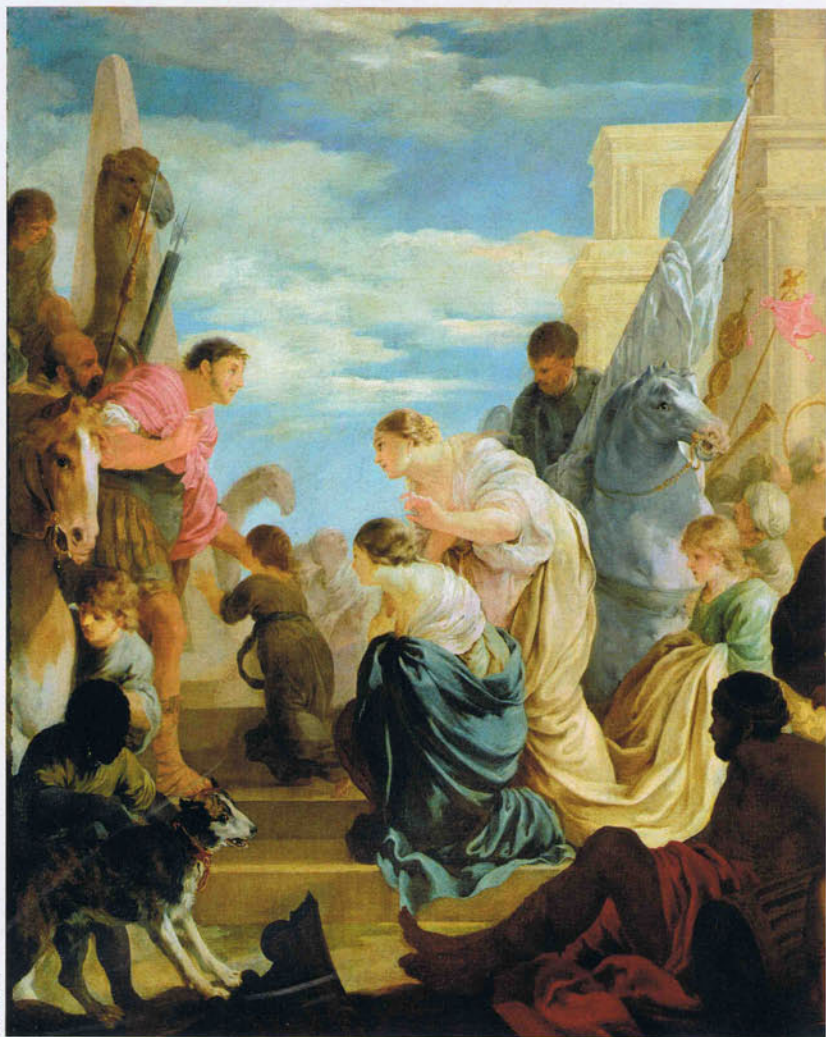
Flautista junto al altar, figura usual en los ritos romanos.

ISIS EN ROMA

Según el mito, Isis había rescatado el cuerpo de su hermano Osiris, asesinado a traición, y había empleado sus artes mágicas para concebir con él al dios Horus. En el Egipto helenístico, Isis fue para el pueblo símbolo de esposa fiel y madre compasiva, y su culto alcanzó gran difusión. Las reinas ptolemaicas lo favorecieron y, desde el siglo II a.C., se identificaron personalmente con la diosa. Así lo hizo Cleopatra VII, que adoptó el título de «Nueva Isis» y se hizo representar como

Isis en numerosas estatuas, entre ellas la que su amante Julio César le erigió en la propia Roma. Esta iniciativa de César fue quizás una de las causas de la impopularidad de la reina entre los romanos. En efecto, sabemos que el culto a Isis, que se había difundido por todo el Mediterráneo, se practicaba en Roma al menos desde principios del siglo I a.C., pero tropezó con la resistencia de las autoridades, que ordenaron en varias ocasiones derribar sus altares, templos y estatuas.





Marco Antonio y Cleopatra

En Tarso, Cleopatra acudió a la llamada de Marco Antonio, el vengador de César, con toda la opulencia de su corte. Óleo por Sébastien Bourdon. 1645. Louvre.

La reina de Egipto y su hijo

Tras la súbita muerte de Ptolomeo XIV, su marido, Cleopatra nombró rey a su hijo Cesarión (Ptolomeo XV). Ambos aparecen aquí en un relieve del templo de Dendera.

en la villa de los Quintilios en la vía Apia, actualmente en los Museos Vaticanos, y otra cerca del santuario de Isis en la vía Labicana, hoy en los Museos Capitolinos. Es posible que los escultores de esos retratos tomaran como modelo a la propia reina o a su estatua de oro del templo de Venus.

La prostituta egipcia

La presencia de Cleopatra en Roma tuvo una consecuencia importante: el calendario juliano, que entró en vigor en el año 45 a.C. se promulgó con asesoramiento egipcio. Algunas fuentes dicen que César consiguió la información astronómica necesaria del calendario egipcio durante su visita a Alejandría, entre los años 48 y 47 a.C. Plinio nos cuenta, en su *Historia natural*, que fue el famoso Sosígenes, el astrónomo real de Cleopatra, el que ofreció a César el calendario egipcio con sus correcciones. Y Apiano y Plutarco comentan que a ese calendario le añadió César sus propias enmiendas. En todo caso, el calendario juliano estuvo en vigor durante dieciséis siglos y, con algunos cambios, es el que usamos hoy día. Sólo por esto mereció la pena la historia de César y Cleopatra.

Un mes después del asesinato de César, Cleopatra, que al fin y al cabo ocupaba una villa que había sido cedida por César al pueblo romano en su testamento, partió de Roma junto con su marido y su hijo. Cicerón, que confesaba odiar a la reina y no le deseaba ningún bien, dice en una

carta que esperaba que Cleopatra «y su César» tuvieran el mismo fin que Tértula, que había muerto de un aborto. Lo que nos lleva a preguntarnos si Cleopatra estaba embarazada de nuevo.

Desde luego, la soberana hizo algunos enemigos más en Roma. Los poetas Propertio y Horacio se refirieron más tarde a la «reina prostituta de Canope», comentarios que probablemente ya estaban en el aire en época de César, pero que cobraron más fuerza como armas de la guerra propagandística desatada unos años después por Octavio (el futuro emperador Augusto), cuando trataba de contraponer la virtuosa vida en Roma con la degeneración de la corte egipcia, en la que había quedado atrapado Marco Antonio, el segundo y más profundo amor de Cleopatra. Porque tras la muerte repentina de su marido Ptolomeo XIV (a quien posiblemente asesinó) y la proclamación de Cesarín como rey de Egipto, Cleopatra tardó poco en seducir al triunviro Marco Antonio, sobrino segundo de César. Una nueva relación escandalosa que esta vez les resultó fatal a ella y a su reino. ■

Para
saber
más

ENSAYO

Cleopatra: una reina en tres culturas
Wolfgang Schuller. Siruela, Madrid, 2008.

Cleopatra: la última reina de Egipto
Joyce Tyldesley. Ariel, Barcelona, 2008.

NOVELA

Antonio y Cleopatra
Colleen McCullough. Planeta, Barcelona, 2008.



EL HIJO DE CÉSAR

LA DISCUTIDA PATERNIDAD DE CESARIÓN

No se conoce con exactitud la fecha del nacimiento del hijo de Cleopatra y César, pero Dión Casio, historiador del siglo III d.C., ofrece una pista cuando nos dice que César partió de Egipto a combatir a Farnaces, rey del Ponto, en junio del año 47 a.C. muy en contra de su voluntad y de la de Cleopatra, quien hubiera deseado partir con él.

Cabe suponer que si Cleopatra se quedó en Alejandría fue debido a su avanzado estado de gestación. Desde luego, era importante estar junto a César en el nacimiento del niño para arrancarle un reconocimiento de su paternidad, y algunos autores antiguos coinciden en que ese reconocimiento realmente se produjo.

Suetonio afirma que tres testigos amigos de César aseguraron que éste lo había reconocido, y que Marco Antonio lo corroboró ante el Senado. Pero que uno de esos amigos, Gayo Opio, redactó un libro para sostener lo contrario. Nunca sabremos si «Cesarín» era hijo de César y si Augusto, al ejecutarlo en 30 a.C., cometió un fratricidio.

La gran rebelión de Jonia

EL DESAFÍO GRIEGO

En el año 499 a.C., los griegos de Asia Menor se alzaron contra el Gran Rey persa. Éste aplastó la revuelta de forma implacable, pero con ello enardeció a los demás griegos, que lo derrotarían en las guerras médicas

CARLOS SCHRADER
CATEDRÁTICO DE FILOLOGÍA GRIEGA
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA



ERICH LESSING / ALBUM



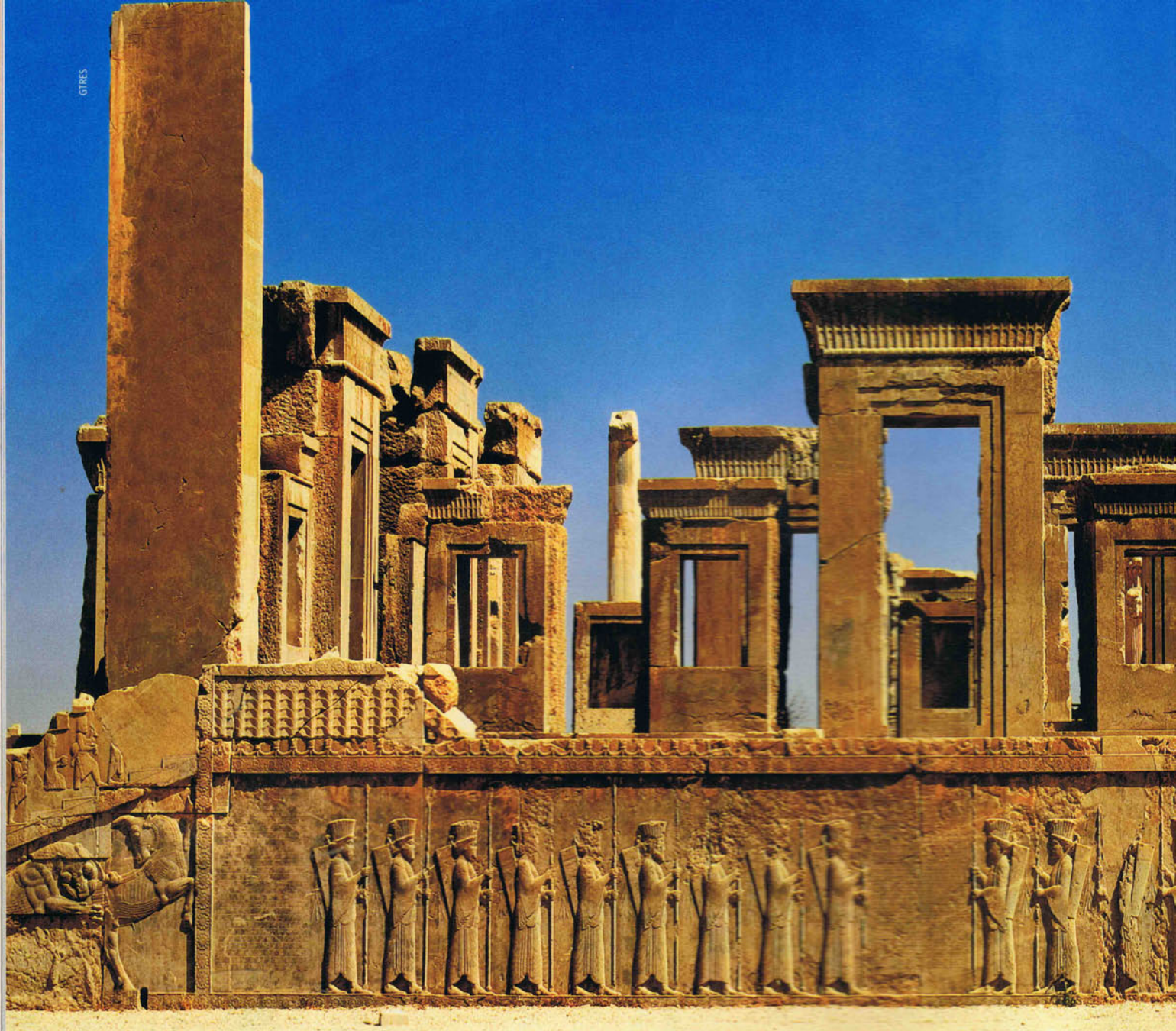
Griegos contra persas

La rebelión jonia contra el Imperio persa, en 499 a.C., fue la semilla de las guerras médicas, de las que esta cerámica es testimonio. 460 a.C. Museo Nacional de Escocia, Edimburgo.

Las riquezas de Asia

Los jonios buscaron el apoyo de Esparta aludiendo al inmenso botín que obtendrían en caso de victoria. A la izquierda, carro en oro del tesoro persa del Oxus. Siglos V-IV a.C.

BRIDGEMAN



Persépolis, la gran capital

Iniciada en 512 a.C., la construcción de Persépolis fue llevada a cabo por obreros de todos los rincones del Imperio, incluida Jonia. Arriba, el palacio de Darío.

Las proas de las veinte naves de guerra hendían con decisión las azules aguas del Egeo. Atrás quedaba la bahía de Falero, de donde acababan de zarpar. Allí, las tripulaciones se habían despedido de amigos y familiares antes de embarcar y cumplir la misión que la joven democracia ateniense les había encomendado: auxiliar a los rebeldes que, en Jonia, se habían levantado contra el vasto Imperio persa. Corría la primavera del año 498 a.C., y la incertidumbre sobre el resultado final de la guerra teñía de ansiedad la vida diaria de Atenas y de los habitantes de Mileto, la capital de los rebeldes, hacia donde se dirigían los navíos atenienses. Pero, ¿quiénes eran los jonios? ¿Y por qué habían resuelto sublevarse contra el mayor imperio conocido hasta entonces?

Los griegos de Asia

Desde finales del II milenio a.C. se produjo una corriente de emigración desde la península helénica hacia las costas occidentales de Anatolia. Los griegos se dedicaron a fundar numerosas ciudades que en los siglos siguientes alcanzarían una formidable eclosión económica e intelectual.

La zona era sumamente fértil, mucho más que la Grecia continental. Además, el contacto con las poblaciones locales y la llegada de las caravanas de Oriente estimularon la actividad comercial. Todo ello favoreció el crecimiento de la población y el desarrollo de las ciudades jonias, sobre todo de Mileto, donde florecieron ciencias como las matemáticas, la astronomía o la filosofía.

Sin embargo, esa relación con los diversos países de los alrededores hizo que cuando algún Estado poderoso aparecía en la zona, los griegos —generalmente desunidos y enemistados entre sí— acabasen sometidos a su dominio. Es lo que ocurrió con el reino de Lidia, que, tras varios decenios de guerra, los conquistó en el año 555 a.C., bajo el gobierno de Creso. Las condiciones de acatamiento fueron llevaderas; pero un nuevo poder, desconocido por su magnitud hasta la fecha, se estaba gestando en las lejanas tierras de Irán: el Imperio persa. En una serie de campañas inusitadamente rápidas, el fundador del imperio, Ciro el Grande, venció a todos los Estados vecinos y acabó por conquistar la propia Lidia, llegando hasta el mar Egeo. En el año 547 a.C., las ciudades griegas de Asia Menor pasaron a dominio persa.



Jonia contra Persia, una lucha desigual

Las ciudades jonias de Asia Menor organizaron en el año 499 a.C. una gran rebelión contra el Imperio persa. Pero Darío I, el Gran Rey, sofocó sin contemplaciones el alzamiento y arrasó Mileto, para poner sus miras en la Grecia continental.



CASCO CORINTIO DE BRONCE
PERTENECIENTE A UN HOPLITA. SIGLO VII A.C.

Siglo X a.C.

Tras el colapso del mundo micénico y ante la penetración doria en Grecia, muchos griegos continentales marchan a colonizar nuevos territorios en Jonia, la costa occidental de Asia Menor.

549-546 a.C.

Ciro el Grande, rey de Persia, lucha contra la coalición formada por Creso, rey de Lidia, Nabónido de Babilonia, el faraón Amasis y Esparta. Conquista Sardes, la capital lidia, y las ciudades jonias de Asia Menor, antiguas tributarias de Creso.

498-496 a.C.

La insurrección se extiende a Chipre, Caria y la zona de los estrechos entre el mar Egeo y el mar Negro.

En 497 a.C., los persas aplastan la rebelión en Chipre y el Helesponto. Los carios son vencidos cerca de la ciudad de Labraunda en el año 496 a.C.

HERÓDOTO. COPIA ROMANA DE UN ORIGINAL GRIEGO. MUSEO ARQUEOLÓGICO, ATENAS.



ARQUERO PERSA DE LA GUARDIA DE LOS INMORTALES. LADRILLO VIDRIADO. LOUVRE.

499 a.C.

La retirada persa de Escitia, en 519 a.C., hace pensar a los griegos jonios que pueden sublevarse sin excesivo riesgo contra los persas. Aristágoras de Mileto lidera la revuelta, y en primavera-verano de 498 a.C. los insurrectos conquistan el enclave persa de Sardes.

494-493 a.C.

Cerca de la isla de Lade, en aguas de Mileto, se enfrentan 600 naves persas y 353 griegas. La retirada de las naves de Samos y Lesbos lleva a la aniquilación de la flota griega y la caída de Mileto, que es arrasada. Los persas someten a los últimos rebeldes.

Inicialmente, los persas mantuvieron a los griegos en unas condiciones semejantes a las de los lidios: pago de impuestos y reconocimiento de su autoridad. Pero en 525 a.C., las cosas empezaron a cambiar. En ese año, Cambises, el hijo de Ciro, conquistó Egipto y, de paso, las plazas comerciales de Fenicia, que le proporcionarían una importante flota. Tres años después, Darío I ascendió al trono de Persia y reorganizó el Imperio. Los jonios fueron encuadrados en la satrapía, o provincia, de Sardes y sometidos al pago de un elevado tributo. Además, las rutas comerciales entre el corazón del Imperio y el Mediterráneo fueron desviadas a los puertos fenicios, lo que causó un profundo malestar entre los griegos.

Los persas exigían a las diferentes ciudades jonias la obediencia a un poder autocrático, para lo que se valían de ciudadanos griegos de su confianza que gobernaban cada una de esas ciudades como «tiranos». Pero en el mundo griego, la época de las tiranías estaba llegando a su fin; el ejemplo más evidente era el de Atenas, donde en el año 510 a.C. el tirano Hipias, el último de los Pisistrátidas, fue definitivamente expulsado de la ciudad, que sería



El Egeo en llamas: la revuelta y su represión

DURANTE SEIS AÑOS, la costa de Asia Menor fue el escenario de un duro pulso entre las ciudades griegas rebeldes de Jonia y el soberano persa Darío I. El auxilio inicial que Atenas y Eretria prestaron a los rebeldes dio impulso a sus operaciones militares y facilitó su mayor triunfo: la toma del centro político persa de Asia Menor, Sardes, en 498 a.C. Pero poco a poco la balanza se inclinó del lado de los persas, cuyos inabarcables recursos incluían la potente flota de las ciudades fenicias (que quebró la supremacía jonia en el mar), un número enorme de combatientes, el inteligente uso de los sobornos y la presión política, que llevó al tirano de Samos a abandonar el bando rebelde en la decisiva batalla naval de Lade. La destrucción de Mileto en 494 a.C. fue el premio a su victoria.

- 1 Atenas.** En 498 a.C. envía una veintena de naves en apoyo de los rebeldes; se les suman otros cinco barcos de Eretria.
- 2 Sardes.** Sparda, en persa, es la capital de la satrapía o provincia del Imperio persa a la que pertenecen las ciudades jónicas.
- 3 Éfeso.** Aunque los jonios toman Sardes en 498 a.C., la caballería persa contraataca y derrota a los rebeldes cerca de Éfeso.
- 4 Helesponto.** Las ciudades de esta zona norteña son sometidas en 497-496 a.C., a la vez que las ciudades de Caria, al sur.
- 5 Chipre.** La isla, que se había sumado a la insurrección, es recuperada por los persas con la ayuda de la flota fenicia.
- 6 Lade.** En las aguas de esta isla próxima a Mileto se produce la derrota definitiva de la flota jonia, en verano de 494 a.C.
- 7 Mileto.** La destrucción de Mileto por los persas, que esclavizan a la población de la capital rebelde, marca el fin de la sublevación.

Contra el gigante persa

Las fuerzas persas eran muy superiores a las griegas. Abajo, hoplita en bronce. Siglo VI a.C. Museos Estatales, Berlín.



en adelante gobernada como una democracia. El odio de los griegos asiáticos hacia ese tipo de gobierno, la tiranía, se tradujo en una creciente hostilidad hacia el poder persa.

¡Liberad a los jonios!

La situación descrita preparó el terreno para la gran sublevación que los demócratas jonios tramaron en torno al año 500 a.C. con el objetivo de terminar, a la vez, con el sometimiento de las ciudades al Imperio aqueménida y con los tiranos que las gobernaban. Sin embargo, las fuentes griegas antiguas (Heródoto en particular) se muestran tendenciosamente críticas con los jonios; la sublevación es vista como una locura debida a una serie de intrigas personales, ligadas, en particular, a dos gobernantes de Mileto: Histieo y Aristágoras. Pero muy probablemente el levantamiento jonio tenía objetivos limitados.

Histieo, tirano de Mileto, era uno de los aliados del Gran Rey (así se llamaba al soberano persa) en Jonia. Tras participar en una campaña persa en Escitia,

Darío lo reclamó como consejero haciendo que se trasladara a Susa. Como «regente» de Mileto quedó, Aristágoras, primo y yerno de Histieo, al que los historiadores antiguos señalan como el gran instigador de la revuelta. Consciente de que el dominio del mar era fundamental, Aristágoras propuso a Artáfnres, sátrapa de Sardes, que le permitiera acaudillar una intervención militar contra la isla de Naxos para incorporarla a los dominios persas, aunque en realidad se trataba de un pretexto para reunir a la flota jonia. Pero Artáfnres decidió informar a Darío, y los persas acabaron participando en la expedición, por lo que la campaña ya no tenía sentido y las naves regresaron a sus bases en el otoño del año 500 a.C.

Según las fuentes antiguas, fue entonces cuando Aristágoras decidió tramar una gran conspiración contra los persas en coordinación con Histieo, quien, desde Susa, le había ordenado sublevarse para así poder regresar él mismo a Jonia. En cualquier caso, se creó un «consejo» en el que se acordó derrocar a los tiranos en las diferentes ciudades jónicas. También se decidió acuñar moneda empleando plata del santuario de Apolo en Dídima, doce kilómetros al sur de Mileto.



Acto seguido, a comienzos del año 499 a.C., Aristágoras partió hacia Grecia en busca de aliados para la sublevación. Aunque debió visitar varias ciudades, la historiografía antigua sólo nos informa de sus gestiones en Atenas y en Esparta. En esta última se entrevistó con el rey Cleómenes I, al que dirigió un discurso en el que apelaba a la unidad de toda la Hélade: «Los hijos de los jonios son esclavos, en lugar de hombres libres, [...] liberad de su actual esclavitud a los jonios, un pueblo de vuestra misma sangre». Sin embargo, Esparta no estaba en condiciones de prestar ayuda a los jonios: el ejército lacedemonio era exclusivamente terrestre y carecía de experiencia en campañas lejos del Peloponeso; además existía el peligro permanente de una sublevación en Mesenia, región que los espartanos tenían sojuzgada; y los problemas fronterizos con Argos eran constantes. Ante la negativa del monarca espartano, Aristágoras intentó sobornarlo, pero no logró su propósito.

Aristágoras marchó entonces a Atenas, que después de la instauración del régimen igualitario en 508 a.C. se estaba convirtiendo en una potencia de primer orden. El líder milesio habló ante la

asamblea popular (*ekklesia*). Los atenienses sí atendieron la petición de los jonios y decidieron enviar veinte naves en su apoyo. No era un número elevado, pero en el año 499 a.C. Atenas no era la potencia naval que sería unos años más tarde; además, la tensión con la isla de Egina era permanente y enviar más navíos hubiese resultado peligroso. Finalmente, en Atenas aún había partidarios de la tiranía que no verían con buenos ojos el apoyo a unos jonios insurrectos que, como medida política, habían decidido desterrar a sus respectivos tiranos. Por ello, es posible que quienes votaron en la asamblea a favor del envío de las naves no fueran una mayoría aplastante. Aristágoras visitó otras ciudades en su viaje al continente como prueba del hecho de que también la ciudad de Eretria, en la isla de Eubea, decidiera socorrerlos con el envío de cinco naves.

La gran rebelión

Contando con esta ayuda, los jonios se lanzaron a la sublevación. Su objetivo era alzar a las ciudades de Caria y del Helesponto (los estrechos entre el Egeo y el mar Negro), contando seguramente con que los persas, ante una revuelta de tal

El odio del rey Darío a los atenienses

A mediados del siglo V a.C., el prestigio de Atenas en el mundo griego no tenía parangón. Eso hizo que llegasen a inventarse una serie de anécdotas retrospectivas sobre la historia de la ciudad. Heródoto se hace eco de una de ellas.

EL REY DARÍO, al parecer, estaba terriblemente enojado con los atenienses por su apoyo a la sublevación de los jonios, de tal manera que, según cuenta el historiador Heródoto, «al tener conocimiento de lo ocurrido, el monarca inicialmente no hizo caso alguno de los jonios, pues sabía perfectamente que su rebelión no iba a quedar impune. Pero preguntó quiénes eran los atenienses. Una vez informado, pidió su arco, lo empuñó, y tras colocar en él una flecha, la lanzó hacia el cielo exclamando: "¡Zeus, permíteme vengarme de los

atenienses!" Y tras pronunciar estas palabras ordenó a uno de sus servidores que cada vez que le sirviese la comida le repitiera tres veces: "¡Señor, acuérdate de los atenienses!"». La ahistoricidad del relato (que se ha helenizado y destila, además, un manifiesto desprecio hacia los jonios) es indudable, porque en el año 499 a.C., Atenas no era para el Gran Rey de Persia nada más que una pequeña e insignificante ciudad situada en los lejanos confines de la frontera occidental de su vastísimo y heterogéneo imperio.



DARÍO I EN SU TRONO. RELIEVE DEL SIGLO V A.C. MUSEO ARQUEOLÓGICO DE TEHERÁN.

ALSA



magnitud, se avendrían a una paz satisfactoria. Primero organizaron una maniobra de distracción para que los persas concentraran sus efectivos en Tracia y Lidia. Para ello, repatriaron a un pueblo tracio que los persas habían deportado a Asia Menor años atrás, lo que obligó al sátrapa de Sardes a mandar sus fuerzas en persecución de los que iban a ser repatriados. Era la ocasión que esperaban los jonios para atacar Sardes.

Los planes de los jonios se vieron inicialmente coronados por el éxito, y Sardes fue tomada entre la primavera y el verano de 498 a.C., a excepción de la acrópolis. Pero un incendio accidental que arrasó la ciudad impidió a los jonios saquearla y, además, los navíos atenienses enviados en su ayuda debieron regresar al Ática por razones de política interior, aunque las fuentes antiguas aluden a un contraataque de la caballería persa, que derrotó a los jonios en Éfeso y pudo ser la causa de la retirada ateniense. Con todo, las ciudades del Helesponto, así como buena parte de Caria y de la isla de Chipre, se sumaron a la insurrección.

En 498 a.C., toda Asia Menor se había sacudido el yugo aqueménida. Pero la respuesta persa no se iba a hacer esperar. El primer paso fue recu-



perar el control de Chipre para proteger sus bases navales de Cilicia y las sirio-fenicias, y, al mismo tiempo, tener el camino expedito para atacar Jonia por mar. Una fuerza persa desembarcó en la isla y sometió a las ciudades que se habían sumado a la revuelta griega, y aunque la flota jonia derrotó a la fenicia —que combatía al servicio de los persas— tuvo que regresar a sus bases y permitir que Chipre pasara de nuevo a control persa.

La derrota de la flota griega

La maquinaria bélica persa iba a sofocar la insurrección de forma implacable. Empleando la misma maniobra de tenaza que utilizarían unos años después en las guerras médicas, los persas reconquistaron el Helesponto, la Propóntide y el Bósforo por el norte, y Caria por el sur en 497 y 496 a.C. Viendo el cariz que tomaban los acontecimientos, Aristágoras se trasladó a Tracia, nominalmente bajo dominio persa, para intentar abrir allí un nuevo frente, aunque las fuentes griegas presentan su acción como una cobarde huida.

Entretanto, Histieo había regresado de Susa para intentar negociar el fin de las hostilidades. Como ni el sátrapa de Sardes ni los milesios acep-

taron su mediación, se trasladó con una flotilla al Bósforo, probablemente para asegurar el suministro de trigo a los sublevados. Los persas siguieron ampliando sus conquistas por tierra, hasta el punto de que a comienzos del año 494 a.C. sólo seis ciudades seguían resistiendo.

En ese momento, los delegados de las ciudades jonias se reunieron en un consejo y decidieron que, por tierra, cada ciudad se defendiese por su cuenta, pero que organizarían una ofensiva conjunta por mar. Equiparon, pues, una gran flota, integrada por un número indeterminado de penteconteros (navíos de 25 remos por flanco) y de trirremes, una nave de guerra mucho más moderna que contaba con tres filas de remeros por cada flanco. Quíos aportó cien naves, Mileto ochenta, Lesbos y Samos setenta y sesenta unidades respectivamente; en total, la flota jonia sumaba 353 navíos. A principios del verano de 494 a.C., la armada se reunió en el islote de Lade, que protegía el acceso al mayor de los cuatro puertos de Mileto. La flota persa, por su parte, ascendía a 600 naves, un número meramente convencional, pues es el mismo que se fija para la campaña de Maratón, en la primera guerra médica.

Éfeso, aliada de Mileto

Desde la ciudad jonia de Éfeso partieron las tropas aliadas que atacaron Sardes, la capital persa de la región, en 499 a.C. Arriba, el gran teatro de Éfeso. Siglo III a.C.

Un mensaje tatuado incita a la insurrección

El rey persa Darío I reclamó como consejero suyo en Susa (la capital persa de invierno) a Histieo, tirano de Mileto; con ello, Darío quería evitar que pudiese crear problemas en Jonia. Pero Histieo quería volver a Mileto y para ello prendió la llama de la rebelión.

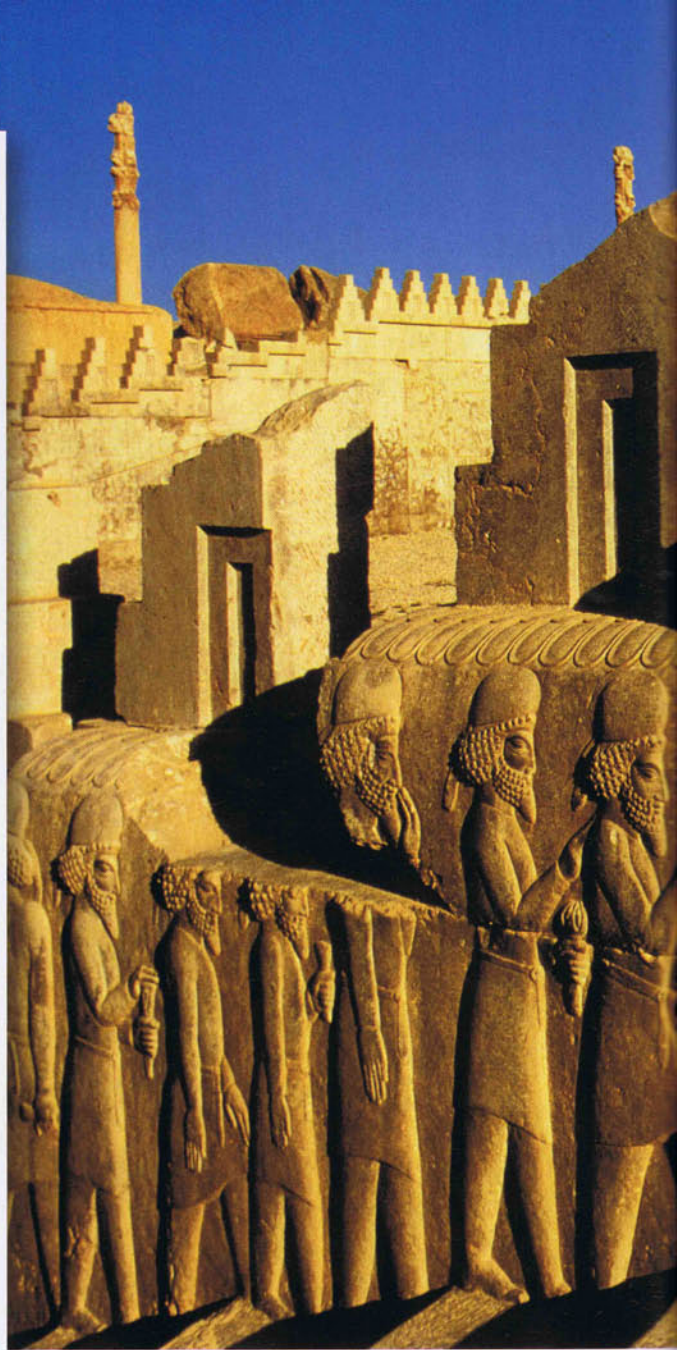
PARA PODER REGRESAR a Mileto, Histieo tenía que ponerse en contacto con Aristágoras, familiar suyo que lo había sucedido en el gobierno de aquella ciudad. Pero ello no resultaba nada fácil, ya que entre Susa y Mileto se contaban más de 2.400 kilómetros, que en su mayor parte se debían salvar a través de la gran calzada que unía Susa con Sardes, la gran capital persa de Asia Menor. Enviar un mensajero por rutas alternativas hubiese podido despertar sospechas, mientras que la vía real contaba a intervalos regulares con

puestos de guardia que controlaban a los viajeros. Para burlar la atenta vigilancia de estos centinelas, Histieo afeitó la cabeza al más leal de sus esclavos y en ella le tatuó un mensaje. Luego esperó a que le creciese otra vez el cabello, y lo envió a Mileto con la orden de que le dijera a Aristágoras que le afeitase de nuevo el pelo y mirase en su cabeza. El esclavo así lo hizo y Aristágoras pudo leer el mensaje que cambiaría el rumbo de los acontecimientos y de la historia de Grecia: «Histieo a Aristágoras: subleva Jonia».



ERICH LESSING / ALBUM

HOPLITA GRIEGO
ESCRUTANDO EL
HÍGADO DE UN ANIMAL
SACRIFICADO PARA
ADIVINAR EL FUTURO.



Por mediación de los tiranos griegos expulsados de sus ciudades en 499 a.C., los generales persas intentaron que la flota jonia desistiera de presentar batalla a cambio de una amnistía; de lo contrario, el castigo sería la muerte, la esclavitud, la castración de los niños y la deportación de las mujeres a los confines orientales del Imperio. Inicialmente, los jonios desoyeron tales propuestas y se aprestaron a la lucha.

Los marinos jonios fueron sometidos a un durísimo entrenamiento por Dionisio de Focea, el cual había sido nombrado almirante de la flota y deseaba poner en práctica una maniobra que constituía toda una novedad para la táctica naval de la época: el *diékploos*. El barco atacante debía romper la línea enemiga pasando por entre los flancos de dos naves adversarias, procurando romperles los remos; acto seguido, se viraba de bordo con el fin de atacar a una de las dos naves por la popa o por el costado más dañado, lo que requería una gran destreza por parte de los timoneles y los remeros. Pero esta atrevida táctica resultó inútil. El día de la batalla, cuando la flota persa pasó al ataque, la mayoría de los navíos de Samos desertaron, convencidos por el tirano de



IMAGE COLLECTION

la ciudad, lo que provocó una desorganización general entre las naves griegas. Aunque las unidades de Mileto, Priene, Focea y Quíos se batieron con denuesto, la flota jonia fue derrotada.

Una venganza despiadada

A consecuencia de la victoria persa en Lade, Mileto se vio asediada por mar y por tierra. La situación de los jonios era desesperada. En otoño del año 494 a.C., la ciudad fue tomada y las amenazas persas se cumplieron: la mayoría de los hombres fueron asesinados, y las mujeres y los niños fueron deportados al golfo Pérsico, mientras que el templo de Apolo en Dídima fue saqueado e incendiado. Al tener noticia del desastre, Histieo decidió abandonar el Helesponto y regresar a Jonia, sin que estén muy claros los motivos de su comportamiento, pero Artárenes, el sátrapa de Sardes, ordenó apresarlo y darle muerte mediante empalamiento.

En la primavera del año siguiente, 493 a.C., los persas remataron la faena. La flota tomó Lesbos y Quíos, así como las ciudades europeas de la zona del Helesponto; y las fuerzas terrestres conquistaron las ciudades todavía no sometidas.

En todas ellas ejecutaron implacablemente sus amenazas de destrucción total. Como escribe Heródoto: «Nada más conquistar las ciudades, escogían a los muchachos más apuestos y los castraban, convirtiéndolos en eunucos; por su parte, a las doncellas más agraciadas las deportaban a la corte del rey; [...] y además se dedicaron a incendiar las ciudades con templos y todo».

La revuelta de Jonia había sido sofocada y, como dice también Heródoto, «los jonios volvían a ser esclavos». Pero su insurrección sólo fue el comienzo de la lucha de los griegos frente a los persas en las guerras médicas, que terminaron en el año 479 a.C. con la consagración de la independencia de la Hélade y, de paso, la liberación de las ciudades jonias. ■

El tributo al Imperio

Los persas gravaron con un fuerte tributo a los jonios tras su derrota en 493 a.C. Arriba, procesión de tributarios medos en un relieve de la Apadana, Persépolis.

Para
saber
más

ENSAYO

Fuego persa

Tom Holland. Planeta, Barcelona, 2007.

Las guerras médicas I

Philip de Souza. Osprey, Barcelona, 2008.

TEXTOS

Historia. Libros V-VI

Heródoto. Carlos Schrader (ed.). Gredos, Madrid, 1981.

INTERNET

http://en.wikipedia.org/wiki/Ionian_Revolt

La joya de Bizancio

La iglesia de Santa Sofía fue erigida por Justiniano como símbolo del poder imperial. En la imagen, la amplia nave interior, de 80 metros de altura.

Justiniano, el vencedor

El emperador aparece triunfante en el marfil Barberini (a la derecha), tal vez realizado para conmemorar la paz con los persas en 532. Louvre, París.





CONSTANTINOPLA LA CAPITAL DE BIZANCIO

Durante mil años, la fabulosa capital del antiguo Imperio romano de Oriente se defendió tenazmente de sus enemigos, mientras tras sus murallas se sucedían intrigas políticas y revueltas populares

DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE
PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE POTSDAM Y ESCRITOR

Entre la corona y la cruz

Dedicado a la Divina Sabiduría (Hagia Sophia, en griego), este colosal templo fue el último refugio de los habitantes de Constantinopla cuando la ciudad cayó en manos de los turcos.





uando en la Navidad de 1400 el emperador bizantino Manuel II Paleólogo llegó a París, se alojó en un ala del palacio del Louvre mientras preparaba su entrevista con Carlos VI de Francia, uno de los monarcas más poderosos de Occidente. Un año antes Manuel había partido de Constantinopla en un largo viaje en el que recorrió las cortes europeas en busca de ayuda contra una inminente ofensiva

de los temibles turcos otomanos. En los tiempos gloriosos de la urbe, durante los siglos X y XI, Constantinopla podía jactarse de ser, junto a la musulmana Córdoba, la urbe más populosa de Europa. Pero ahora, en vísperas de su caída, sólo era una ciudad arruinada y medio abandonada. Ataviado con sus blanquísimos ropajes, el refinado Manuel II Paleólogo debió de parecer a los franceses una rara ave en vías de extinción.

La heredera de Roma

El 8 de noviembre de 324, el emperador Constantino emprendió la construcción de una nueva capital que llevaría su nombre: Constantinopolis, «la ciudad de Constantino». De este modo celebraba su victoria sobre Licinio, su adversario en el camino al trono. La ciudad, que sería conocida como la Nueva Roma, fue inaugurada el 11 de mayo del año 330 bajo los auspicios de la Virgen María, que se había aparecido al soberano.

Constantinopla había sido refundada en el lugar que ocupaba la antigua colonia griega de Bizancio, de ahí que también se la designe de esta forma, y se llame Imperio bizantino al territorio que gobernó. Según escribió Dión Casio, era «el más grande puesto de vigilancia y baluarte defensivo de los romanos contra los bárbaros» (*Historia romana* 74, 14,4), lo que debía a su privilegiada situación como encrucijada estratégica de rutas comerciales entre Europa y Asia.

Desde la definitiva división del Imperio romano, a la muerte de Teodosio I el Grande (en el año 395), Constantinopla fue capital de la mitad oriental, y se convirtió en uno de los mas populosos enclaves del mundo romano y en el mayor centro económico del Mediterráneo, controlando la producción cerealística de Egipto y de la opulenta Anatolia. En el ámbito espiritual y cultural, también fue ganando terreno a Occidente: en el siglo IV, el obispo de la ciudad reclamó el rango de patriarca, y durante esa centuria y la siguiente, después de la prohibición del culto y de las antiguas instituciones paganas (entre ellas, la Academia de Atenas), florecieron en Constantinopla universidades y bibliotecas donde se conservó la filosofía griega —el saber tradicional pagano—.

A mediados del siglo V, el Imperio de Occidente cayó ante los bárbaros. Pero los bizantinos guardaron celosamente la llama de la civilización romana. Durante casi un milenio, siempre tendrían conciencia de ser *romaioi*, es decir, romanos. De ahí que los turcos llamasen *Rum* al territorio bizantino; y de ahí también que sus habitantes, aunque hablaban griego, rechazasen la denominación de «griegos» (*hellenes*), que, desde la Antigüedad tardía, se usaba para designar a los paganos.

En adelante, Constantinopla fue adquiriendo fama de perdurabilidad como el inexpugnable corazón de un renovado Imperio romano, protegida por sus muros ciclópeos y por el legendario

CRONOLOGÍA

EL GRAN IMPERIO DE ORIENTE

527-565

Justiniano I intenta arrebatar a los bárbaros los territorios del Imperio romano de Occidente.

976-1025

Basilio II destruye el amenazador Estado búlgaro y lleva al Imperio bizantino a su último período de esplendor.

1071

En Manzikert, los turcos seleúcidas vencen a las tropas de Romano IV. Comienza el declive del Imperio bizantino.

1204

Constantinopla es arrasada por los cruzados y cae en su poder. Los bizantinos la reconquistan en 1261.

1453

Mehmet II toma la ciudad, que pasará a llamarse Estambul y se convierte en capital del Imperio otomano.

HUERTOS E INDUSTRIAS DENTRO DE LAS MURALLAS

Constantino, el fundador

En el año 324, el emperador fundó una nueva capital imperial a imagen de Roma: Constantinopla. A la derecha, moneda de oro acuñada por el emperador en 335.

Ibn Battuta, viajero árabe del siglo XIV, se refiere a la disposición de Constantinopla en trece barrios casi independientes y con alternancia de industrias, viviendas y huertos (el área entre las murallas de Constantino y Teodosio estaba dedicada a labrantío). Por los barrios del norte, más sucios y malolientes a causa de las tenerías, se agolpaban las industrias de los latinos, desde Pera al Cuerno de Oro, junto a los puertos. La diversidad étnica era notable a ojos del visitante, con judíos, latinos, armenios, rusos, turcos y búlgaros extramuros. El bullir de lenguas y los intercambios comerciales hacían de estas zonas un enorme bazar cosmopolita, centro del comercio entre Oriente y Occidente.



«fuego griego» —una sustancia combustible que la flota bizantina utilizó durante la Edad Media, y que constituía una verdadera arma secreta—. La ciudad contaba, además, con una baza suplementaria: ante la amenaza de un asedio, se cerraba la entrada al Cuerno de Oro, su gran puerto natural, mediante una cadena tendida sobre el mar hacia el barrio de Pera (hoy Beyoglu), en la costa opuesta. Así defendida, Constantinopla rechazó a hunos, ávaros, persas, árabes, búlgaros y rusos.

Una capital turbulenta

Durante toda la Edad Media —el milenio que va de la conquista de Roma por los bárbaros, en el siglo V, hasta la caída de Constantinopla en poder de los turcos, en el siglo XV—, la ciudad fue escenario de pasiones desbordadas, con disputas políticas y religiosas que regaron de sangre calles y palacios. El ancestral carácter rebelde del pueblo de Constantinopla le llevó a protagonizar sonadas revueltas como la que, en el año 532, estalló en el hipódromo al grito de ¡Nika! («¡Vence!») y puso en jaque al emperador Justiniano. Las dos facciones populares más importantes de la ciudad, los Verdes y los Azules, además de ser rivales en las carreras de carros, se enzarzaban en disputas teológicas y políticas, usando incluso la violencia callejera para apoyar una determinada herejía o a un candidato al trono. Pero en esta ocasión, ambos partidos se unieron para protestar contra el soberano; incluso llegaron a acorralarlo y a proclamar un nuevo emperador del gusto del populacho. Al fin, el ejército sitió a los rebeldes en el hipódromo y dio muerte a unas 30.000 personas.

También las controversias teológicas desataron la violencia en la ciudad, como sucedió con las luchas entre iconoclastas e iconódulos, esto es, los que rechazaban la veneración a las imágenes religiosas (por considerarlas una forma de idolatría) y los que la defendían. En el año 730, León III, que apoyaba oficialmente a los iconoclastas, mandó retirar un Cristo de la puerta de Bronce, que daba acceso al complejo palacial. Pero los encargados de hacerlo fueron asesinados por una banda de fanáticos iconódulos. Éste fue el inicio de unos años de conflicto entre el poder imperial, que imponía la retirada de las imágenes, y amplios sectores de la población que se rebelaban ante ello, secundados por parte del clero, en especial por los monjes.

Las disputas comerciales entre los mercaderes italianos asentados en Constantinopla o la simple xenofobia fueron también causa de violencia. Los colonos de Pisa atacaron el barrio genovés en 1162, y nueve años más tarde fueron los venecianos quienes lo saquearon con la tácita aprobación de las autoridades bizantinas, a las que el pueblo acusaba de ser demasiado condescendientes con los occidentales, los «latinos». Este rechazo popular hacia los occidentales tenía profundas raíces, tanto religiosas como de índole material. Por una parte, en 1054 se había producido la ruptura entre la Iglesia latina de Roma y la Iglesia ortodoxa de Constantinopla, lo que había desatado la mutua animadversión entre sus seguidores. Por otra parte, los mercaderes extranjeros fueron adquiriendo ventajas fiscales



EL ÚLTIMO RESPLANDOR

Basilio II hizo de Constantinopla la capital de un imperio que iba del Éufrates al Adriático y del Danubio a Siria. Merced a la alianza con Vladímir I de Kiev (que se convirtió a la religión ortodoxa y se casó con Ana, hermana de Basilio) reprimió la rebelión de los grandes nobles de Asia Menor, tras lo cual aniquiló a los búlgaros (de ahí su sobrenombre, Bulgaróctono) e hizo retroceder a sus enemigos en Italia, Armenia y Siria, preparando las conquistas de sus sucesores.



LOS BÚLGAROS
HUYEN DE LAS TROPAS
BIZANTINAS ANTE
TESALÓNICA. CRÓNICA
DE SKYLITZES, SIGLO XIV

1 Italia

En el sur de Italia, Basilio mantuvo sus posiciones frente a los príncipes lombardos y reforzó su presencia mediante una alianza con Venecia (992). Sus principales enemigos eran los musulmanes de Sicilia: cuando murió, preparaba una expedición contra Messina.

2 Los Balcanes

Tras décadas de guerra, en 1014 Basilio destruyó en Clidion el ejército del zar búlgaro Samuel; se dice que cegó a 15.000 prisioneros, que envió al zar, dejando tuerto a uno de cada cien para que hiciera de guía. El zar murió, y en 1018 se anexionó su imperio.

3 Siria

En el invierno de 995, Basilio atravesó Asia Menor en 16 días para obligar al califa fatimí a levantar el sitio de Aleppo. En 999, otra campaña aseguró el dominio del estratégico valle del Orontes (el gozne entre Asia Menor y Siria) y sometió el Levante hasta Trípoli.

4 El Cáucaso

A la muerte en 1020 del soberano bagrátida Gagik I, Basilio se anexionó gran parte de Armenia. Estas conquistas y el avance en Siria dieron a Bizancio un vasto arco defensivo en Oriente frente a los pueblos de Asia Central y los musulmanes.

El **populacho** sometió a Andrónico I a todo tipo de vejaciones: le cortaron las manos y le arrancaron ojos, dientes y cabellos, hasta que un **soldado** lo mató

con diversos acuerdos mercantiles, lo que suponía un agravio comparativo para los súbditos bizantinos (y fue, además, un fenómeno creciente hasta el fin del Imperio).

La corte de las intrigas

La ciudad fue escenario de intrigas palaciegas de todo tipo entre facciones políticas —la aristocracia cortesana, la nobleza de las provincias— y entre familias candidatas a ostentar la púrpura. Uno de los más brillantes escritores bizantinos, Miguel Pselo, que vivió los entresijos del poder en la dinastía de los Ducas, retrata en sus obras las intrigas de la corte bizantina del siglo XI, en las que él mismo participó maniobrando entre emperadores títeres, emperatrices derrochadoras, poderosos eunucos, disputas de clanes y guerras e insurrecciones de diverso signo.

De Constantino VIII, por ejemplo, Pselo dice que «era débil de espíritu, al hacerse viejo y no poder combatir ya, se exasperaba con cualquier noticia de mal augurio; cuando los pueblos bárbaros que nos rodeaban se alzaban contra nosotros, los contenía con dignidades y presentes, mientras que a los súbditos que se sublevaban les infligía terribles castigos: si sospechaba de alguien que era un rebelde o un sedicioso, lo castigaba antes de comprobarlo, de forma que se ganaba la sumisión de los súbditos no por su benevolencia, sino mediante toda clase de terribles torturas; mudable era su ánimo como el que más; se dejaba vencer por su cólera; siempre estaba dispuesto a dar crédito a cualquier rumor; sobre todo sospechaba de los que aspiraban al imperio y por ello les infligía terribles castigos, pues no los mantenía de momento a raya exiliándolos o recluyéndolos, sino que les vaciaba enseguida los ojos con el hierro».

En 1182, las disputas por el trono a la muerte de Manuel I Comneno terminaron con otra sangrienta revuelta que acabaron pagando los residentes occidentales en la ciudad. La emperatriz viuda, de origen normando, favoreció a su amante en vez de a su hijo Alejo, que se rebeló contra ella incitando a una revuelta en la ciudad. Tras ser sofocado el motín, otro candidato al trono, Andrónico Comneno, primo de Manuel I, se apoderó del poder con un golpe de mano. Su entrada en la capital a la cabeza de un ejército desató una nueva revuelta que acabó con la masacre de la gran comunidad veneciana de Constantinopla.

Un cronista bizantino, Nicetas Coniates, cuenta que Andrónico promovió el ataque a los latinos, quienes «intentaron salvarse como pudieron, dejando sus casas y riquezas [...] pues al punto se ejecutaba a los prisioneros». Treinta mil occidentales fueron asesinados y otros cuatro mil terminaron vendidos como esclavos. La violencia callejera se cebó incluso en mujeres, niños, ancianos y religiosos. El legado del papa, el cardenal Juan, fue decapitado, y su cabeza, atada a la cola de un perro para que fuese arrastrada por las calles. El arzobispo Eustacio de Tesalónica refiere que «mujeres y niños eran abatidos por las espadas. Pero la visión más horrible era cuando el acero abría el vientre de las mujeres embarazadas». Cuando el motín amainó, Andrónico consintió que Alejo se proclamara emperador si sacrificaba a su madre, amigos y familiares más cercanos. Pero a la postre acabó asesinandolo y reinó en solitario como Andrónico I Comneno.

Un final indigno

El gobierno de Andrónico se basó en el apoyo de la plebe, por lo que se enemistó con la aristocracia y tuvo un trágico fin. Sus sospechas contra todos quienes le rodeaban desembocaron en un régimen de terror: fue otra revuelta popular instigada por un pretendiente al trono la que acabó con su reinado y su dinastía. El soberano estaba fuera de la capital y al llegar se vio acorralado en el motín. Pese a hacer mil promesas, acabó en manos del populacho, que saqueó el palacio y sometió a Andrónico a torturas humillantes, haciéndole desfilar por las calles entre burlas de la gente, que le golpeaba sin piedad. Al llegar al hipódromo, le cortaron las manos y le arrancaron el cuero cabelludo, los dientes y los ojos. Luego fue colgado cabeza abajo entre dos columnas para que cualquiera pudiera herirle, hasta que un soldado italiano se apiadó de él y lo mató. Su cadáver quedó insepulto y a su hijo Manuel lo cegaron, un castigo usual para disuadir a los posibles candidatos al trono de cualquier intento de usurpación.

La fama levantisca del pueblo de Constantinopla, a la vez víctima y protagonista de tanta violencia, es comentada así por Nicetas Coniates: «En todas las otras ciudades, la plebe es irreflexiva... pero en Constantinopla es particularmente



Irene, la primera emperatriz

Fue la primera mujer en ocupar el trono de Bizancio, lo que consiguió tras cegar a su hijo Constantino VI, en el año 797. Arriba, la soberana en un marfil. Bargello, Florencia.



Cristo en majestad

La imagen de Cristo preside la cúpula del nártex exterior de la iglesia de San Salvador en Chora, renovada por Justiniano en 536. Sus hermosos mosaicos datan del siglo XIV.

EL ASOMBRO DE DOS VIAJEROS CASTELLANOS

Un imperio teocrático

Desde sus orígenes, en Bizancio marcharon unidos el poder y la religión. A la derecha, santos en la corona del emperador León VI (886-912). Museo de San Marcos, Venecia.

Durante el siglo XV llegaron a Constantinopla dos viajeros castellanos: Ruy González de Clavijo (embajador de Enrique III de Castilla ante Tamerlán) y Pero Tafur. Clavijo se asombró ante las procesiones religiosas, las aglomeraciones en iglesias y monasterios y el lujo del clero; en 1403 habla de la impresionante procesión de «una ymagen de Santa Maria en una tabla; la cual ymagen disen que debuxó e fezo con su mano Sant Lucas». Tafur, por su parte, se sorprendió al paso de elegantes señoras y caballeros conducidos en lujosas literas con un gran séquito por la populosa calle Mese, camino de una misa o un despacho oficial.



tumultuosa, violenta e impredecible, porque la componen nacionalidades diferentes [...] La indiferencia con respecto a los emperadores es mal endémico: hoy elevan a uno al trono legítimo y mañana lo derriban como a un criminal».

Demasiados enemigos

Entre los siglos IX y XI, la población de la ciudad rondó el millón de habitantes, pero en esta última centuria comenzó un declive imparable. Su origen se encuentra en Manzikert, en Armenia, donde en 1071 los bizantinos sufrieron una aplastante derrota a manos de los turcos seleúcidas, que ocuparon Anatolia. La pérdida de esta rica región agrícola y de sus ciudades fue un mazazo para la economía bizantina, como cuatrocientos años antes lo había sido la conquista árabe de Egipto. Desde entonces, la pujanza política de las tribus turcas al este y de los pueblos eslavos al norte, en los Balcanes, obligó a los soberanos bizantinos a buscar ayuda en el Occidente cristiano.

Pero esta ayuda, que llegó en forma de las diversas cruzadas, tuvo funestos resultados. Los mercaderes y financieros italianos despojaron a Constantinopla de su papel de intermediaria comercial entre Oriente y Europa, y el estado de guerra entre cristianos y musulmanes se saldó con un Imperio bizantino cuyos dominios se estrechaban cada vez más en torno a Constantinopla: sólo el valor estratégico de la ciudad y sus poderosas defensas aseguraban la supervivencia del viejo Imperio de Oriente. Paradójicamente, lo que bárbaros e infieles no habían podido lograr —la toma de la gran capital bizantina— fue lleva-

do a cabo con crueldad insólita por cristianos de la cuarta cruzada, bajo el caudillaje del dux veneciano Enrico Dandolo, a la sazón enterrado en Santa Sofía. Aquéllos arrasaron Constantinopla a sangre y fuego en 1204, e impusieron el poder de los latinos hasta la reconquista bizantina de la ciudad en 1261. Tal vez en respuesta a la brutal matanza de occidentales de 1182, el saqueo fue de una violencia feroz e inusitada. Los cruzados mataron y violaron indiscriminadamente, y —en lo que fue una tremenda catástrofe cultural— saquearon iglesias y monasterios, destruyeron reliquias y obras de arte y llevaron a cabo una de las quemaduras de libros más terribles de la historia.

La entrada en escena de los turcos otomanos, cuyo avance dejó a Constantinopla totalmente aislada por mar y tierra, aceleró su decadencia. Tras las desesperadas peticiones de ayuda a Occidente, como el mencionado viaje de Manuel II Paleólogo por Europa, Constantinopla fue tomada por el sultán Mehmed II el 29 de mayo 1453. El último emperador, Constantino XI, murió luchando con valentía contra los turcos y rodeado de un puñado de idealistas griegos y latinos, en defensa de una ciudad milenaria que ya sólo era una reliquia anacrónica. ■

Para
saber
más

ENSAYO

La caída de Constantinopla: 1453

Steven Runciman. Reino de Redonda, Madrid, 2006.

Bizancio. El imperio que hizo posible la Europa Moderna. Judith Herrin. Debate, Barcelona, 2008.



ERICH LESSING / ALBUM

GRANJEROS, GUERREROS Y PIRATAS

VIKINGOS



La conquista de Inglaterra

Los descendientes de los vikingos daneses establecidos en Normandía conquistan Inglaterra en 1066, a las órdenes de Guillermo I, como muestra el tapiz de Bayeux. Siglo XI.

Sepulturas suntuosas

Los nobles vikingos se enterraban en barcos funerarios cargados de ricas ofrendas, como esta brida de caballo en bronce dorado (abajo), del siglo VII. Museo de Historia, Estocolmo.

Cuando no se embarcaban para comerciar o saquear, los vikingos trabajaban en sus granjas, organizaban banquetes, disfrutaban con los cantos de los poetas y gozaban de espectáculos de lucha

EDUARDO MORALES ROMERO

HISTORIADOR. COLABORADOR DEL MUSEO DE BARCOS VIKINGOS DE ROSKILDE



Vikingos: guerreros y exploradores

793-795

Los vikingos saquean el monasterio de Lindisfarne en Northumbria, y dos años después se registran los primeros ataques en Escocia e Irlanda.

870-876

Vikingos procedentes de Noruega se asientan en Islandia. Pocos años después, los daneses, dirigidos por Guthrun, realizan incursiones en Inglaterra.

965

Harald Diente Azul, unificador de Dinamarca y Noruega, se convierte al cristianismo, pero la mayoría de sus súbditos sigue con sus creencias tradicionales.

980

En Dinamarca se inicia la construcción de campamentos fortificados de forma circular (como Trelleborg), que podían alojar un gran número de tropas.

985

Erik el Rojo es uno de los primeros en explorar Groenlandia y comienza su colonización con supervivientes de las hambrunas que habían asolado Islandia.

1000

Leif Eriksson, hijo de Erik el Rojo, se establece en la costa de Terranova y se convierte en el primer europeo en pisar el continente americano.

1013

El rey de Dinamarca Svend Barbahendida invade Inglaterra forzando a huir al rey Etelredo II, pero muere poco después de haber sido coronado.

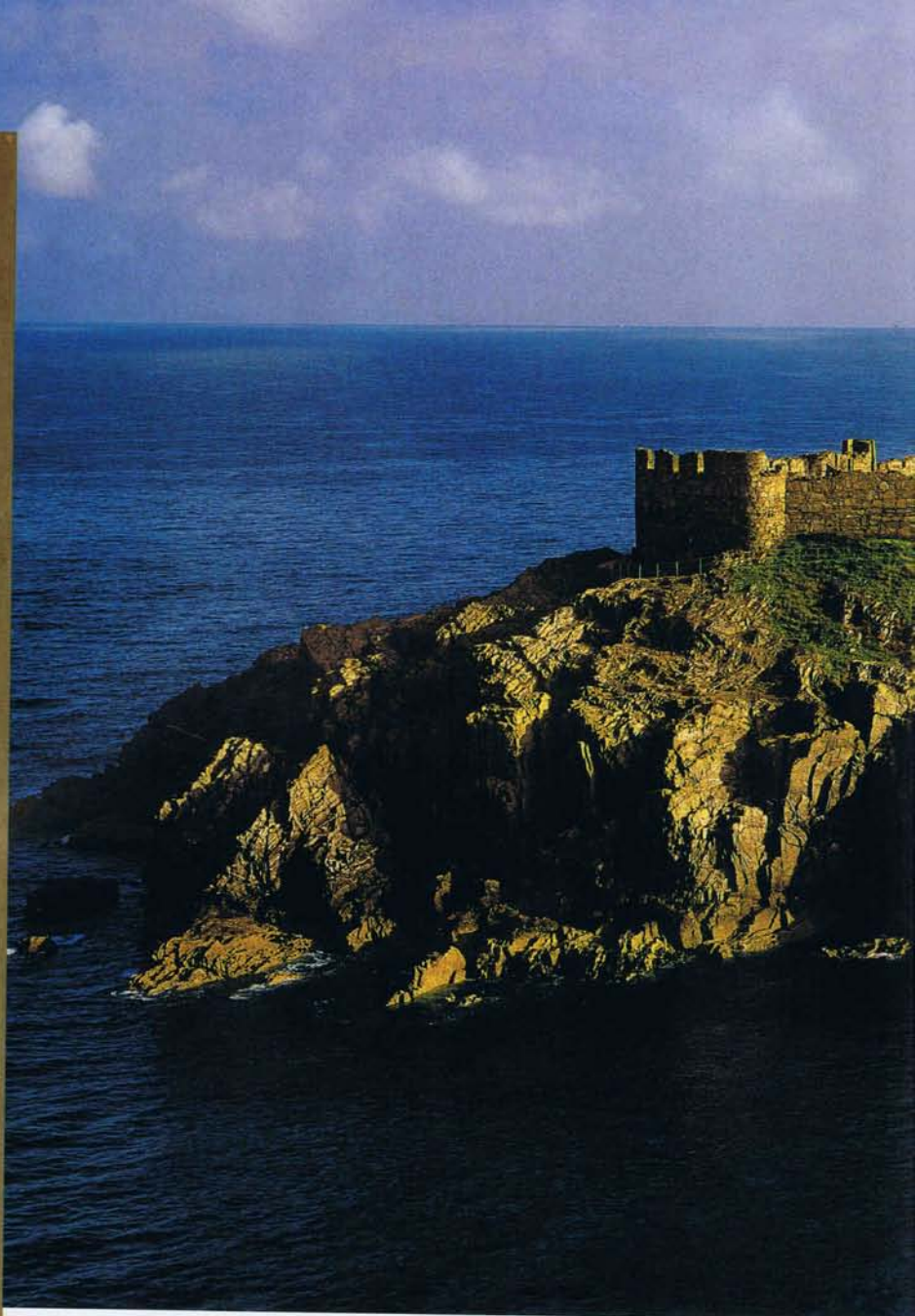
1016

Canuto el Grande, hijo de Svend Barbahendida, vence a Edmundo, hijo de Etelredo, y tras la muerte de éste es proclamado rey de Inglaterra.

Las conquistas noruegas

Magnus III, rey de Noruega, conquistó en 1098 la isla de Man, situada en el mar de Irlanda. Allí donde hoy se alza el castillo de Peel (en la imagen), erigió una fortificación.

Un poema islandés muy antiguo titulado *Rígsbula* (*La leyenda de Rig*) narra la historia de Heimdal, que custodiaba el Asgard, la mansión de los dioses. Su padre fue Odín y tuvo como madre a nueve gigantas; de todas ellas juntas nació Heimdal. Éste, al igual que su padre, tenía la costumbre de deambular por el mundo de los hombres, el Midgard, y engendrar hijos allí. En una ocasión se hizo pasar por un mortal, de nombre Rig. Primero encontró una miserable cabaña donde vivían Ai y Edda; una hogaza de pan basto y una escudilla con sopa de ternera era lo mejor que podían ofrecerle. Se quedó allí tres noches y durmió entre ellos. Nueve meses después, Edda dio a luz a un niño de piel oscura y feo rostro al que llamaron Trael («esclavo»). Rig siguió su camino y llegó a una granja donde vivían Afi y Amma; la historia se repitió, y nueve meses después Amma alumbró un niño de mejillas sonrosadas al que llamaron Karl («hombre libre»). La tercera vez, Rig pernoctó en un palacio habitado por Fadir y Modir. Allí le ofrecieron pan fino de trigo y fuentes de plata con carne de cerdo y aves asadas, y bebió vino en costosas copas labradas. Rig se





ANDY STOTHERT / PHOTOLIBRARY

quedó allí tres noches, y nueve meses después Modir dio a luz un niño de cabellos rubios, piel blanca y mirada penetrante al que llamaron Jarl («noble»). Ésta es la leyenda del origen de las tres clases que componían la sociedad vikinga: nobles, hombres libres y esclavos.

Granjeros de Escandinavia

Ya fueran siervos, libres o nobles, la vida de los escandinavos se desarrollaba en el marco de la granja. Ésta era el núcleo económico y social del mundo vikingo, y el lugar principal en ella lo ocupaban el dueño, su esposa y sus hijos, los abuelos y los hermanos menores de aquél que permanecían solteros. Para la mayoría de las personas, este grupo familiar era lo más importante en su vida: les ofrecía seguridad, comida y cobijo.

La mujer desempeñaba un importante papel en este ámbito y tenía los mismos derechos legales que los hombres, aunque menores en el campo económico: podía heredar, pero por detrás de sus hermanos; recibía lo que le correspondía por herencia como dote cuando se casaba y podía poseer fortuna propia (por ejemplo, tierras), aunque siempre administrada por un

varón. Era responsable de sus actos y podía ser procesada y condenada a penas similares a las que se imponían a los hombres, aunque no podía ser proscrita si estaba embarazada. Podía iniciar procesos, pero tenía que contar con un hombre para presentar su causa ante el parlamento (*thing*). En cierto modo, la mujer era un activo que pertenecía a la familia, por lo que no podía decidir con quién quería casarse: el matrimonio —que era, ante todo, un contrato social— permitía establecer alianzas con otras familias.

En la granja trabajaban también los esclavos, que realizaban las labores más duras. Había un gran número de ellos, pero han dejado un rastro muy tenue; cuando en una excavación aparece la tumba de un esclavo es porque ha sido ejecutado y enterrado junto a su señor para acompañarlo y servirlo en la otra vida. Los esclavos podían llegar a Escandinavia a través del comercio o como botín de guerra. Precisamente uno de los objetivos de las expediciones vikingas era hacerse

Los orígenes de los vikingos

Este casco de bronce sueco data del período de Vendel, en el siglo VII, durante el cual se forja el mundo de los vikingos. Museo de Historia, Estocolmo.



GTRES



LAS CASAS

Eran de madera, algunas con las paredes revestidas de barro. En 1992 se excavó una vivienda que había tenido un suelo de madera.

LAS PARCELAS

Excavaciones recientes han demostrado que la ciudad había sido construida siguiendo un determinado sistema de parcelas, cada una rodeada de una valla de madera.

LA EMPALIZADA

Un muro de tierra reforzado con una empalizada protegía la ciudad. A principios del siglo X se empezó a construir una muralla, pero por causas desconocidas nunca se terminó.

EL PUERTO

Por el lado del mar, tanto el puerto como la ciudad estaban protegidos por empalizadas sumergidas, formadas por miles de postes de madera clavados en el fondo del mar.

BIRKA, LA CIUDAD-MERCADO

UN EMPORIO VIKINGO

Birka se levantaba en la isla de Björkö, en el lago Mälaren, no lejos de la actual Estocolmo. Con una población de 500 a 1.000 habitantes, es el primer asentamiento en Suecia al que se puede llamar «ciudad». Los restos más antiguos de viviendas datan de mediados del siglo VIII. Fuera de la ciudad se han hallado zonas de enterramiento

que albergaban unas 2.000 tumbas. En las zonas más cercanas al asentamiento se habían construido cámaras funerarias destinadas a personajes que fueron enterrados con sus armas, joyas, útiles y mercaderías. En estas tumbas se han descubierto tejidos de seda traídos de China, monedas de plata árabes, vasijas de cristal procedentes del mundo musulmán y del sur de Europa..., lo que apunta a un activo comercio internacional. Algunas de es-

tas sepulturas seguramente pertenecen a mercaderes extranjeros fallecidos en Birka. La ciudad contenía numerosos talleres para la fabricación de diversos utensilios: se han encontrado grandes cantidades de objetos de hueso y de cuerno (peines, agujas, fichas de juego, etc.), así como piezas de ámbar. Entre 960 y 970 Birka decayó -quizá fue destruida por un incendio o por un ataque del exterior- y la ciudad de Sigtuna heredó su actividad comercial.

con esclavos, algunos de los cuales eran capturados para pedir por ellos un rescate a sus parientes o a la Iglesia, que rechazaba que los paganos tuviesen esclavos cristianos. Los propios vikingos podían caer en la esclavitud si cometían delitos castigados con esta pena. Los esclavos, cuyos hijos también lo eran, podían ser liberados por sus amos; en una piedra rúnica de Hørning, costeada por un antiguo esclavo, se lee: «Toke el herrero levantó esta piedra en recuerdo de Troels, hijo de Gudmund, que le dio ayuda y la libertad».

La granja proveía de alimentos, y en ella se fabricaban tejidos y aperos agrícolas. Pero los productos especializados y los objetos de lujo procedían del exterior. De ahí que muchos granjeros dedicasen algunos meses del año al ejercicio del comercio o a la piratería.

Mercaderes y piratas

Un ejemplo de este modo de vida nos lo brinda Ottar, un vikingo noruego que tenía una granja en la zona de Tromsø. Conocemos su historia a través de una traducción de la obra de Paulo Orosio *Contra los paganos*. A finales del siglo IX, este texto se había convertido en un clásico y Alfredo el

EL FUERTE

Al sur estaba situado el Borgberget («monte del castillo»), un promontorio rodeado por una empalizada e inaccesible desde el mar debido al escarpado acantilado que le servía de defensa.

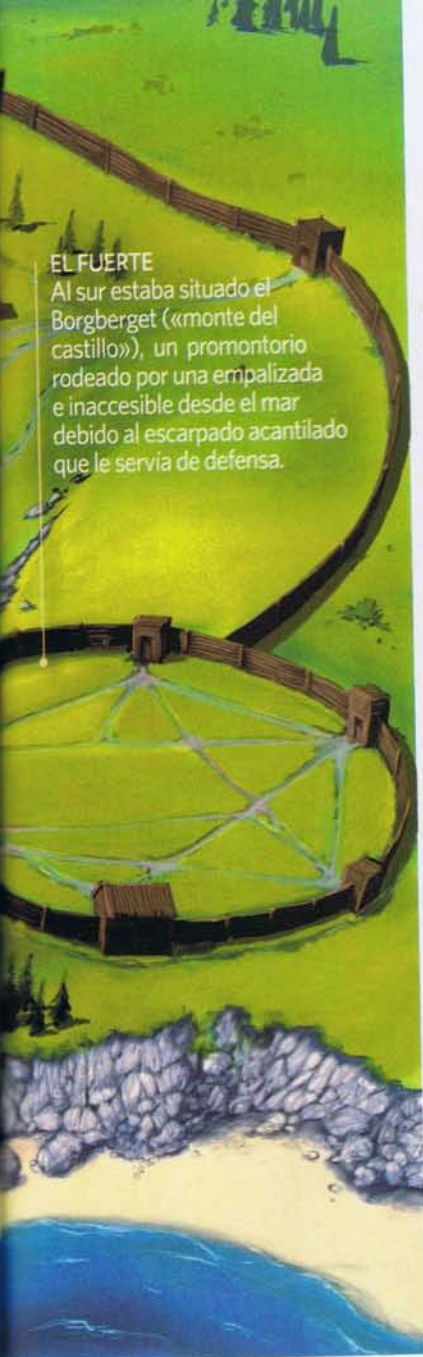
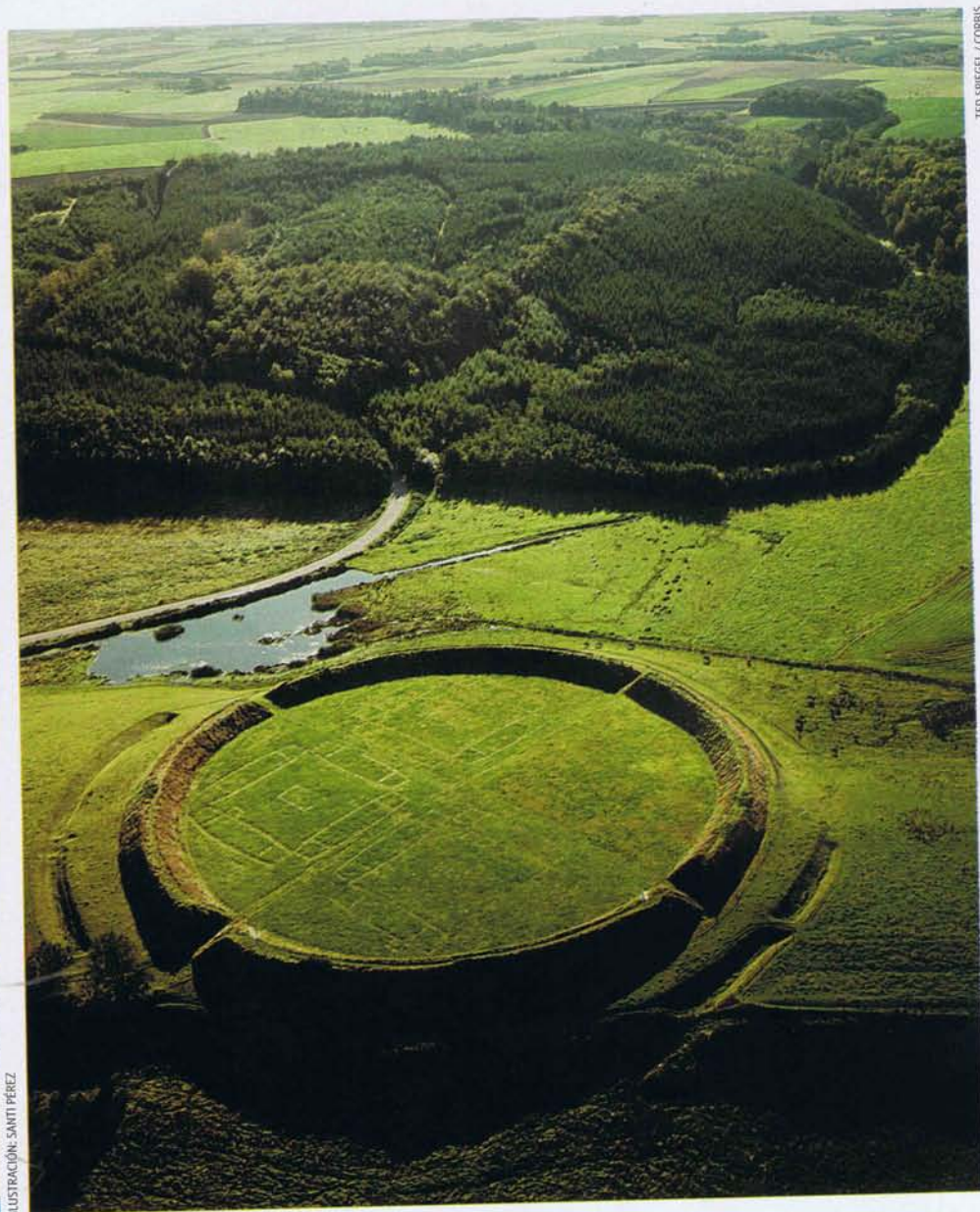


ILUSTRACIÓN: SANTI PÉREZ



TED SPIEGEL / CORBIS

Grande, rey de Wessex (el más poderoso de los reinos anglosajones), promovió su traducción del latín al inglés antiguo. La obra recibió unos interesantes añadidos, entre ellos el relato del viaje de Ottar, un mercader vikingo. El texto alude a Alfredo como *hlaforð* (señor) de Ottar, lo que indica que entre ambos existía una relación: a cambio del juramento de lealtad y determinados servicios, Ottar podía contar con la protección real durante su estancia en Wessex. El relato prueba que, paralelamente a las razias y expediciones vikingas, existían relaciones comerciales normales entre Escandinavia y Occidente.

Ottar era uno de los hombres más ricos de su región. Su fortuna consistía en veinte vacas, veinte ovejas, veinte cerdos y una parcela de terreno que araba con ayuda de sus caballos. Pero los ingresos más jugosos los obtenía extorsionando a sus vecinos lapones, a los que obligaba a pagarle un impuesto en especie compuesto por pieles de animales, plumas de aves, huesos de ballena y cuerdas hechas con pieles de ballena y de foca; y de algunos lapones prominentes conseguía pieles de marta, nutria, reno y oso. Con todo ello viajaba a Inglaterra para comerciar.

Esta forma de vida se mantuvo durante largo tiempo. La *Saga de las islas Órcadas* describe el modo de vida de Sveinn Asleifsson, uno de los principales personajes del lugar, quien todavía en 1158, cuando los vikingos ya se habían cristianizado, combinaba la explotación de su granja con la tradicional piratería: «En primavera tenía Sveinn mucho de que ocuparse, vigilando él mismo la siembra del grano. Cuando el trabajo estaba hecho, salía a saquear en las Hébridas o en Irlanda y regresaba a su casa a mediados de verano».

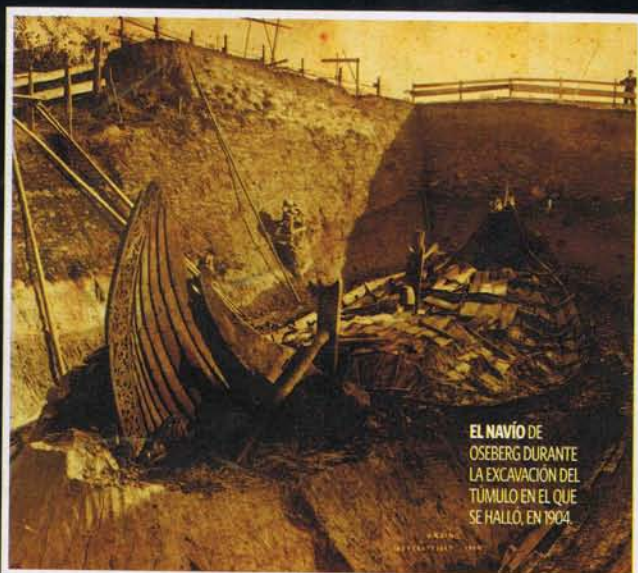
Durante el período vikingo, Escandinavia y las regiones del Báltico jugaron un papel importante en la economía europea, suministrando a reyes, nobles y dignatarios de la Iglesia los productos exóticos que daban cuenta de su poder y prestigio. Durante siglos, la piratería y el comercio habían ido de la mano en Escandinavia, y el período vikingo no fue ninguna excepción. La piratería no excluía la práctica del comercio normal cuando las circunstancias así lo aconsejaban. Vikingos como Ottar y Asleifsson podían proporcionar maderas para la construcción de barcos, pieles de ballena y de foca para confeccionar cuerdas, pieles de animales para ropas de abrigo, ámbar,

Las fortalezas vikingas

En Dinamarca se alzaban importantes fortalezas, como la de Fyrkat (arriba), en las que el rey Svend Barbahendida alojó a las tropas mercenarias que atacaron Inglaterra.

UN BARCO PARA EL

La excavación de Oseberg, en Noruega, fue dirigida por el profesor Gabriel Gustafson, de la Universidad de Oslo, en 1904. El túmulo contenía una sepultura vikinga del año 834, magníficamente conservada, perteneciente a una mujer que fue enterrada con una acompañante. En la cámara mortuoria, tras el mástil, se hallaron un carro, cuatro trineos y doce o más caballos, una tienda, alimentos, cinco camas, cofres, lámparas, una silla, un tapiz, utensilios de cocina, herramientas agrícolas, artículos de uso personal y para tejer. La suntuosidad del enterramiento revela la elevada posición social de esta mujer, tal vez una reina. El barco y su ajuar se conservan en el Museo de Barcos Vikingos de Oslo.



EL NAVÍO DE OSEBERG DURANTE LA EXCAVACIÓN DEL TUMULO EN EL QUE SE HALLÓ, EN 1904.

IMAGE COLLECTION

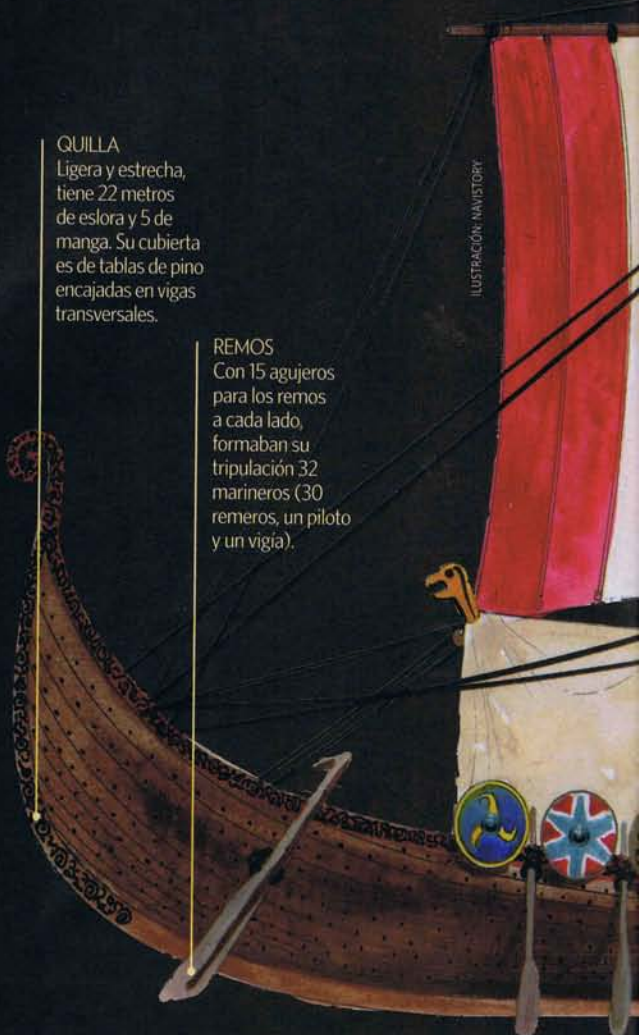


ILUSTRACIÓN: NAVISTORY

QUILLA

Ligera y estrecha, tiene 22 metros de eslora y 5 de manga. Su cubierta es de tablas de pino encajadas en vigas transversales.

REMOS

Con 15 agujeros para los remos a cada lado, formaban su tripulación 32 marineros (30 remeros, un piloto y un vigía).



ALSA

PROA DECORADA

El barco era ligero, tal vez un yate real. Una cabeza de serpiente enrollada corona la proa. El cuerpo lo decoran frisos de animales entrelazados.



BRIDGE MAN

FIGURA ESMALTADA

Entre el ajuar funerario se encontraron dos cubos de latón procedentes de Irlanda. El mayor tiene monturas en forma de figuras humanas en el



GTRES

CABEZA DE DRAGÓN

Poste en forma de cabeza de dragón, decorado con elementos vegetales y zoomorfos, clavos de estaño, y ojos y colmillos hechos con placas de metal.

VIAJE AL MÁS ALLÁ



MÁSTIL
Mide unos 10 metros de alto, se encuentra en medio del barco y está sostenido por dos robustas piezas de roble.

VELA
La vela, de 90 m², se arriaba con facilidad para permitir entrar en acción a los remeros cuando había que maniobrar.



TALLA DE MADERA

Algunas de las elaboradas tallas representan episodios mitológicos, como ésta que muestra a Loki, dios del engaño, las mentiras y el caos.



CARRUAJE REAL

Este carro, de 5,5 metros, es el único que sobrevive intacto de época vikinga. La parte superior se podía separar de la inferior.



CABEZA HUMANA

Cubierta con un gorro ajustado, es una de las cuatro cabezas de hombre talladas en los extremos del soporte de la parte superior del carro.

1 LA FORJA DE LA ESPADA



2 LA MUERTE DE FAFNIR



LA MUERTE DEL DRAGÓN

LA SAGA DE SIGURD

Los vikingos gustaban de las historias épicas que recitaban sus poetas, los escaldos. Una de ellas es la de Sigurd, referida en diversas sagas (poemas). Asesinado por instigación de la valquiria Brunilda, es vengado de un modo terrible por su esposa Gudrun. Todo ello es la trágica consecuencia de la muerte del dragón Fafnir y el robo de su tesoro maldito.

1 El herrero Regin, que en realidad es el hermano del dragón Fafnir, convence a Sigurd de matar a la bestia. Para ello, tras crear dos espadas que se rompen, Regin forja una tercera con los fragmentos de *Gram*, la espada de Sigmund, padre de Sigurd.

2 Regin aconseja a Sigurd que mate al dragón cavando un hoyo y escondiéndose en él. Así, cuando Fafnir vaya a beber podrá apuñalarle en el vientre y protegerse con su escudo del veneno del monstruo, y así lo hace el héroe.

3 Regin duerme mientras guarda la espada y Sigurd asa el corazón del dragón. Cuando comprueba con el dedo si la carne está lista, se quema. Entonces se lame el dedo para aliviar el dolor y traga un poco de la sangre de Fafnir.

4 La sangre del dragón permite a Sigurd entender el lenguaje de los pájaros. Éstos le revelan que Regin quiere traicionarle y apoderarse del tesoro de Fafnir. Sigurd mata a Regin y huye con el tesoro, que será la causa de su perdición.

huesos de ballena y dientes de morsa para fabricar todo tipo de objetos de marfil (relicarios, crucifijos, piezas de ajedrez...). Los mercaderes volvían de las islas Británicas con trigo, plata y tejidos, mientras que en los países mediterráneos obtenían vino, sal, cerámicas y oro. Siguiendo el curso de los ríos de Rusia llegaban hasta los enclaves vikingos de Gnezdovo, Nóvgorod y Kiev, para alcanzar desde allí Constantinopla y Bagdad, de donde regresaban con objetos maravillosos.

Profesionales del saqueo

El comercio y la piratería no eran el único medio de aumentar sus posesiones: los vikingos también contaban con las expediciones militares. En ellas participaban nobles y hombres libres, pero no los esclavos, a quienes no se permitía portar armas (sólo podían poseer un cuchillo). En los primeros tiempos, cuando un grupo de vikingos se hacía a la mar en Escandinavia, no era por tiempo indefinido, sino con la idea de atacar una o varias poblaciones, saquearlas y volver a casa cargados con un cuantioso botín. La mayoría de las embarcaciones eran patroneadas por sus propios dueños, que formaban las tripulaciones con

3 EL CORAZÓN DEL DRACÓN



4 EL FIN DEL TRAIADOR



sus criados, parientes, amigos y vecinos. Generalmente eran gente de posición elevada en su lugar de residencia, donde poseían tierras y animales. No podían abandonar por largo tiempo sus propiedades, pero se sentían atraídos por las ideas de riqueza, botín, fama y notoriedad. El prestigio social era un elemento de capital importancia en su mundo, y una expedición afortunada sería cantada y narrada por los poetas, los escaldos, que ensalzaban las hazañas llevadas a cabo en tierras lejanas por los jefes vikingos. El famoso poema *Hávamál* (*El discurso del altísimo*) dice: «Muere la fortuna, / muere la familia, / uno mismo también muere. / Pero sé algo / que siempre quedará: / la buena fama del difunto».

Al final del período vikingo, los reyes tomaron las riendas de la organización de las expediciones, cuyos objetivos finales eran la extorsión de grandes sumas que cobraban como tributo (llamado *danegeld* en Inglaterra) o la conquista de un país (como sucedió con Normandía, en Francia). Estas rentables expediciones atraían a gran número de guerreros. La *Crónica anglosajona* relata un episodio que resulta ilustrativo. En el verano del año 1011, una gran flota vikinga al mando de

Thorkel el Alto había invadido el sur de Inglaterra y tomado muchos rehenes, entre ellos Ælfheah (Alpheg), arzobispo de Canterbury. Thorkel recibió el pago de un *danegeld* por la fabulosa suma de 84.000 libras, pero el arzobispo se negaba a que se pagara el rescate por su persona, fijado en 3.000 libras. Enfurecidos, los vikingos lo llevaron a la sala donde celebraban un festín; muchos estaban borrachos de vino y se divertían tirando al arzobispo los huesos de los jamones y de las vacas que estaban consumiendo. Viéndole malherido, un vikingo llamado Thurm se apiadó de él y lo mató golpeándolo con su hacha. Corría el 19 de abril del año 1012.

Guerreros esforzados

En contra de lo que podría creerse, no existió en Escandinavia un ejército profesional durante el período vikingo, salvo, quizá, grupos poco numerosos para la protección personal de los jefes locales y los reyes. Esta banda de guerreros era el *hird*, la mesnada. En la ceremonia por la que era aceptado en el grupo, el guerrero debía tomar por la hoja la espada que su señor le tendía y prometerle solemnemente lealtad absoluta.

Paneles de Hylestad

Estos bellos paneles de madera del siglo XIII relatan la historia del héroe Sigurd. Portada de la iglesia de Hylestad, Noruega. Museo de la Universidad de Oslo.

Vikingos en Inglaterra

La abadía de Lindisfarne, en Northumberland, sufrió ataques vikingos en 793 y en 875.

Abandonada, fue refundada en 1093.

OCIO A LA VIKINGA

BANQUETES Y TORNEOS

Los vikingos eran un pueblo amante de las diversiones. Comer y beber eran actividades muy populares, y las celebraciones, tanto religiosas como profanas, constituían una excusa perfecta para ello. Una de las más importantes fiestas religiosas era el *Jól*, que celebraba el solsticio de invierno. Durante el festín se comía la carne de los animales sacrificados

(*blot*), generalmente caballos y cerdos. Se consumía el *julskinska* (jamón de Navidad) y una cerveza fabricada especialmente (*jólaöl*), algo que se sigue haciendo hoy en día en Escandinavia. Los comensales también se distraían con juegos de mesa como el *hnefatáfl*, muy parecido al ajedrez, pero con casillas impares, que ya se practicaba en los países nórdicos en la Edad del Hierro. Las piezas podían ser de hueso, madera, cristal o piedra.

Las diversiones al aire libre eran asimismo muy apreciadas. En invierno se podía patinar o deslizarse en trineo. Las competiciones con espada, lanzas y jabalinas eran también habituales, así como el tiro con arco. Los guerreros vikingos competían en un peligroso deporte acuático llamado *krava*, en el que había que sumergir al contrario. Otros deportes eran una especie de lucha libre (*glima*), practicada aún hoy, y las luchas a caballo.

No es de extrañar que una de las razones por las que se recuerda a los vikingos sea su valía como guerreros. El manejo de las armas era esencial para sobrevivir en una sociedad violenta: los varones se entrenaban en su uso desde muy pequeños, con ejemplares en miniatura hechos de madera, y a los diez años ya usaban armas auténticas en su adiestramiento. Numerosas sagas contienen ejemplos de jóvenes que con dieciséis años ya participaban en arriesgadas expediciones.

Pero las armas no sólo se empleaban en la guerra: también se usaban para dirimir rencillas. Si alguien recibía una afrenta o algún familiar era asesinado o muerto en una pelea, la parte ofendida podía lavar su honor por medio de la venganza de sangre. Quien no actuaba así perdía por completo el respeto de la sociedad, era tildado de cobarde y se le adjudicaban apodosos infamantes que le perseguían toda su vida. Ocurría a veces que una venganza daba lugar a otra nueva por la parte ahora ofendida, sucediéndose las agresiones hasta desembocar en una verdadera guerra entre los miembros de las familias o clanes enfrentados. Las deudas de sangre también podían cobrarse en un duelo singular llamado *holmgang*, en el que



ENGLISH HERITAGE / PHOTOLIBRARY



BRIDGEMAN

los combatientes iban armados con espada y escudo, que si se rompía podía ser reemplazado dos veces; el combate se realizaba en un campo delimitado y el primer contendiente que sufría una herida o salía del campo perdía el duelo.

El valor de la hospitalidad

Parte importante del modo de vida de la aristocracia vikinga eran los banquetes. Si la dieta cotidiana era relativamente sencilla (cereales o *gröt*, pan de cebada, mantequilla salada, pescado seco, legumbres y algo de carne, leche, queso, manzanas y bayas), en los festines la mesa estaba mucho mejor surtida y el anfitrión desplegaba toda clase de atenciones, siguiendo el deber vikingo de hospitalidad. El poema *Hávamál* lo describe bien: «Regios anfitriones / recibid al recién llegado. / ¿Dónde debéis acomodarlo? / Molesto e incómodo / estará aquel / que dejéis desatendido. / Agradece el fuego / quien con frío en las rodillas / acoges en tu casa. / Paños y comida / pide el hombre / que recorre campos y cordilleras. / Agua y toalla tendrá el huésped / cuando acuda al convite. / Amigable acogida, calma y atención / cuando él quiera hablar».

Las fiestas constituían un importante nexo de unión entre hombres, señores y dioses. Entre los vikingos no había sacerdotes (*goði*): eran los señores quienes actuaban como tales en las ceremonias religiosas y en los banquetes. En éstos, la mesa principal se disponía sobre un estrado, en una gran sala con bancos adosados a las paredes donde se sentaban los huéspedes y sus séquito, mientras que en el centro de la estancia ardía el fuego. Las fiestas duraban varias horas, a veces, varios días, y eran ocasiones en las que se reforzaban los lazos de solidaridad en la comunidad vikinga. Los leales recibían favores y obsequios, se resolvían disputas, se acordaban indemnizaciones y todos escuchaban los cantos elogiosos de los escaldos al señor de la casa. ■

Una propuesta de matrimonio

Un emisario de Harald I pide en su nombre la mano de Gyda, hija de Erik de Hordaland. Ésta no lo aceptará hasta que se convierta en rey de toda Noruega. Óleo por Nils Bergslien. Siglo XIX.

Para
saber
más

TEXTOS
Saga de Hervör Miraguano, Madrid, 2003.

ENSAYO
La batalla final de los vikingos
Tony Allan. Jaguar, Madrid, 2002.

NOVELA
Northumbria, el último reino
Bernard Cornwell. Edhasa, Barcelona, 2006.

INTERNET
<http://www.hurstwic.org/history>



El lado humano del emperador

Este sobrio retrato de Carlos V, pintado por Tiziano en 1548, muestra a un hombre cansado tras más de tres décadas gobernando sus Estados. Antigua Pinacoteca, Múnich.

Una vida plagada de guerras

Carlos V pasó casi todo su reinado luchando contra Francia y el Islam mediterráneo para mantener la integridad de sus dominios. A la derecha, casco del emperador. Real Armería, Madrid.

LA FRAGMENTACIÓN DEL IMPERIO

El RETIRO *de* CARLOS V

Cargado de achaques tras una vida de viajes y campañas militares, en 1555 Carlos V decidió entregar las riendas del poder a su hijo Felipe II y retirarse a un monasterio extremeño

JOAN-LLUÍS PALOS

PROFESOR DE HISTORIA MODERNA
UNIVERSIDAD DE BARCELONA

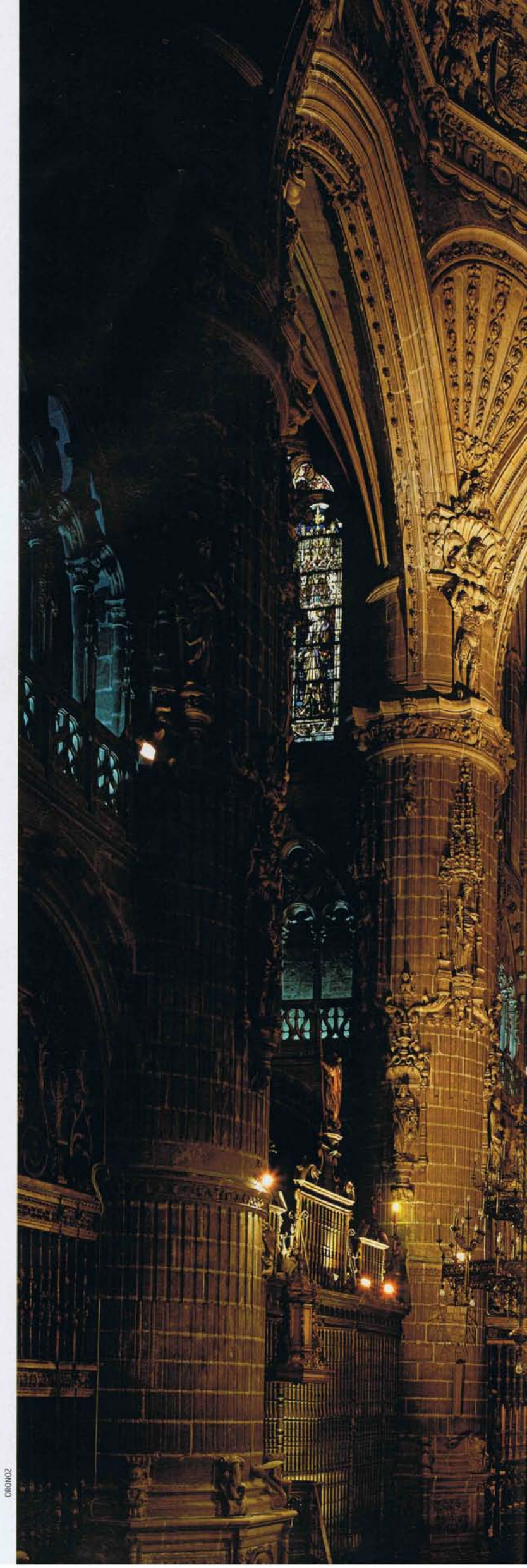


La impresionante aula magna del palacio de Coudenberg, en Bruselas, construida ciento veinte años antes por orden de Felipe el Bueno y en la que Carlos V había sido investido duque de Borgoña en 1515, se encontraba abarrotada de invitados, como en aquella lejana ocasión. Era el 25 de octubre de 1555 a las cuatro de la tarde, y todos estaban allí para asistir a una ceremonia insólita, cuyo anuncio unos meses antes había causado asombro en toda Europa: el emperador, cargado de achaques y cansado de la política, iba a renunciar públicamente a su poder. El soberano hizo su entrada con la mano apoyada en el hombro de Guillermo de Orange. Saltaba a la vista que tenía dificultades de movilidad. Llegaba rodeado por su familia casi al completo: su hijo y heredero Felipe, su hermana María, que había sido gobernadora de los Países Bajos durante un cuarto de siglo, y su hermana Leonor, reina viuda de Portugal. Pero faltaba su hermano Fernando, archiduque de Austria. Las relaciones entre ambos habían sido tensas en los últimos años, y Fernando se negó a desplazarse a tierras flamencas desde Viena.

«Grandes y peligrosas guerras...»

Carlos se situó en el trono dispuesto al fondo de la sala. Filiberto de Bruselas, presidente del Consejo de Flandes, tomó la palabra. Su discurso se dirigió a destacar la fidelidad del duque a sus compromisos con los súbditos borgoñones. A continuación se levantó Carlos. Sobre su negro atuendo destacaba tan sólo el collar de la orden del Toisón de Oro. «Os quiero decir algunas cosas por mi propia boca», empezó diciendo en francés. De vez en cuando miraba las notas recogidas en un papel que, como era su costumbre, sostenía con su mano derecha.

Fue un discurso memorable, en el que desgranó su trayectoria pública, iniciada cuarenta años atrás cuando su abuelo, el emperador Maximiliano, dio por concluida la etapa de su formación. Rememoró cómo a los pocos meses de haber sido nombrado duque de Borgoña falleció su otro abuelo, Fernando el Católico, de modo que «en el año diecisiete de mi edad, por este nuestro mar Océano fui a España [...] porque mi muy amada madre [Juana la Loca], que ha poco que murió, desde la muerte de mi padre quedó con el juicio



ZON



El emperador en Burgos

Del 13 al 16 de octubre de 1556, Carlos V se alojó en Burgos de camino a su retiro en Yuste. En la imagen, la catedral burgalesa de Santa María.

Los últimos años del amo de Europa

1553

El fracaso del asedio de **METZ** por parte de Carlos V en su disputa con Enrique II de Francia, sume en una gran depresión al emperador, que decide abdicar.

1554

Con la idea de recuperar Inglaterra para el **CATOLICISMO**, se celebra la boda entre Felipe II, hijo de Carlos V, y María Tudor, reina de Inglaterra y tía del novio.

1555

El emperador **ABDICA** del gobierno de Flandes en favor de su hijo Felipe, y del gobierno de los territorios imperiales en favor de su hermano Fernando.

1556

Tras abdicar de sus derechos sobre Castilla, Aragón, Sicilia y las Nuevas Indias, emprende el viaje a su retiro en **YUSTE** acompañado de su hijo Felipe.

1557

Carlos V se aloja primero en el castillo de los condes de **OROPESA**, para trasladarse a continuación al monasterio de Yuste, una vez es acondicionado.

1558

Carlos muere el 20 de septiembre a causa de unas fiebres, poco después de que la Dieta imperial acepte su abdicación en **FERNANDO**, su hermano.

La abdicación de Carlos V fue muy **emotiva**. Según un testigo, «los **sollozos y suspiros** que se daban, quebraban corazones»

estrazado de manera que nunca tuvo salud para poder gobernar...». Evocó uno de los momentos decisivos, cuando, «siendo todavía muy mozo», había sido elegido emperador; una dignidad que «no la pretendí con ambición desordenada de mandar muchos reinos sino por mirar el bien y común salud de Alemania, mi patria muy amada, y de los demás mis reinos, particularmente los de Flandes, y por la paz y concordia de la Cristiandad». Sin duda, una empresa titánica que le acarrearía un elevado número de adversarios. «La mitad del tiempo tuve grandes y peligrosas guerras de las cuales puedo decir con verdad que las hice más por fuerza y contra mi voluntad que buscándolas ni dando ocasión para ellas...»

El resultado fue una vida nómada, viajando siempre de un lugar para otro de Europa, tratando de solucionar los problemas allí donde se presentaban. «Nueve veces fui a Alemania la alta, seis he pasado en España, siete en Italia, diez he venido aquí a Flandes, cuatro en tiempo de paz y de guerra he entrado en Francia, dos en Inglaterra, otras dos fui contra África, las cuales todas son cuarenta...» ¿Y todo para qué? Llegada la hora del balance final, Carlos no tenía más remedio que aceptar la realidad: «No pude ejecutarlo todo como quisiera...».

En busca de la soledad

Ahora había tomado la decisión de abandonar el poder en manos de su hijo Felipe. «Sé que para gobernar y administrar estos Estados y los demás que Dios me dio ya no tengo fuerzas y que las pocas que han quedado se han de acabar presto [...] Y porque ya en este tiempo me siento tan cansado que no os puedo ser de ningún provecho, como bien veis cuál estoy tan acabado y deshecho, daría a Dios y a los hombres estrecha y rigurosa cuenta si no hiciese lo que tengo determinado, dejando el gobierno.»

Uno de los presentes anotó la reacción emocionada de la audiencia: «Oyeron todos lo que el emperador dijo con mucha atención y lágrimas, que fueron tantas y los sollozos y suspiros que se daban, que quebraban corazones». Sin duda fue una ceremonia con un alto componente emotivo. «Y el mismo emperador lloró con ellos diciéndoles: “Quedaos a Dios, hijos, quedaos a Dios, que en el alma os llevo atravesados”.»



1 EL EMPERADOR EN EL TRONO

Carlos V aparece sentado por última vez en su trono, en el momento en que se dispone a abdicar. Lleva la corona imperial y el Toisón de Oro. Las insignias imperiales (el globo, el cetro y la espada) aparecen a sus pies.

3 FELIPE II, EL GRAN BENEFICIADO

A la izquierda del emperador se encuentra su hijo Felipe. Sobre el pecho luce la insignia de la orden del Toisón de Oro. Detrás aparecen sus ministros y cortesanos, que administrarán el grueso de la herencia de Carlos V.

2 FERNANDO I DE AUSTRIA

A la izquierda de Carlos V, su hermano menor Fernando I de Austria se dispone a aceptar el título imperial, según los términos del acta de abdicación que aparece a los pies del trono. Detrás vemos damas de su corte.

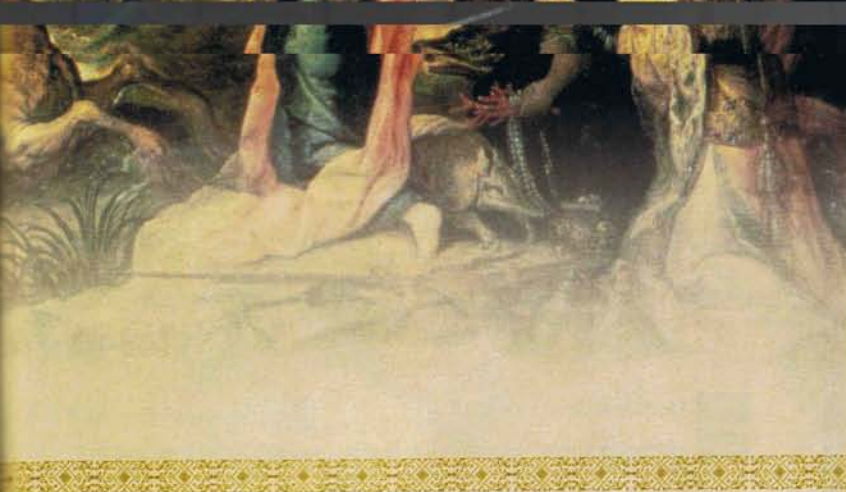
4 LOS DOMINIOS DE EUROPA

Dos mujeres sostienen las insignias de poder real e imperial: cetro, espada y globo. Detrás, otras tres mujeres enarbolan banderas con los escudos de los Países Bajos, de los territorios germanos y de los reinos españoles.

LAS OTRAS ABDICACIONES

La ceremonia de abdicación de Carlos V en Bruselas tuvo enorme impacto en toda Europa. Pero, en realidad, en esa ocasión el emperador tan sólo renunció a sus títulos como soberano de los Países Bajos.

CARLOS TRANSMITIÓ sus restantes títulos en otros actos. En 1554, su hijo Felipe fue investido rey de Nápoles, para facilitar su boda con la soberana inglesa María Tudor. La renuncia a los reinos españoles (incluida América) se realizó en enero de 1556; Carlos se limitó a entregar a su secretario el acta de renuncia, y al mes siguiente Felipe fue proclamado rey en España. Mediante un documento secreto, el emperador designó a Felipe II vicario perpetuo del Sacro Imperio en Italia, lo que le daba el control del Milanesado, una región estratégica. En febrero de 1556 Carlos transmitió a Felipe el Franco Condado. El título imperial, en fin, sólo pasó formalmente a manos de Fernando I de Austria en mayo de 1558, cuando la Dieta imperial aceptó la renuncia de Carlos V.



La abdicación de Carlos V

Este óleo del pintor holandés Frans Francken (izquierda), de 1620, muestra de forma alegórica la abdicación por Carlos V de todos sus títulos. Rijksmuseum, Ámsterdam.

Dueño del Sacro Imperio

A pesar de sus malas relaciones, Carlos V dejó el gobierno del Imperio a su hermano Fernando en 1556. Abajo, sello con la imagen del nuevo emperador. Gabinete Numismático, Barcelona.

5 LOS TRES CONTINENTES

Los continentes de América, África y Asia, personificados en tres mujeres vestidas con trajes típicos, entregan ricos presentes al Emperador en el momento de su abdicación, en postrera muestra de pleitesía.

7 MONARQUÍA MUNDIAL

Las dos columnas, rematadas con una corona, simbolizan el dominio universal de Carlos V, «más allá» (*Plus ultra*) de las «columnas de Hércules»: las erigidas, según el mito, por Hércules en el estrecho de Gibraltar.

6 SOBERANO DE LOS MARES

El dios Neptuno, con su tridente, rodeado de otros personajes de la mitología marina, simboliza el dominio del Imperio de Carlos V sobre los océanos gracias a los viajes de Cristóbal Colón y Fernando Magallanes.

8 CAMINO DEL RETIRO EN YUSTE

Un curioso detalle al fondo del cuadro muestra la carroza a la que Carlos V montará, tras la abdicación, para trasladarse al monasterio extremeño de Yuste, donde habrá de pasar sus últimos meses de vida.



Grandes y prelados competían entre sí por mandar apetecibles *manjares* a Yuste para saciar el desmesurado *apetito* imperial

Desde luego, la gestión de un imperio tan complejo no se traspasaba en pocos días, así que Carlos había necesitado mucho más tiempo del previsto para hacerlo. Pero, por fin, se veía liberado de sus compromisos. El 28 de septiembre de 1556, casi un año después de su abdicación, llegaba a la península Ibérica para acabar allí sus días. Y lo hacía en Laredo, en el norte de Castilla, donde desembarcara treinta y nueve años antes, casi día por día, para hacerse cargo de la herencia de los abuelos maternos, los Reyes Católicos. Treinta y nueve años que habían desgastado su cuerpo y su espíritu. Ahora anhelaba, ante todo, alejarse de los negocios de este mundo. Y silencio. ¿Era eso lo que esperaba encontrar en Yuste?

Pocos entendieron por qué el emperador había elegido aquel paraje perdido, distante de cualquier otro lugar poblado. Aunque, desde luego, no había sido una decisión improvisada. La búsqueda de un lugar adecuado para su retiro había formado parte de sus preocupaciones al menos desde 1542. Apenas sabemos nada de las otras opciones contempladas. Pero sí que en la elección de Yuste influyeron decisivamente las informaciones que le llegaron sobre el clima y, sobre todo, su aislamiento. «Muy sola es la vida de aquí y muy triste. Si Su Majestad ha buscado soledad, a fe que la ha hallado», escribió su fiel mayordomo Luis Méndez de Quijada al poco de llegar.

Un lugar para el retiro

La residencia que aguardaba a Carlos en Yuste consistía en un edificio de nueva planta, todavía en obras cuando llegó el emperador, adosado a la iglesia conventual de la comunidad de frailes jerónimos que desde hacía un siglo habitaban el lugar. Estaba compuesto por dos plantas casi idénticas, la superior para el invierno y la inferior para el verano, con cuatro piezas separadas por un pasillo central. A la izquierda de este pasillo se situaban la antecámara y la cámara del emperador; y a la derecha, el comedor y la sala para las audiencias. Al fondo había una solana que daba al estanque situado a sus pies, en la que el emperador pasaría muchas horas en los meses que aún le quedaban por vivir.

El conjunto tenía todo el aspecto de una pequeña villa de campo del estilo de las que había podido contemplar en sus viajes por Italia. Eso sí, las salas estaban decoradas con profusión de



EL REPARTO DE EUROPA

Heredero único de cuatro dinastías –la castellana, la aragonesa, la borgoñona y la austríaca– y elegido emperador en 1521, Carlos V ejerció durante su reinado una auténtica hegemonía en Europa. Pero las guerras con Francia y las rebeliones de los príncipes alemanes, muchos protestantes, le hicieron comprender que debía dividir el gobierno. Por ello, entregó a su hermano Fernando el área germánica, incluido el título imperial, mientras que su hijo Felipe regiría los dominios de la Europa occidental.



1 Corona de Castilla
Comprendía las plazas del norte de África y los fabulosos dominios en el continente americano, descubiertos desde 1492.

2 Corona de Aragón
Legado de Fernando el Católico, incluía los reinos de Sicilia, Nápoles y Cerdeña, adquiridos en los siglos XIV y XV.

3 Países Bajos (Flandes)
Se componían de 17 provincias autónomas, que Carlos gobernaba como heredero de los duques de Borgoña.

4 Franco Condado
Parte de la herencia borgoñona, era un eslabón fundamental del «camino español» que conectaba Italia y Flandes.

5 Milanesado
Territorio en disputa entre Carlos V y Francisco I de Francia, fue cedido a Felipe II para asegurar el control de Italia.

6 El Sacro Imperio
Fernando I de Austria, rey de Bohemia desde 1526, gobernó los dominios imperiales de Austria desde 1552.

ricos tapices, mapas y algunas valiosas pinturas. Entre éstas destacaba por encima de todas *La Gloria*, obra de Tiziano, su pintor predilecto. En ella podía contemplarse al propio emperador acompañado por sus familiares más directos, todos ellos envueltos en lienzos sumamente austeros, en acto de ser recibidos por la Trinidad. Una pintura ante la cual, según los testigos que le acompañaron, pasó muchas horas de meditación sobre su destino eterno.

Un hombre enfermo

La meditación, por supuesto, era perfectamente compatible con el disfrute de otros placeres más mundanos. A Carlos V le gustaba comer, y a veces lo hacía con voracidad. ¿Quizá como consecuencia de una enfermedad no diagnosticada? ¿Era acaso diabético? Sea como fuere, sus agentes en Roma se habían encargado de obtenerle una dispensa pontificia del ayuno eucarístico, de modo que nada más despertar tomaba un copioso desayuno. Nada tenía de extraño, en consecuencia, que hasta Yuste llegaran, casi a diario, regalos en forma de apetecibles manjares. Desde Valladolid, su hija Juana se los enviaba con asiduidad, y pronto empezaron a competir con ella grandes y prelados. Llegaron presentes en forma de comida de Zaragoza, Toledo, Sevilla o Lisboa, donde su hermana Catalina (esposa de Juan III de Portugal) se mostró siempre solícita para con los gustos del emperador. Pero, sobre todo, del cercano monasterio jerónimo de Guadalupe, que cada semana le mandaba un carnero cebado que su destinatario valoraba de modo muy especial.

Desde luego, todas estas atenciones hacían un flaco favor a la salud del monarca, maltrecha desde hacía tiempo. Al menos desde 1528, Carlos padecía de gota —que le causaba un intenso dolor en las articulaciones— y durante su estancia en Yuste la enfermedad no hizo más que agravarse. En diciembre de 1555 sufrió un violento ataque que sólo consiguió aliviar con baños de agua rosada y vinagre. Así pues, el hombre que llegó a Extremadura a comienzos de 1557 era, literalmente, un tullido que sólo podía desplazarse en litera. Debido a su estado físico, al trasladarse a Yuste tuvo que desprenderse, muy a su pesar, de su impresionante colección de caballos.

La limitada movilidad del emperador hizo necesario adaptar su nueva residencia. Las escaleras de acceso al piso superior se sustituyeron por una rampa que permitiera el paso de la litera en que lo transportaban. También se abrió una ventana en su habitación para que pudiera seguir los oficios religiosos en la iglesia del convento. Para

Un equipo de *cinco frailes* jerónimos, encabezado por fray Juan Regla, su confesor, atendía la *salud espiritual* de Carlos

acabar de empeorar las cosas, en Yuste empezó a sufrir de hemorroides. A juicio de Giovanni Andrea Mola, el médico italiano que lo trató, el único remedio para evitarlas pasaba por eliminar el consumo de cerveza. Algo muy superior a las fuerzas de Carlos, gran aficionado a esta bebida.

Rezoz y visitas

Las jornadas de Carlos en Yuste comenzaban antes de las ocho de la mañana con un opíparo desayuno. Sólo después se permitía el acceso a su cámara de fray Juan Regla para rezar con él las primeras oraciones del día. Acto seguido llegaba su pasatiempo favorito: los relojes. Ayudado por el relojero italiano Giovanni Torriano, Carlos pasó buena parte de su tiempo tratando de entender el mecanismo de aquellos extraños artilugios. Llegaba luego la hora de asearse y vestirse para la primera salida del día, que tenía como destino la iglesia conventual para asistir a la misa. Tras la comida del mediodía, amenizada por la conversación con sus asistentes más inmediatos y bajo la atenta mirada de su médico, llegaba el segundo turno de los frailes que le atendían, que le leían textos piadosos con sus debidos comentarios; una buena forma de conciliar el sueño, debió de pensar algún malicioso. Hacia las dos de la tarde, Carlos se echaba una siesta, no muy larga; los miércoles y viernes acostumbraba a asistir al sermón en la iglesia. A media tarde se distraía dedicándose a cuidar del jardín o a pescar en el pequeño estanque situado frente a la residencia.

Ésta era también la hora de las visitas y la conversación. Con algunos nobles de los lugares vecinos, como el conde de Oropesa y don Luis de Ávila y Zúñiga, hablaba de asuntos mundanos, mientras que de cuestiones más espirituales trataba con Francisco de Borja —figura destacada de la orden jesuita— o el franciscano Pedro de Alcántara, cuya prodigiosa existencia de ayunos y oraciones dejó, al parecer, una profunda huella en el ánimo del emperador. Desde el verano de 1558 era también, a menudo, el momento de la visita de un muchacho de trece años criado secretamente por doña Magdalena de Ulloa, esposa de don Luis Méndez de Quijada. Carlos había reclamado su presencia, y se alojaba en la vecina población de Jarandilla; parecía que, por fin, estaba dispuesto a reconocerlo como hijo natural. El joven pasaría a la historia como don Juan de Austria.

LOS DÍAS DE YUSTE

Durante el año y medio que el emperador residió en Yuste, su vida discurrió entre los dolores provocados por la gota y otras dolencias (hemorroides, quizá diabetes, asma), que limitaban penosamente su actividad, las pocas expansiones que se podía permitir y la preparación de su espíritu para la muerte, que sabía cercana.

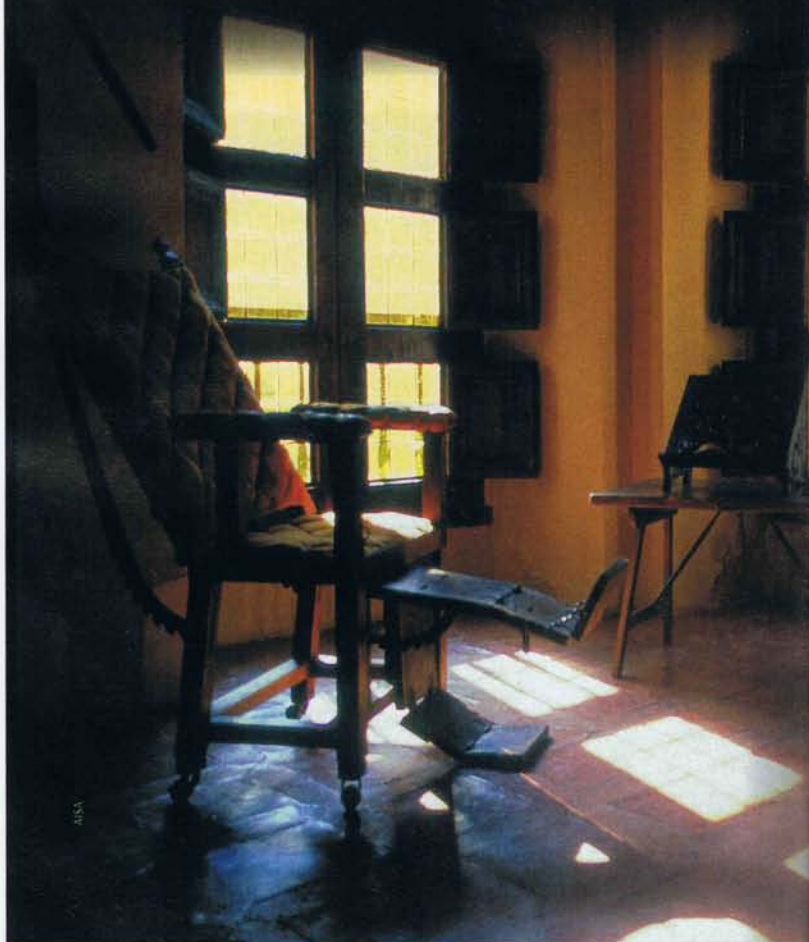
PINTURAS FAVORITAS

ENTRE LOS CUADROS que el emperador quiso tener consigo en Yuste figuraban varias obras de Tiziano, como el retrato de su esposa, Isabel de Portugal, a la que tanto amó, y *La Gloria*, que quiso contemplar antes de morir. En ella, a la derecha, el emperador, arrodillado y con la corona a sus pies, junto a Isabel y sus hijos, aguarda la hora del Juicio Final ante la Trinidad (en la parte superior), la Virgen y la Iglesia.

LA GLORIA. ÓLEO POR TIZIANO. 1551-1554. CONSERVADO EN EL ESCORIAL, EN 1837 PASÓ AL MUSEO DEL PRADO.



SILLA ARTICULADA QUE USÓ CARLOS V EN YUSTE; CON ELLA MANTENÍA LAS PIERNAS ELEVADAS PARA APLACAR EL DOLOR DE LA GOTA.



PROTECCIÓN MÁGICA

CARLOS se instaló en Yuste con numerosos objetos a los que se atribuían propiedades curativas: una piedra filosofal; una piedra de bezoar (cálculo intestinal de ciertos animales) que prestó a su barbero Guillermo al pensar que había contraído la peste; una piedra azul buena para la gota; brazaletes y sortijas de oro con huesos, contra las hemorroides; un pedazo de cuerno de unicornio...

PIEDRA DE BEZOAR ENGASTADA EN ORO. PREPARADA EN ESPAÑA Y FECHADA EN EL SIGLO XVI.



PLACERES PROHIBIDOS

LOS ACHAQUES privaron al emperador del placer de montar. Según fray Martín de Angulo, en una ocasión que quiso montar una jaquilla, pidió ayuda porque se desvanecía, y ya no volvió a intentarlo. A causa de la gota, tampoco podía cazar; su secretario, Martín de Gaztelu, recordaba la vez que el soberano «pidió su arcabuz y tiró a dos palomas, sin que tuviese necesidad de ayuda para levantarse de la silla en que estaba, ni aun para tener el arcabuz».

FRASCO DE PÓLVORA DE CARLOS V, LABRADO EN MARFIL. MUSEO LÁZARO GALDIANO, MADRID.



COMIDA Y BEBIDA

EL RETIRO no moderó la adefagia de Carlos, su apetito desmedido. Ingería gran cantidad de fruta (cerezas, melocotones, fresas...) antes de las comidas, que concluía con toda clase de repostería, dulces y compotas. Acompañaba las viandas con grandes cantidades de cerveza y vino; y mitigaba la frialdad de la bebida con «un pedazo de oro para ponerlo caliente en el agua o en el vino».

JARRA DE CARLOS V, HECHA EN MARFIL LABRADO Y PLATA. MUSEO LÁZARO GALDIANO, MADRID.



PASIÓN POR LOS RELOJES

UNA DE LAS AFICIONES que el monarca pudo alimentar en Yuste fue su pasión por los relojes. A sostenerla contribuía Juanelo Turriano, como se conocía al matemático, ingeniero y relojero italiano Giovanni Torriano. Éste se ocupaba del mantenimiento de la colección de relojes del emperador, que había traído consigo. Juanelo era una de las personas a las que el soberano recibía diariamente.

RELOJ PORTÁTIL DEL EMPERADOR. EN FORMA DE CRUZ. MUSEO LÁZARO GALDIANO, MADRID.



Además de despedirse de su colección de caballos, antes de instalarse en su nueva residencia Carlos hubo de licenciar a la mayor parte del séquito que le había acompañado desde Bruselas. En primer lugar, la comitiva de cien servidores flamencos. «Fue lástima ver partir una compañía de tantos años...», escribió Méndez de Quijada. Poco después partió la escolta de noventa y nueve alabarderos que habían formado su guardia personal. Se dijo que cuando se les comunicó la decisión, todos ellos arrojaron al unísono sus armas al suelo con la promesa de que a nadie más servirían después de haberlo hecho al César.

Rodeado de flamencos

Es difícil saber si estas decisiones estuvieron motivadas por el deseo de soledad o por la falta de recursos. Todo parece indicar, desde luego, que éstos no sobran. Muy a su pesar, Carlos se vio obligado a pedir a su hijo que se hiciera cargo de la retribución incluso de los pocos servidores que con él quedaron. Gracias a esta petición conocemos la identidad y las tareas encomendadas a cada una de las cincuenta y una personas que permanecieron en Yuste: treinta y cuatro flamencos, catorce españoles, dos italianos y un alemán.

Al frente de todos se hallaba el mayordomo don Luis Méndez de Quijada, el único representante de la alta nobleza que le acompañó durante su retiro. Junto a él, el secretario Martín de Gaztelu y el escribano Martín de Soto. Desde luego, aunque Carlos se hubiera castellanizado durante la segunda mitad de su vida, lo cierto es que la satisfacción de sus gustos y necesidades primarias estaba en manos flamencas. Flamencos eran los responsables de su salud: el médico Enrique Mathys y el boticario Van Overstraeten; sus cuatro ayudantes de cámara, entre los que destacaba Guillermo van Male, a quien el emperador deseaba encargar el proyecto incumplido de redactar sus memorias, así como la mayoría de los oficios domésticos. De Flandes eran, también, dieciséis de las veintitrés personas que se ocupaban de la alimentación del emperador.

La alimentación del espíritu, en cambio, corrió a cargo de españoles: un equipo de cinco frailes de la vecina comunidad jerónima encabezado por su confesor Juan Regla, y del que formaban parte un lector de textos piadosos y tres predicadores. Aun sin tener una misión directa en su servicio, el prior fray Martín de Angulo desempeñó el encargo que le hiciera la princesa Juana consistente en redactar una crónica de la estancia del emperador en Yuste, gracias a la cual conocemos hoy tantos detalles de la misma.

La atención estrictamente espiritual no era la única tarea encomendada a los frailes jerónimos. Una de ellas era la satisfacción de los gustos musicales del emperador. A fin de cuentas, una de las renuncias más costosas para él al abandonar Bruselas había sido la de su preciada capilla musical. Para hacerle olvidar una pena tan grande, la orden puso buen cuidado al seleccionar a los treinta y ocho frailes que debían acompañar a Carlos en virtud de sus habilidades canoras. Y más les valía hacerlo bien, porque éste era un aspecto en el que Carlos no estaba para muchas transigencias. «¡Oh, hideputa Bermejo, que aquél erró», parece que le oyó decir el prior Angulo cuando a un fraile de tal nombre se le fue la nota correspondiente.

Los últimos días

El último día de agosto de 1558, Carlos almorzó, como acostumbraba en verano, en el ventilado zaguán situado al final de la rampa de entrada del palacio. Hacia las cuatro de la tarde se sintió indispuesto, con fuertes dolores de cabeza y estómago, además de una sed insaciable. La fiebre, acompañada por intensos temblores, empezó a causarle delirios. Desde Valladolid llegó uno de sus médicos italianos, el doctor Cornelio. Pronto quedó claro que la causa de su estado no tenía que ver con los múltiples males que le atormentaron durante los últimos años, sino con el paludismo, una enfermedad muy frecuente en aquellos parajes. Pero, lejos de causarle el menor alivio, las sangrías que le hicieron no hicieron más que debilitarlo.

En los escasos momentos conscientes que a partir de entonces le fueron concedidos, Carlos aprovechó para dejar las cosas arregladas. Dictó las últimas voluntades y ordenó a su hijo Felipe que, tras su muerte, retribuyera como se merecían a los que le habían servido hasta el final. El 18 de septiembre se produjo una ligera mejoría, pero el día 20 el emperador entró en agonía. Pidió el crucifijo con el que había fallecido su esposa, la emperatriz Isabel, y solicitó que se encendieran las velas de los moribundos. A las dos de la madrugada del día 21, rodeado de unos pocos servidores fieles, abandonaba este mundo el hombre que había logrado reunir bajo sus dominios el imperio más extenso que la humanidad había conocido. ■

Para
saber
más

ENSAYO

Carlos V: el César y el hombre

M. Fernández Álvarez, Espasa, Madrid, 2000.

El ocaso del emperador: Carlos V en Yuste

Agustín García Simón, Nerea, Madrid, 1995.

NOVELA

La conspiración de Yuste

V. Fernández Correas, La Esfera de los Libros, 2009.

RAFAEL JAUREGUI / AGE FOTOSTOCK





GUERRERO HASTA EL ÚLTIMO DÍA

Pese a los problemas de salud y el deseo de reposo que lo habían llevado a Yuste, la mente de Carlos V siguió agitada hasta el final por la política y la guerra, que observó atentamente desde la distancia.

LA GUERRA DE FELIPE II con Enrique II de Francia reavivó en el emperador el recuerdo de sus campañas de juventud. La noticia de la victoria en San Quintín (agosto de 1557) lo llenó de alborozo; «Os habrá quedado la mano sabrosa de la toma de San Quintín», le escribió a Felipe empleando una curiosa expresión. Apremió a su hijo a que persiguiera a los franceses hasta París, e incluso se dijo que él mismo iba a retomar las armas para invadir Francia por los Pirineos; su secretario tuvo que desmentir el rumor en una carta. Por la misma razón, se dolió de la pérdida de Calais; como el secretario Quijada escribió a Felipe: «Me dijo a solas que, aunque en su vida había tenido malas nuevas, ninguna a su parecer como ésta».



Monasterio de El Escorial

Felipe II levantó el monasterio de El Escorial (izquierda) en 1563 como digno lugar de enterramiento para su padre Carlos V y para conmemorar su victoria en San Quintín, en 1557.

La gran victoria contra Francia

Este fresco de la sala de Batallas de El Escorial recrea la batalla de San Quintín entre las tropas españolas y francesas. La noticia de la victoria fue la última gran alegría de Carlos V antes de morir.

Catacumbas de Roma: los cementerios subterráneos

El hallazgo accidental de una galería en 1578 impulsó a varios estudiosos católicos a investigar la «Roma subterránea»

A mediados del siglo XVI, entre los humanistas de Roma que estudiaban el mundo clásico surgió un gran interés por la arqueología del cristianismo primitivo. Al abrigo del poder pontificio y alentados por el espíritu de la Contrarreforma, estos estudiosos pretendían encontrar argumentos históricos para defender al papado romano frente a las críticas protestantes. Figuras como el erudito Pomponio Leto, el sacerdote Felipe Neri o el cardenal Cesare Baronio impulsaron este interés por las antigüedades cristianas. A ese grupo pertenecía también Antonio Bosio, un erudito nacido en Malta en 1575 que tuvo un papel decisivo en el «redescubrimiento» de uno de los monumentos más emblemáticos de la historia cristiana: las catacumbas de Roma, galerías subterráneas que los primeros cristianos utilizaron como lugar de enterramiento y de culto.



En el siglo XVI únicamente se conocían cinco de las sesenta catacumbas hoy documentadas: las de San Pancrancio, Santa Inés, San Sebastián, San Lorenzo y San Valentín. Ello se debía a que todas ellas disponían de una basílica consagrada al mártir del que tomaban su nombre, cuyo culto nunca se había interrumpido. Bien pocos se aventuraban en sus peligrosos pasillos, entre ellos Felipe Neri, quien oraba en sus capillas, o el agustino Onofrio Panvinio, que inició el estudio de los ritos funerarios paleocristianos y documentó hasta 43 cementerios. Esta situación cambió el 31

de mayo de 1578, cuando el hundimiento accidental de un terreno en la vía Salaria mientras se extraía puzolana (una roca utilizada para fabricar cemento) permitió el hallazgo de un tramo de galería de la catacumba anónima de vía Anapo, lo que reavivó el interés por esos antiguos monumentos funerarios.

Bosio, bajo tierra

Los primeros en estudiarlos fueron el dominico español Alfonso Chacón, el romano Pompeo Ugonio (que incluyó detalles sobre ellas en su *Historia delle stazioni di Roma*, de 1613) y el holandés Jean L'Heureux, de sobrenombre Macario, que redactó apuntes sobre sus pinturas e inscripciones, inéditos hasta el siglo XIX. Pero fue sobre todo el anticuario Philip de Winghe, compatriota del anterior, quien llevó a cabo el primer intento de estudio metódico y exhaustivo de los hipogeos cristianos, estudio cuya publica-

ción quedó truncada por su prematura muerte en 1592. Pero las detalladas notas de Winghe fueron heredadas por Bosio. En efecto, el maltés había coincidido con aquel círculo de humanistas y se granjeó la amistad de sus miembros, lo que le permitió avanzar a grandes pasos en la investigación que le apasionaba.



1593

Antonio Bosio, erudito maltés muy interesado en la arqueología de la Roma cristiana, se introduce por primera vez en unas catacumbas.

1850

Giovanni Battista de Rossi, arqueólogo y un gran admirador del trabajo de Bosio, descubre las catacumbas de San Calixto, en la vía Apia.

1960

Antonio Ferrua, arqueólogo y jesuita, descubre en la vía Latina un hipogeo del siglo IV, muy bien conservado y con magníficos frescos.

2003-2008

En las catacumbas de Marcelino y Pedro salen a la luz miles de huesos de víctimas de una epidemia del siglo III.



SANTA INÉS. PLATO DE VIDRIO DORADO. CATACUMBAS DE SAN PÁNFILO.



HIPOGEO DE LA VÍA LATINA. Descubierto en 1962, el mausoleo se construyó en el siglo IV y sus bellos frescos alternan temas cristianos y paganos.

El 10 de diciembre de 1593, acompañado de Ugonio, Antonio Bosio se sumergió por primera vez en unas catacumbas: las de Domitila, en la vía Ardeatina. A pesar de haber sido informado por sus amigos, esta primera visita despertó sus temores, pues como él mismo escribió: «Faltándonos la luz, parecía que fuéramos a morir allí, y que nuestros inmundos cadáveres mancillarían aquellos sacros monumentos [...]; tomamos la resolución de volver atrás, pero, aunque habíamos marcado en muchos lugares las calles, no sin dificultad alcanzamos a encontrar la salida». En sucesivas visitas, de la mano de Chacón

y de Macario, recorrió y catalogó hasta 30 catacumbas, entre ellas las de Ciríaca, Marcelino y Pedro, Felicidad e Inés. Durante este trabajo de campo, guiado por lugareños conocedores de la zona y seguido de dibujantes como Giovanni Angelo Santini o Santi Avanzino, llevó a cabo el primer estudio sistemático de las catacumbas conocidas, documentando su distribución y decoración.

Hasta aquí, su método no difería de los utilizados anteriormente; lo verdaderamente novedoso fue el uso prolífico de textos antiguos (actas conciliares, itinerarios sacros, martirologios...) como punto de partida en sus



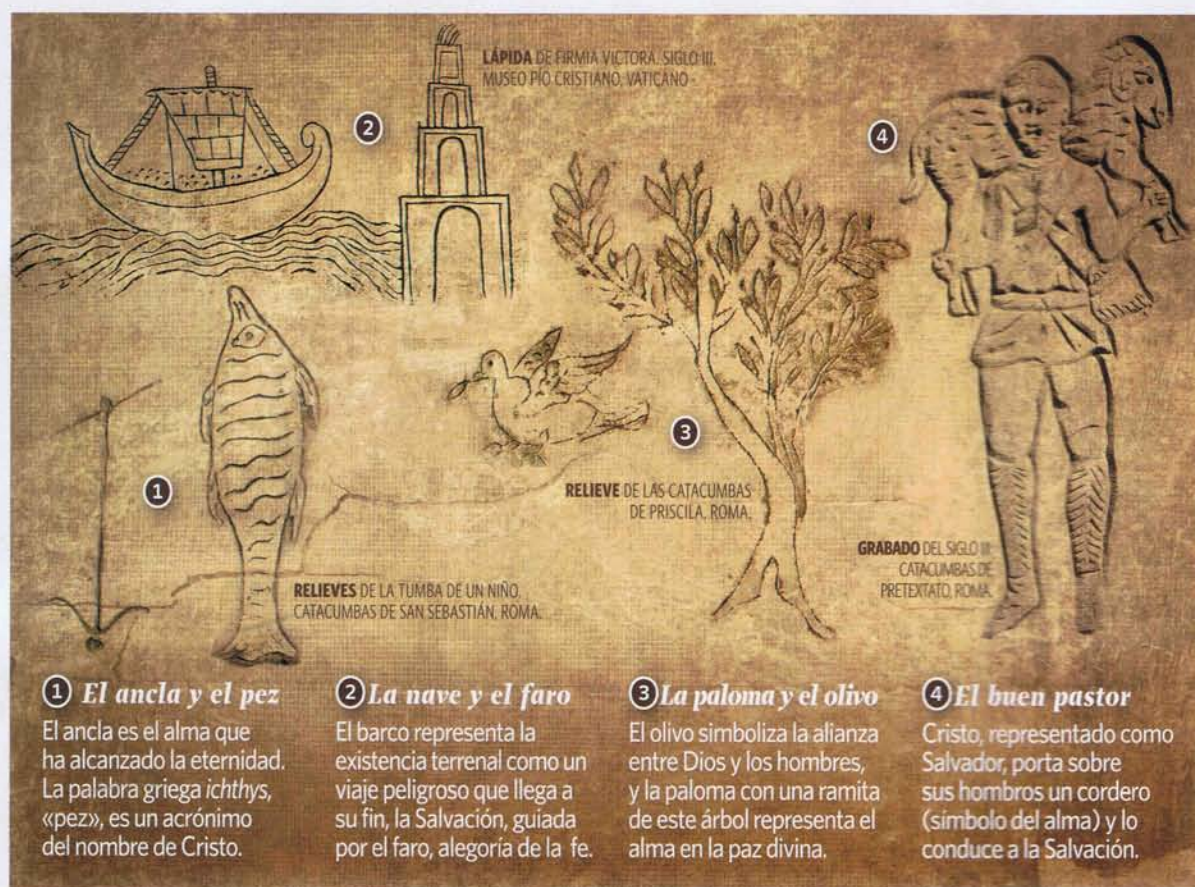
SCALA

LA CRIPTA DE LOS PAPAS

LAS CATACUMBAS DE SAN CALIXTO fueron excavadas a finales del siglo II y cuentan con veinte kilómetros de galerías. El grabado muestra al arqueólogo De Rossi, su descubridor, junto a Pío IX en la cripta de los Papas, donde recibieron sepultura dieciséis pontífices.

SÍMBOLOS CRISTIANOS EN LAS CATAACUMBAS

Los primeros cristianos debían hacer frente a una sociedad hostil que no les permitía practicar abiertamente su religión. Por ello hacían uso de símbolos con los que, de manera disimulada, expresaban sus creencias; símbolos que pintaban en los muros de las catacumbas o que grababan en las lápidas que sellaban sus sepulturas.



investigaciones para localizar e identificar los diferentes cementerios cristianos de Roma. De hecho, al contrastar la documentación escrita con la arqueológica, verificó la existencia de muchas de las catacumbas que se mencionaban y estableció su topografía. De la vastedad de sus pesquisas dan una idea los dos volúmenes de notas manuscritas conservadas en la Biblioteca Vallicelliana de Roma, que suman más de dos mil páginas y superan en exhaustividad a las de Panvinio y De Winghe, cuyas aportaciones aprovechó.

Aunque pasó muchos años explorando y leyendo, Bosio no pudo ver publicado su

gran estudio sobre las catacumbas porque la muerte le alcanzó en 1629 en la ciudad de los papas. En 1632 vio la luz su obra póstuma *Roma sotterranea*, auspiciada por la Orden de Malta y editada bajo el patronazgo del cardenal Francesco Barberini. En 1651 apareció una traducción al latín por Paolo Aringhi, que se tomaba demasiadas libertades respecto al original y estaba plagada de errores.

La búsqueda continúa

El impacto de su publicación no se hizo esperar, y ya en el siglo XVIII *Roma sotterranea* se encontraba en las mejores bibliotecas europeas. Numerosos furtivos aprovecharon

los datos proporcionados por Bosio para saquear los tesoros artísticos de muchos de estos hipogeos, sustrayéndolos a la ciencia. Con todo, el trabajo y la metodología del erudito maltés sirvieron de base a Giovanni Batista de Rossi —que consideraba a Bosio «el Colón de las catacumbas»— para actualizar el conocimiento sobre estos antiguos monumentos a la luz de la crítica moderna. De Rossi, en un acto de homenaje, publicó entre 1861 y 1877 un libro en tres volúmenes con el mismo título que el de la obra de Bosio.

El interés por la arqueología cristiana se mantiene en la actualidad: en 1960, por

ejemplo, Antonio Ferrua descubrió un nuevo complejo funerario en la vía Latina. Gracias a la intuición primigenia de Bosio, y a sus esfuerzos y los de quienes le siguieron, hoy sabemos que las catacumbas eran cementerios de los cristianos de los primeros siglos, y no lugares de refugio frente a las persecuciones de los emperadores paganos, como erróneamente se llegó a suponer. ■

PERE MAYMÓ
UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Para
saber
más

LIBROS
Las catacumbas cristianas de Roma
V. Fiocchi Nicolai y otros. Regensburg, 1999.

INTERNET
www.catacombe.roma.it

Próximo número



SANTIAGO, LA CIUDAD DE LOS PEREGRINOS

HACIA EL AÑO 830, el eremita Pelayo vio unas luminarias en la noche y corrió a dar cuenta del prodigio al obispo de Iria Flavia. Éste acudió al lugar y, al cabo de tres días de ayuno y plegaria, halló el sepulcro del apóstol Santiago, en torno al cual nació una urbe que tomó su nombre. La ciudad creció al calor de los miles de peregrinos que acudieron a reverenciar al santo durante siglos y que hicieron de su catedral uno de los enclaves más gloriosos de la Cristiandad.

LUCRECIA BORGIA: BELLEZA, INTRIGA Y PODER

DE TODAS LAS LEYENDAS del Renacimiento, seguramente no hay ninguna tan injusta para con su protagonista como la que aún rodea a Lucrecia Borgia. Se dijo que practicó el incesto con su padre, el papa Alejandro VI, y con su hermano César, el gran *condottiero*; también se la acusó de envenenadora. Hoy sabemos que todo ello fue invención de los enemigos de los Borgia, y que, en realidad, Lucrecia fue el instrumento de su padre y su hermano para asegurar su dominio de Italia.



Los enemigos de Egipto

El faraón sujeta a sus enemigos por los cabellos antes de aniquilarlos con la maza que blande brazo en alto, presto a descargar el golpe fatal. Así representaron durante dos mil años los egipcios a sus soberanos, en lucha permanente contra los nubios, los libios y los pueblos asiáticos.

Sumerios: la invención de la escritura

De las necesidades del comercio surgió, hace cinco mil años, la escritura: los signos pasaron a representar sonidos. La palabra escrita apareció en la tierra de Sumer, en Mesopotamia, y transformó por completo la historia de la humanidad al fijar para siempre cada uno de sus pasos.

Tiberio, el emperador de Capri

Los excesos del segundo emperador de Roma marcaron su imagen para toda la posteridad. De carácter hosco y receloso, fijó su residencia fuera de la capital del Imperio y dejó que su lugarteniente Sejano estableciera un reinado de terror que terminó en un atroz baño de sangre.